

# TRAVESÍA

POR LA SUCREÑIDAD

15 textos para viajar por Sucre sin salir de casa

Textos ganadores del  
Portafolio de Estímulos  
**CON·FIN·Artes**  
2 0 2 0



Gobernación  
de Sucre

SUCRE  
**DIFERENTE**



Estrategia de  
Productividad e  
Innovación

Travesía por la sucreñidad  
15 textos para viajar por Sucre sin salir de casa  
Primera edición: diciembre de 2020

©  
ISBN

Héctor Olimpo Espinosa  
Gobernador de Sucre

Marianella Peñaranda  
Gestora de Productividad e Innovación

Patricia Iriarte  
Gerente Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes de Sucre

Cecilia Gil Barvo  
Coordinadora de Fomento Regional  
Fondo Mixto de la Promoción de la Cultura y las Artes de Sucre

Portafolio de Estímulos Con-fin-Artes 2020  
Jurado calificador del estímulo Travesía por la sucreñidad:  
Beatriz Diegó Solano  
Eduardo Porras Mendoza  
Alberto Rebollo Zarza

Producción editorial: Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes de Sucre  
Edición de textos: Beatriz Diegó Solano

Diseño: Luis Fabián Semberman - Félix López

Sincelejo, 2020

# TRAVESÍA

POR LA SUCREÑIDAD  
15 textos para viajar por Sucre sin salir de casa

Textos ganadores del Portafolio de Estímulos  
ConfinArtes 2020



Gobernación  
de Sucre

SUCRE  
*DIFERENTE*



Estrategia de  
Productividad e  
Innovación

## Tabla de contenido

Prólogo.....	5
<i>Por Patricia Iriarte Díaz Granados</i>	
1) Julio de la Ossa, el pequeño gigante.....	8
<i>Por Óscar Flórez Támara</i>	
2) Entre raíces y flores: memorias de identidad femenina en Sucre.....	14
<i>Por Dolores Barrios</i>	
3) Un gran jardín primaveral visto a través de mis gafas y mi cámara.....	23
<i>Por Ernesto Benavides</i>	
4) Sampués en la Guerra de los Mil Días...y el día mil.....	30
<i>Por Frank Acuña Castellar</i>	
5) Artesanas de la palma.....	37
<i>Por María José Sierra Galindo</i>	
6) Crónica de un pueblo anfibio.....	45
<i>Por Jairo Castro Acosta</i>	
7) Los bailes cantaos del golfo de Morrosquillo.....	51
<i>Por Rafael Enrique Arias Córdoba</i>	
8) Disfraces novembrinos de Sincé, Sucre.....	58
<i>Por Raúl Romero</i>	
9) De la Mohana a La Marquesita: breve historia socioecológica de la Mojana.....	64
<i>Por Henry Huertas</i>	
10) Anotaciones de la vida cotidiana toludeña bajo la pluma de las Hermanas Misioneras de Santa Teresita, 1942 – 1952.....	72
<i>Por José F. Alvis Rodríguez</i>	
11) Los gaiteros de una tierra que huele alegre.....	81
<i>Por Armando Luis Rivero Manjarrez</i>	
12) Sucre: un viaje desde la filosofía de La Sabana.....	89
<i>Por Navín Javier González García</i>	
13) Deconstrucción del imaginario universal en la literatura de Gabriel García Márquez. El departamento Sucre: el Macondo ignorado.....	94
<i>Por Iván Arrázola Merlano</i>	
14) La tierra del sin sentido en el pasado, presente y futuro de su cultura.....	100
<i>Por Julián Enrique Beltrán Méndez</i>	
15) Viaje a las entrañas de la identidad.....	106
<i>Por Alfredo Ricardo Guerrero</i>	

## Prólogo

Si hay un libro que esté bien bautizado es este: Travesías por la sucreñidad. 15 textos para viajar por Sucre sin salir de casa. Porque en verdad este libro es un vehículo virtual a bordo del cual podemos hacer un recorrido por el departamento de la mano de quince avezados narradores y narradoras que, a veces como observadores y otras como partícipes o protagonistas, nos entregan su mirada o su experiencia de este Sucre que habitamos hoy. Un coro de quince voces que nos llevan a conocer, a reconocer o a recordar lugares, personajes y episodios memorables de este territorio variopinto.

¿Qué me ha conmovido, interesado o complacido de esta lectura? En primer lugar me ha conmovido la persistencia de la memoria, y con ella la nostalgia por unos modos de vida y lugares que están desapareciendo o que se fueron para siempre... Después de esa impresión que me causó la presencia recurrente de la nostalgia, es preciso que de testimonio del disfrute que me proporcionó la habilidad narrativa de autores como Oscar Flórez, Dolores Barrios, Ernesto Benavides, Frank Acuña, Jairo Castro e Iván Arrázola; la presencia de ensayos esclarecedores como el de Rafael Enrique Arias sobre los bailes cantados del Golfo de Morrosquillo, o el de Henry Huertas sobre la historia socioecológica de la Mojana vista a través de los mitos de la Mojana y la Marquesita.

Esta travesía comienza entonces en Chochó con la historia de Julio de la Ossa Domínguez, el acordeonero y compositor oriundo de ese corregimiento sincelejano que llegó a coronarse Rey Vallenato en 1975 y cuyas peripecias musicales nos narra magistralmente el escritor Oscar Flórez Támara en medio de reflexiones sobre la gran tenacidad, resistencia y talento de este personaje. Así conocemos a un hombre que pese a su corta estatura física nunca se amilanó; por el contrario, fue creciendo como músico y como persona hasta ganarse el reconocimiento de su pueblo gracias a las bellas páginas que escribió para el repertorio del acordeón sabanero.

Seguimos a Sincelejo, donde nos recibe la voz de Dolores Barrios, aguerrida lideresa de las causas sociales del departamento, quien nos entrega un relato precioso y conmovedor de su vida, desde su infancia hasta su desarrollo como mujer, madre y vocera de las causas de las mujeres: Entre raíces y flores: memorias de identidad femenina en Sucre es la historia de una sucreña de admirable fortaleza, inspirada en el ejemplo de una abuela que le entregó a su comunidad los múltiples saberes que tenía, y que en el momento más difícil sacó sus reservas de valor para darle a su vida un nuevo rumbo, poniendo fin al maltrato, el abuso y la subvaloración que padecía a manos de un hombre.

Un gran jardín primaveral visto a través de mis gafas y mi cámara es el título de esta serie de estampas de Ernesto Benavides, comunicador y fotógrafo de mirada sensible, quien nos lleva, en una narración plena de entusiasmo, desde el mar de Coveñas a la sombra del inmenso árbol de San Marcos pasando por Colosó, Tolú y San Benito Abad.

Llega después el momento de la Historia, a cargo de Frank Acuña Castellar, quien condensa en ocho impecables páginas el papel de Sampués en la Guerra de los mil días, desplegando para los lectores una gran cantidad de datos y detalles que la historiografía oficial suele obviar cuando registra la gesta del

General Uribe Uribe en esta parte de la Costa Caribe. Una interesante y entretenida narración de la campaña militar en la que el caudillo liberal derrotó punto por punto a sus adversarios, pero que termina con la firma del armisticio de Neerlandia y la entrega de las armas en Sampués, Riofrío, Valledupar y Riohacha.

Y aunque el texto de José Alvis Rodríguez no es consecutivo al de Acuña Castellar, lo menciono aquí porque también responde a una inquietud histórica, en este caso por el acontecer de Santiago de Tolú a mediados del siglo XX, visto a través del diario de casa de las Hermanas Misioneras de Santa Teresita, que plasmaron en un libro el día a día de su comunidad religiosa como administradoras de un colegio. Diario que Alvis volvió a revisar en estos tiempos de confinamiento para seleccionar algunas fechas entre julio de 1942 y agosto de 1952, y traerlas como ejemplo de lo que era la cotidianidad toludeña, no solo para las religiosas sino del pueblo mismo.

Otro trabajo que deseo resaltar es ese en el que María José Sierra nos presenta a cuatro artesanas de Sucre dedicadas a la urdimbre de la palma de vino en los municipios de Galeras y Sincé.

Con una habilidad similar a la de las tejedoras, María José no sólo hace una detallada descripción del proceso de elaboración de los productos sino que nos introduce hábilmente en la historia de cada una: María Teresa Cardoso, tejedora de esteras, quien tiene la trama “grabada en la cabeza, no necesita medirla. Combina los colores a su gusto y según el ánimo que tenga ese día. Participa en conversaciones con sus hijos o con vecinos mientras trabaja en lo suyo y lo hace prácticamente sin ver...” Luego adiciona la de Petronila Mercado Rivera, hacedora de escobas de varita en Galeras que le enseñó el oficio a su esposo y entre los dos lograron consolidar un negocio familiar que les ha permitido educar a sus hijos al tiempo que les transmitían sus conocimientos artesanales. Al tejido del relato se suman Inés de los Ángeles Hernández, artesana de 84 años de edad, oriunda de Sincé, que aprendió a hacer abanicos a los 11 años, y Josefa Castillo, experta en la hechura de bollos de maíz y batata que envuelve en hoja de palma, todo según la técnica que aprendió de sus abuelos y padres.

De la sabana saltamos al país de las aguas, desde donde Jairo Castro nos trae la crónica de Cuiva, un pueblo anfibio fundido sobre la curva de un caño. Relato de un lugar que parece detenido en el tiempo, “sembrado de oro zenú y bañado en mercurio y plomo”, que hoy padece las consecuencias de la explotación minera en la cuenca alta del San Jorge y que están afectando no solo la pesca sino la salud de sus pobladores.

De la tristeza por Cuiva nos arranca el texto de Rafael Arias sobre los bailes cantados del golfo de Morrosquillo; un bien narrado y documentado trabajo que da cuenta de los orígenes, variantes y exponentes de esta expresión musical que en esta región de Sucre recibió la influencia del palenque de Torobé, representado hoy en una ruta del bullerengue sentao, el fandango de lengua, el zambapalo o chalupa y el mapalé.

Me aparto ahora un poco del itinerario para mencionar tres escritos de intención reflexiva que trae también este volumen, y que dan cuenta de interesantes especulaciones en torno a la filosofía y la identidad. El primero es el de Navín Javier González, Sucre: un viaje desde la filosofía de la sabana, que

concluye afirmando que Sucre no es solo un baluarte paisajístico sino “un ícono del pensamiento caribe y colombiano, con una filosofía propia y autónoma, enraizada en el viaje a su esencia fundacional.” Por su parte, Alfredo Ricardo emprende un Viaje a las entrañas de la identidad para extraer los que a su juicio son los rasgos más rotundos de la sucreñidad y acto seguido hacer el llamado a amar y proteger esas manifestaciones que nos definen pero que comienzan a ser suplantadas por lo foráneo. Finalmente, tenemos el texto del joven bogotano estudiante de Derecho Julián Enrique Beltrán, quien a partir de su experiencia en la Expedición Sensorial de los Montes de María se enamora de Ovejas y de sus gentes, pero también de su música y de la ancestralidad que palpita en sus gaitas.

Ovejas y su música fueron también la inspiración para Armando Luis Rivero, quien se ocupa en su texto de una nueva generación de músicos que desde la “Universidad de la Gaita”, ha tomado el relevo de los mayores en el arte de fabricar, ejecutar y proyectar esta música que ya es patrimonio nacional. Dos de ellos, Henry Ortíz y Owen Chamorro, miembros de la agrupación Los Gaiteros de Ovejas, “son jóvenes que, moldeados por los viejos alfareros de la gaita, llevan en su ADN la herencia y un legado que los convierten en los nuevos referentes y cultores de una música que nos representa desde sus raíces y nos hace únicos...”, dice Rivero.

Pero el espacio virtual, aunque generoso, tampoco perdona el abuso en la extensión, por lo que iré cerrando este prólogo refiriéndome a un tema que no podía faltar, por supuesto, en esta travesía: la reivindicación de Sucre como parte de ese universo simbólico que nutrió la obra de nuestro Nobel de Literatura. El Macondo ignorado, como lo llama Iván Arrázola Merlano en su contundente ensayo construido desde la cuarentena del 2020. En él, y con base en los trabajos de Isidro Alvarez, Élmer de la Ossa y otros investigadores, busca contribuir a “revelar, exponer y revalorizar para todo aquel que quiera enterarse...”, la importancia de Sincé y de Sucre en la vida y obra de Gabriel García Márquez, marcada por la estancia de su familia y la suya propia en estos dos municipios durante un período fundamental de su formación.

Para el Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes de Sucre es un honor entregarle a los lectores este conjunto de textos que, en tiempos de pandemia, nos permitirán no solo disfrutar de Sucre sin salir de casa, sino que esperamos también nos enseñe a amarlo más y despierte en nosotros el deseo de recorrerlo en toda su extensión, respirarlo a todo pulmón y disfrutar con sus gentes de infinitas historias.

Patricia Iriarte Díaz Granados  
Gerente

# Julio de la Ossa, el pequeño gigante

Por **Óscar Flórez Támara**

Julio de la Ossa Domínguez no tuvo sueños enredados. Desde el momento que adquirió conciencia de lo que quería encaminó su vida hacia allá. Primero ensayó con hojas de diferentes matas y árboles, sacando sonidos que su hermano Julio de la Ossa Pérez decía que “eran ruidos que lo atormentaban por su necesidad permanente e incansable”. Más tarde fue una violina (dulzaina), que en su época de niñez le regaló el Niño Dios un 24 de diciembre. Esta le sirvió para seguir afianzando su decisión de ser músico. El cultivo de tabaco fue testigo de sus constantes inspiraciones musicales, además de aportarle dividendos económicos. No importaba si limpiaba o desgusanaba las hojas de tabaco, él tenía tiempo para seguir el camino de su vocación y convertirlo en destino. Su estilo de vida lo enrumbó a ser eso: músico.

Nació en Chochó, corregimiento de Sincelejo, Sucre, el 20 de julio de 1936. Esto es apenas una señal para enterarnos del palpitar de un pueblo cuya identidad musical la caracterizan las bandas folclóricas. Ahí pasó los primeros años, caminando por las polvorientas calles divididas por el arroyo de Eduardo Mercado, piscina natural y placentera cuando se producían aguaceros torrenciales.

El primer acordeón lo adquirió por compra que le hizo al señor Orlando Arroyo, siendo su principal inspirador Nicanor Guevara. Fue la peor locura, porque con esas dos teclas que tenía el acordeón logró conformar un conjunto con Hermes Tapia como guacharaquero. Ya no solo a su hermano y abuela les tocaba escucharlo, sino a muchos pueblos cercanos desde donde los buscaban para armar parrandas, como Segovia, Rabón, Las Palmas, Cacaotal, y todas aquellas personas que querían amenizar sus cumpleaños con música en el pueblo de Chochó.

Andrea Álvarez, que no era cualquier mujer, sino la abuela de él y la matrona de todo un pueblo por ser la pequeña empresaria que vendía ñeque, lo crió. Decir abuela en Chochó era tener la imagen inmediata de Andrea Álvarez. Todos los caminos étlicos conducían a su casa. Y la única abuela identificada en ese conglomerado social la constituía esa mujer magra, dueña de una dulzura y de un carácter de mando concedido por la naturaleza y direccionado por el conocimiento enfrentado por los avatares de la vida.

A los dos años de nacido a Julio de la Ossa Domínguez lo acogió la abuela. Su madre, Elvira Domínguez Contreras, había fallecido. Ahí, en ese nuevo hogar, fue hilvanando sus sueños, construyendo paso a paso el palpitar de un corazón que, aunque enamorado, no desvió el camino, al contrario, lo aclaró. ¿Qué es la música sin un amor que lo alimente?

## **Disciplina y temperamento**

Si hay algo que enorgullece a un chochoano es el sello de haber nacido en Chochó. Siente que ese hecho le imprime carácter, folclor, cultura, comportamiento y modo de vivir. Este acontecimiento penetra el pecho de las personas que van irguiendo la bandera de este pueblo.



El temperamento alegre de Julio de la Ossa iba acompañado de la disciplina. De algo tenía certeza y era que su vida estaba dirigida a la música, pero no sería un músico de medianía. Sus sueños gigantes no se equiparaban con su estatura física, sería un “pequeño gigante”, lo sabía, pero el mero deseo no bastaba.

Practicaba en la noche, madrugada y día. Su alma estaba disponible a cualquier hora con el fin de lograr sus propósitos, sus objetivos. Marcaría huellas, haría historia. Sabía que los pueblos pueden dar estatus, pero eso no es todo en el individuo. Se puede nacer en cuna de oro, pero la verdadera riqueza va más allá de ese privilegio material. Julio de la Ossa lo sabía. Él no había nacido en cuna de oro, pero su alma era oro en polvo. Y como un girasol seguía el camino de luz que los rayos de su temprana inteligencia le mostraban. Hombre de empuje, de decisiones. A su vocación le imprimía carácter y disciplina.

### **Un oído privilegiado**

Julio de la Ossa era un hombre inquieto. Estaba atento a cualquier movimiento que se generara a su alrededor. Su alerta emocional lo mantenía en un estado aparentemente nervioso, pero era más que todo la penetración del sonido que generaba su propio cuerpo, su propia piel y los latidos que producía el corazón los convertía en canciones. Su sensibilidad de músico lo llevaba a escuchar hasta con los ojos. Sus oídos parecían una extensión conectada a toda la naturaleza. ¡Qué más privilegio que el haber nacido en el campo y en un pueblo donde por todas partes brotaba música!

### **Tenacidad y resistencia**

Los pueblos tienen su propia naturaleza subyugante. Son apacibles y parece que el tiempo no pasara en ellos. Duermen como si estuvieran instalados en los primeros años. Someten y amañan el carácter individual y colectivo, ya que el temperamento de los pueblos es de tranquilidad. En ellos no existe ese afán por el que transitan los ciudadanos. La lucha por el triunfo es muy escasa en el colectivo juvenil, menos, las competencias desmesuradas que llevan a caer en el individualismo desproporcionado.

Julio de la Ossa Domínguez es dueño de su propio destino. Un poderoso impulso de vocación se gesta en él. Desafía su naturaleza corporal. A sus dedos les va imprimiendo la movilidad que requieren para cumplir su existencia.

Se exige con una tenacidad que va en contravía de lo que reclama su pueblo. Desafía el comportamiento bucólico, porque sus sueños desde niño están elevados al triunfo. No es un niño común con los juegos comunes. Sus diversiones las fantaseaba en el proyecto de vida que desde temprana edad fue forjando. El porvenir lo ve iluminado y claro y hacia allá marcha con decisión y coraje.

Más tarde ha de mostrar su caparazón de entendimiento social construido, por lo que las desigualdades de pueblos y regiones no lo doblegan. El miramiento por encima de los hombros para nada lo afecta. Él sabía lo que quería y lo buscaba con inteligencia y entusiasmo.

El haber participado tantas veces en el Festival de la Leyenda Vallenata y quedar en segundo y tercer puesto no lo desanima. Sigue participando. Está formado de tenacidad y resiste cualquier dificultad que le presenta la vida. Está consciente de que no es nacido en Valledupar ni en sus alrededores. Le toca hacer fila, mientras ve que otros la saltan y terminan siendo los primeros en ella. No importa. No r

enuncia. Él sabe que tiene méritos y “en otra ocasión será”. Está seguro de “que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan”, como decía Cervantes. Se ha preparado para ser rey vallenato dignamente y sabe esperar. La conciencia paciente hace parte de su inteligencia emocional.

### **Sin complejos ni enanismo**

De la Ossa no tuvo sangre de escudero. Su grandeza de alma no se lo permitió. Cree en el camino recorrido por los otros y se acerca a los artistas acordeoneros grandes de su época, no buscando en ello que lo cobije la sombra del gran árbol, sino que lo hace para seguir soñando y seguir creciendo sin desesperar, y así sueña, crece y espera, apuntándole siempre a lo grande para acertar. No sufre de complejos que lo lleven a desviar el camino. Sabe lo que quiere y como tal va preparando cada día su cerebro y corazón para pagar el costo que le exigen sus sueños.

Su actividad permanente no le permite descanso alguno. Ahí está el secreto del triunfo honesto y duradero. No engaña ni trampea los cruces de la vida. Va tejiendo el camino de su vocación como destino incansable de una lucha que perdura toda su vida.

Sin complejos de ninguna índole se lanza al río a bracear con fuerza, muchas veces, contra la corriente. Sabe que nada honesto es fácil en una sociedad que privilegia a los nacidos en cuna de oro. Él no goza de ese estatus, pero tiene otras cualidades que van más allá del triunfo heredado: es artista por naturaleza y debe fortalecer esas habilidades. Mira el porvenir con fuerza renovada y con una voluntad que se impone ante cualquier circunstancia adversa de la vida.

Su corazón no nació para enanarse, porque cada palpar es una señal vital de sangre oxigenada que llena sus venas y sus ganas de vida y de triunfo. Aunque viene de abajo, jamás desecha el arriba, con propósitos de decencia humana y sin renunciar a su esencia de identidad sencilla.

Su ambición no es dañina, es de sentimientos nobles elevados por lograr la fama de un hombre nacido en un pequeño pueblo. Sabe que está dotado de elementos que la misma naturaleza le ha prodigado, pero hay que pulirlos. Por esta razón se marcha del pueblo a temprana edad y se dirige a Valledupar. Quiere ser rey vallenato y hacia el nido donde nacen estas aves se dirige. Llega a Valledupar, se instala, observa y actúa. La sangre le arde y le enciende el corazón. Está tentado de fama, de ganas de estar en lo más encumbrado. Es un juglar que compone y canta las aventuras que le suceden. Sueña y ama. Ese amor que lo engrandece y le produce alegría.

No sufre de complejos, porque sabe que cualquier complejo le envenena la sangre y limita las posibilidades sanas de lograr la plenitud del ser. Es un hombre agigantado por el arte.

### **La grandeza va por dentro**

No hay mejor descubrimiento que el que uno hace de sí mismo. El mayor éxito de la vida consiste en encontrar la esencia de lo que somos y lo que queremos llegar a ser, desde Sócrates que reflexiona en ese sentido hasta el hijo del carpintero que supo que el camino a recorrer era el amor. No importaron los clavos, las burlas, las humillaciones y la corona de espinas, menos las perfidias, las calumnias y las

traiciones que la condición de humanos impone muchas veces como sello a corazones enfermos y empequeñecidos.

Nadie como Julio de la Ossa supo comprenderlo. Lo descubrió de niño, lo fortaleció de joven y lo afianzó de adulto. De ahí su capacidad de perseverancia y disciplina para no desfallecer y continuar el camino. De manera aleccionadora nos mostró su constante participación en muchos festivales de acordeón en la costa Caribe. Se había preparado para hacerlo a pesar de las dificultades económicas.

Él no era un hombre que se abandonaba a la intemperie, caminaba por la vereda de la luz en un mundo turbulento y oscuro. Su grandeza iba por dentro.

### **El crepúsculo del triunfo**

Una nueva estrella se enciende en el cielo rojizo del festival vallenato. En la tarima Francisco el Hombre se muestra la presencia de una figura menudita que se acerca oscilante al escenario. Su estatura física, pequeña, contrasta con su alma y corazón engrandecido: es un pequeño gigante que ilumina la gran plaza. Los rostros de los asistentes brillan de emoción y las manos se alzan en señal alegre de una franca aceptación. El recién llegado es Julio de la Ossa Domínguez. Un hombre venido del pueblo de Chochó, Sucre, quien ha sabido ganarse el corazón y la simpatía de los vallenatos. No es un desconocido. Otras veces ha ganado el segundo y el tercer puesto en el Festival.

Es el año 1975 y esta vez sí será. Nuestro representante sucreño siente que todas las estrellas están alineadas. El universo no conspira esta noche. Todo está dado para ver logrado sus objetivos. Son dos idilios que se unen para siempre: el que le ofrece la vida y aquel que le proporcionan sus sueños. Ha logrado por fin el aire purificador de la altura: se corona rey vallenato el pequeño gigante. “Bella Cascada” sí cumplió su cometido, de no “decir tantas cosas pa' entender poquito”.

### **El milagro de la música**

La música tiene una esencia vital que supera todo pensamiento organizado, más allá de la simple lógica justificativa de cualquier otro acto. El cuerpo siente el llamado desde el vientre cuando apenas el ser humano está en esa otra dimensión, expectante de llegar al mundo. Nada la define como una infinitud determinada por las circunstancias, ella se instala más lejos de lo impensable. El cuerpo la siente y es capaz de seguirla con arrebatado despampanante. De allí que no vale explicación ni el porqué las distancias pueden comunicarse en esencia por medio de esta, cuyo único idioma no es más que el propio universo.

Un hombre que había nacido en una tierra donde las bandas folclóricas son el cultivo permanente de sus habitantes, era justo que siguiera por el mismo sendero marcado por sus coterráneos, si se aplica aquello que el hijo del carpintero ha de ser carpintero. Quizás le hubiera sido más fácil ahorrarse una serie de dificultades para lograr el triunfo. No fue así para este cantautor. El registro de sus emociones y sus pasiones debían estar acompañado por una letra, la necesidad de explicar el hondo sentimiento que tenía su corazón. El juglar que lleva por dentro debe ser acompañado por algo más que una nota interpretada.

Va narrando los avatares de su vida. No es necesario recurrir a otras vivencias, sino las de él mismo: “La visita”, “Ofelina”, “Amores escondidos”, “La margentina”, “Novia ingrata”, “El preso distinguido”, “Adiós María” y, como si fuera poco, “Bella Cascada”. En esta última derrama toda su capacidad metafórica, donde un universo de ideas confluye para explicar en unas cuantas notas una galaxia de pensamientos y sentimientos que enlazan de manera acertada todo lo que siente su cerebro y corazón. Eso de “creo que no vale la pena- decir tantas cosas pa' entender poquito- vamos a decir poquito y buscamos ramales de lo infinito”, es hermosamente sugerente y tiene unas capacidades de abreviar las cosas sin superficialidades. ¿Cuáles podrían ser los ramales de lo infinito en el amor?

### **Colofón justificativo**

Hay tiempos en que la existencia se complace en ser un regalo. La vida se alegra y el ser entra en armonía. Como si una lluvia de fortunas derramaran el encanto en esa persona que lo recibe. Sin embargo, no es un azar ni una dádiva de la espontaneidad, sencillamente son los frutos de una cosecha que se ha sembrado con todo esmero, paciencia y rigor. La tierra se ha preparado y la semilla cuaja de manera precisa y segura. Ahora todo sonrío. El camino está perfumado y las espinas apenas son recuerdos llamados a confirmar la lucha franqueada que hubo de darse para saborear el triunfo alcanzado.

Julio de la Ossa ahora va de brazo en brazo de los triunfos, ya no solo se le corona como rey vallenato del acordeón, sino que conquista otros reinados: rey del Festival de Acordeoneros del Hombre Caimán y rey sabanero de la XIII edición. En sí, saborea con gusto la exquisitez de la fama ganada con honradez.

Aquel niño nacido en un pueblo no visibilizado por los prejuicios de una cultura centralista se fue imponiendo a fuerza de enjundia, sobrepasando todo pronóstico de uniformidad que caracteriza a los jóvenes que por circunstancia nacen en los pueblos lejanos de los grandes centros del poder.

Fue de temple y de carácter. Le tocó hacer la travesía de una vida cifrada para ser algo y ser alguien. Más allá de las cercanas posibilidades de un pueblo refundido en la lejanía de la esperanza, un horizonte donde la bruma del tiempo carcome toda franca posibilidad de llegar a algo diferente a cultivar el campo.

Si en estos tiempos es difícil alcanzar los frutos que se producen en el paraíso para las personas que casi siempre les ha tocado estar en el infierno, ¿qué nos queda pensar de aquellos tiempos donde la exclusión era mayor?

Este hombre no sucumbió ante la adversidad, sus sueños fueron fuerzas superiores que lo llevaron a imponerse, ejemplo valedero de un camino a seguir en cualquier actividad humana decente.

Nada le fue fácil. Hasta los últimos días de su vida permaneció en la lucha. No se entregó en ningún instante. Por eso, lo encontramos en un permanente recorrido de pueblos sabaneros. Venezuela hizo parte de sus andanzas, para más tarde cerrar sus ojos en Montería, donde “dejaré tu camino cuando ya no exista y esté para morir”.

# Julio de la Ossa

Rey de la Leyenda Vallenata 1975



*Ilustración Félix López*

# Entre raíces y flores: memorias de identidad femenina en Sucre

Por **Dolores Barrios**

## **Raíces formadoras**

Era apenas una niña cuando vi a un joven deportista con una pierna fracturada. Era imposible llevarlo a una clínica, pues no había ninguna. Debía ser 1960 en El Varal, Córdoba. Cómo iba a haber clínicas si vivíamos entre las montañas, en fincas donde el color verde se extendía hasta el final de nuestra vista, si cocinábamos en hornillas y fogones de leña situados debajo de enramadas que elaborábamos con cuatro horcones, forrados en plantas y cubiertos por un techo de palma para proteger el fuego de la brisa y el aguacero.

Las ollas de barro las fabricaba mi abuela. Los platos eran de peltre y totumo y las cucharas eran de palo. Debíamos lavarlas con una planta tan escamosa como una lija: paralejo o matiamoreno, que recogíamos en los montes. Esa planta no la he vuelto a ver. Mi abuela decía que servía “para sacar lo malo y meter lo bueno”. Cómo iba a haber clínicas si vivíamos lejos de todo, en la casa de palma y bahareque de una finca de un familiar de mamá. Tenía piso de tierra y con el polvo que despedía al barrerlo formábamos pilas que humedecíamos para hacer “parches” o lisis con el fin de evitar que flotara y desordenara el ambiente.

Caminábamos largos trayectos para abastecernos de agua en un pozo que achicábamos en la mañana luego de quitarle la baba de los sapos. Esa misma agua cristalina la arreábamos en varios viajes hasta llenar las tinajeras de barro que también construía mi abuela y la tomábamos sin hervirla. Nos bañábamos con un jabón de monte que preparaba la señora Josefa Bracamonte y sentíamos que vivíamos en la plenitud de la pureza. Nos entreteníamos en el arte de cortar leña, cultivar yuca, ñame, arroz, patilla y maíz y pescábamos moncholos en los arroyos. Vivíamos un deleite edénico comiendo papayas, nísperos, anones, aguacates, guanábanas, manzanos y especialmente mangos de muchas variedades. Casi en todas las casas había cría de gallinas, patos, pavos, cocás y conejos. Cazábamos icoteas y armadillos. Teníamos mucho para alimentarnos a pesar de que nos veíamos como pobres. No necesitábamos clínicas, pues la gente casi nunca se enfermaba. Los médicos destacados eran curanderos de mordeduras de culebra, porque como estábamos entre bosques abundaban las serpientes. Ellos preparaban unas contras para tratar a los que eran víctimas de mordeduras. Nunca se oyó de alguien que muriera por el colmillo de una culebra. Yo diría incluso que poco se moría la gente. La tierra donde nací era mi propio paraíso perdido.

Era apenas una niña cuando vi a un joven deportista con una pierna fracturada y enseguida contemplé a mi abuela mascar tabaco, formar una pasta en su boca y deslizarla sobre la pierna herida mientras declamaba oraciones. Usaba sus manos y su voz para alejar el peligro y la cepa de la mata de plátano para vendar la sección afectada. Mi abuela era como la curandera del caserío. A ella acudían para reparar las descomposturas y las fracturas de los accidentados, pero esos accidentes casi no ocurrían, así que la reconocían más por ser la partera de la vereda. Las embarazadas la visitaban cada quince días para

hacerse ver la barriga y era tanto el conocimiento de mi abuela que sabía si era niño o niña. Si venía de pie la criatura ella masajeaba la panza para enderezarla y por eso nunca escuché de cesáreas o embarazos peligrosos. Mi abuela era mejor que las clínicas. A donde ella iba la gente sanarse, no a morirse. Decíamos que mi abuela tenía “el secreto”. Lo cierto es que sí conocía muchos secretos con los que conjuraba y aplicaba medicinas para tratar a la personas con malestar. Preparaba remedios para los parásitos, las plantas como el bajagua y la caña brava para tosferina; la leche de higuerón con mascada de tabaco para otros males e incluso preparaba bebidas de ron compuesto que era Nuestro bálsamo. Trataba el dolor de oído con orégano caliente; la fiebre con matarratón y el malestar estomacal con cortezas de naranja, hierba santa y hierbabuena. Mi abuela tenía una burra negra en la que viajaba para tratar a las personas. Era como una ambulancia de hoy, cargada de todo. A ella le pagaban con trueque de ñame, gallinas o cerdos y por eso nunca faltó comida en la casa.

Hablar de mí y de mis orígenes implica mencionar a muchas otras personas, porque mi ser no acaba en mi piel. Por eso, tenía que empezar hablando de la identidad de las mujeres y el espíritu femenino de mis orígenes con el relato de mi abuela. Ella fue abuela, abuelo, madre y padre. Combinaba en su pecho la sabiduría y la ternura. En las noches de luna clara nos reunía afuera de casa y contaba cuentos como el del pescadito de oro o el cabeza de balsa. Era una líder intachable, fuente de inspiración para mí y las demás mujeres de la vereda, siempre dispuesta a servir. Su esposo no les dio apellido a sus hijos y ese fue el común denominador en los hombres de la familia, se distinguían por su distanciamiento del núcleo familiar. Yo siempre acompañaba a mi abuela. La quería mucho y tal vez habría perseguido sus pasos de haberme quedado con ella, pero a los 12 años, una vez que mi mamá quiso pegarme porque me negué a lavar unos platos de peltre, me escondí entre los bultos de yuca que mi papá cargaba en un camión que hacía viajes a Corozal. Me dormí y al despertar ya estaba rumbo a una nueva vida. Sentí que nada volvería a ser lo mismo. Cuando papá me descubrió ya estábamos cerca a Corozal. Con gran susto no tuvo alternativa que permitir que termináramos juntos el viaje.

En El Varal tengo el ombligo enterrado. Al nacer enterraban el ombligo del niño con la placenta en la tierra y por eso sentimos de una forma muy íntima el territorio donde vinimos al mundo, pues tiene algo de nosotros. Tal vez por eso creemos que somos la tierra en que nacimos y mis recuerdos más dulces apuntan a esa temporada. Mi viaje era señal de que comenzaba una aventura. Me esperaban espacios nuevos como la escuela, cuna de otros conocimientos. Experimenté la alegría del aprendizaje con el sinsabor de pensar que olvidaba la sabiduría de mi abuela. Ahora sé que el azar me separó del “secreto” de la abuela, mas no de su vigorosidad. No pude elegir a partir de mis deseos y eso iba a repetirse durante muchos años hasta que tomara las riendas de mi vida y la actitud para levantarme. Hoy, mientras deposito estas palabras, el corazón me palpita de emoción. Sé que la energía de la abuela circula dentro de mí y que juntas escribimos esto y compartimos nuestros secretos.

### **Distanciamiento**

No siempre podemos elegir según los deseos de nuestro corazón, sobre todo cuando somos pequeños, tímidos y nos enfrentamos a escenarios desconocidos que transforman la vida y la percepción sobre las personas que amamos. Salir de El Varal y llegar a Corozal fue conocer nuevos lugares y personas, pero también verdades que permanecían veladas. La primera fue la otra familia de mi papá, su otra esposa y

sus otros siete hijos con quienes llevaba una estrecha relación, además de su hermano y su mamá. En esa familia yo estaba siempre como un animalito apartado. Aún era muy joven para entender los desatinos de mi abuelo y mi padre, creando familias en varios territorios, pero sin atender con seriedad a ninguna de ellas. La familia de mi papá me recibió con asombro. Me interrogaron sobre mi origen, mis habilidades y mis estudios. Yo sabía trabajar, andar en el monte, pilar arroz, arrear agua y cocinar. Por eso, un tío que era profesor insistió en que debería estudiar. Él mismo consiguió un cupo en el colegio femenino de monjas franciscanas de Corozal llamado Monseñor Percy.

Así comenzó una metamorfosis. Tuve que adaptarme a la nueva familia, a las costumbres e incluso a usar zapatos, pues andaba descalza o como dice la canción “*con la pata pelá*”. Entré al colegio y por la edad me recibieron en segundo año. Tenía a mi tío como profesor personal que me enseñó el alfabeto con el rigor de la consigna de que la letra con sangre entra. Sirvió, porque aprendí rápidamente. Era traviesa desde siempre, así que también enfrentaba a mi tío. Había situaciones incómodas en esa temporada. Mi relación con la abuela nueva era distante, no nos queríamos. Ella me decía: “es que uno quiere a las personas que manosea” y nosotras apenas si nos dimos un abrazo. En el colegio me provocaba rayar las paredes, pues tenían un revestimiento con apariencia novedosa, casi seductora, pero básicamente yo no encajaba en el orden disciplinario, no tenía lugar en medio de tantos lugares y los momentos más felices se reducían a ceremonias, a obras de teatro de comedia y a celebraciones de la escuela donde podía cantar y recordar a mi mamá, mi abuela y mi casa.

Todo me era brusco y me parecía estar sometida a las circunstancias sin poder ejercer la voluntad. Esa sensación se resumió en un sentimiento surgido luego de un acontecimiento que ocurrió a los tres meses de llegar, el día de mi primera comunión. Habíamos buscado unos zapatos para la ceremonia y calcé unos tan bonitos que no pude rechazarlos aunque me entraron con dificultad y me quedaron apretados. En realidad, todo me parecía forzado, todo me apretaba y yo solo decía que sí a todo. Acepté los zapatos por miedo a que no me compraran nada, pero durante la ceremonia de mi primera comunión lo que viví fue una tortura. No podía soportar el dolor, pero no le dije a nadie. Aguanté el calvario en silencio y así siguieron nueve meses de desequilibrio en los que no encajé ni en mis zapatos.

Regresar a El Varal fue grandioso. Me conmovió la dicha de estar junto a mi familia, que reaccionó con perplejidad ante los cambios de dialecto y estética que veían en mí. Fueron días hermosos, pero tuve que volver a Corozal al siguiente año para cursar el tercero de primaria. Las cosas seguían en un cambio indetenible. Del colegio me convocaron para participar en la inauguración del departamento de Sucre, al que íbamos a pertenecer en adelante. Mi profesora de canto, la madre Sor María Ligia, se encargó de escribir el primer himno del departamento, que recuerdo perfectamente: *Sucre el progreso traerá y el clarín sonará por todo el firmamento/ Ya la aurora llegó con su nueva alborada/ se escucha el eco de la voz del creador/ que nos brinda la paz y de Cristo el perdón.*

Era 1966 y en Sincelejo participé en el desfile de gala en honor al presidente de la República, doctor Carlos Lleras Restrepo. Levantaron edificios, como el de la Caja Agraria, construyeron parques, se extendió el comercio con los almacenes de cadena y llegó el Ley. Todos los municipios empezaron a desarrollarse. Teníamos un nuevo escudo y una nueva bandera, pero también una clínica, cemento y



contaminación.

Llegó una nueva colonización y la modernidad, acompañada de las violencias que la caracterizan, como la acumulación de riqueza, la corrupción, el patriarcado y la desigualdad. Sobre los bosques cayó cemento y sentíamos que nos empezaba a faltar el aire. Fueron desapareciendo las casas de palma del Centro y de la avenida Las Peñitas. Se evaporaron las casetas del Club La Selva de La Pajuela, a donde llegaban los acordeoneros de la región como Alfredo Gutiérrez, Calixto Ochoa y Lisandro Meza y las bandas. Se acabó también el ambiente en San Carlos, donde nos refrescábamos con el guarapo de panela que vendía Pello Peralta y fuimos testigos de la tragedia que le ocurrió al pozo de Majagual, una reliquia pisoteada por la ideología del hormigón. Era un pozo de agua llorada y por eso nunca faltaba el líquido. De este se abastecían casi todos los habitantes de Sincelejo. El borde del pozo se alfombraba con un “verdín” y gracias a la presencia de esa alga a los sincelejanos se les conocía como “barrigas verdes”, pero lo veíamos como homenaje a nuestra fuente, que era nuestro pulmón, corazón y vientre. Hoy hay un parque donde quedaba el pozo de Majagual y el cemento sepultó la vida. No hay más “barrigas verdes”, pero sí “barrigas de cloro”. Dejaron apenas el monumento al loco Pio, el señor que arreaba agua en barriles en un burro. Habría preferido que dejaran a Pío junto a la fuente de agua natural del pozo. Algunas tardes en que me siento a soñar, me parece escuchar debajo del cemento que sirve de sarcófago el rumor del agua del pozo queriendo salir. Es también el rumor del amor y la vida que clama por rebrotar en nuestro territorio después de tanto silencio sepulcral. Soy una luchadora de la vida, pero aún me resisto a dejar las ganas de picar el suelo, resucitar el pozo y convertirlo en una fuente de agua, de vida y de esperanza.

### **Adversidades y aprendizajes**

Los azares me llevaron como un péndulo de un municipio a otro, persiguiendo el trabajo y la comida. A los 17 años ya había trabajado como empleada doméstica y en cafeterías de Barranquilla. A esa edad, cuando trabajaba en una empresa pequeña, un compañero que apenas conocía me invitó a salir. Era 1971 cuando comenzó el calvario. Esa misma noche fue la primera vez que bebí cerveza. Solo me tomé dos y me mareé. Tanteaba los muros para no caerme, pero me caí y el golpe fue tan fuerte que tardé más de 10 años en recuperarme. Esa noche perdí mi lucidez y mi virginidad, pero me gané la compañía de un hombre con el que sufriría los mayores suplicios los siguientes años. A veces hay un ganar que es perderlo todo.

La timidez me quitaba el impulso de hacer reclamos, pero en mi interior estaba segura del daño que recibía. Me asaltó la tristeza y sabía que esa zozobra sería el anuncio de una transformación. Una amiga me recomendó buscarlo, porque el orden, decía ella, era que si un hombre perjudicaba o abusaba a una mujer tenía que hacerse cargo de ella. Ahora sé que mi amiga erró, porque una mujer no es un objeto del que los hombres se hacen cargo y mucho menos deben compartir su vida con un abusador, pero era ingenua y me faltaba recorrido para decidir de acuerdo con mis intuiciones y mi voluntad. Así que viví con él en una pieza de alquiler, más bien vivía sola y él me visitaba, pues viajaba con frecuencia a otras tierras. Descubrí que era un tipo experimentado, había pasado por la policía e incluso –aunque eso fue mucho después, justo al final de mi primer embarazo– que era casado y padre de cuatro hijos. Sin sospecharlo había heredado las condiciones sentimentales de mi madre y mi abuela. Me vi enredada en

una vida que me dejaba inmóvil y que sería el foco de recurrentes decepciones. Me sentí el eslabón de una historia que se repetía desde generaciones en la que el hombre somete a la mujer con artimañas que empiezan a descomponer la autoestima, el cuerpo y finalmente el espíritu.

Fueron 11 años los que viví con el padre de mis tres primeros hijos y todavía no alcanzo a entender cómo pude soportar tanto maltrato físico, verbal y psicológico. Primero, en la piccita de Barranquilla y luego cuando lo nombraron jefe de personal en una empresa de Sincelejo. Él no me dejaba estudiar ni trabajar y mucho menos se preocupaba por comprarme nada, ni darme cariño o un motivo para vivir feliz. Me utilizaba para organizarle su desastre, lavarle la ropa y limpiarle los zapatos. Cada prenda que usaba valía más de lo que yo llevaba puesto. Así que al principio la vida con él fue cumplir obligaciones y aguantar la humillación del que está en un papel inferior, luego fueron las palabras de odio. A punta de sugestión me convenció de mi insignificancia. Vociferaba que no servía para nada, que era una “manteca” y que nadie más se atrevería a estar conmigo. Más adelante se enamoró de una niña de 15 años, otra víctima, a quien le dejó un hijo del que nunca se hizo cargo. Yo estaba justo en medio de mi segundo embarazo y él refunfuñaba que se conseguía mejores mujeres que yo. En ese entonces suponía que me despreciaba porque me lo merecía, pero nadie merece ese trato. Hoy estoy segura del valor que tenemos como mujeres y me enlistedo para denunciar la fatiga de soportar que los hombres proyecten en nosotras el odio que se tienen a sí mismos. Su estrategia fue reducirme a lo más insignificante a punta de desprecio y de infundirme miedo. Ganó el miedo, sobre todo cuando descubrí que consumía vicio y se multiplicaron las amenazas. Luego fue el alcohol seguido de golpes, lanzarme a la calle con los niños en las noches y un sinnúmero de infamias que cedieron solo cuando sufrió un accidente.

Fue durante el tercer embarazo cuando lo atropelló un carro. Él iba en moto y la contusión cerebral fue tal que permaneció 21 días inconsciente, perdió la memoria a corto plazo y las condiciones para trabajar, pero no su monstruosidad ni su habilidad para maltratar. En esa temporada yo salía de casa a escondidas a estudiar modistería y a trabajar. Él no quería que hablara con nadie y yo aceptaba justificándolo por ser el padre de mis hijos. También aguanté que mi mamá insistiera en que convivir con el padre de mis hijos era la única opción que tenía como mujer, incluso aguanté llevarlo a Barranquilla para que lo vieran los médicos, aguanté que al volver a Sincelejo la esposa hubiera tomado posesión de la casa y la pensión por el accidente –porque mis hijos no fueron reconocidos por él–, aguanté mantenerlo porque estaba parapléjico, aguanté que me celara hasta con las mujeres tratándolas de alcahuetas, que me insultara delante de la gente y que me amenazara de muerte frente a los niños. Y aguanté hasta que me llené de coraje y tomé el control de las circunstancias que me rodeaban. Puse una tienda, ahorré para comprar una casa en Sincelejo, emprendí un negocio y una tarde, desesperada por los caprichos violentos de ese hombre, lo golpeé con una tenaza, lo denuncié en el Bienestar Familiar y lo obligaron a salir de mi casa. Mientras él se alejaba de mi vida, yo renacía como una nueva mujer.

En 1982, después de muchos azares y desventuras, conocí a Álvaro, mi segundo esposo. Experimentaba yo la desilusión de prolongar mi soledad, encadenada a la idea de que nadie se arriesgaría a salir con una mujer madre de tres hijos. Para ese entonces organizaba eventos comunitarios y reinados de barrio para las fiestas populares del Dulce Nombre de Jesús en las Festividades del Veinte de Enero en Sincelejo.

Lideré la tarea de construir un parque en el barrio y traje a la primera dama del municipio para la inauguración. Tal vez fue eso lo que enamoró a Álvaro, pues siempre me dio libertad para lo que necesitaba. Me respetó y admiró por cada ocurrencia y me complacía en mis aspiraciones políticas. Me ayudó a recuperar el amor en mi misma, minimizar las inseguridades y explotar el valor que había sido apresado por la violencia y el miedo, pero también fue una relación marcada por contratiempos y adversidades desde el principio. Él era ingeniero agrónomo de la Universidad de Córdoba y yo una mujer sin profesión y con tres hijos.

Es muy difícil siendo mujer con hijos organizarse con un hombre. Para ellos es fácil dejar criaturas en un lado y otro, levantan vuelo a nuevas tierras y nuevos cuerpos, se sacian y apresan el destino de las mujeres a cambio de su propia libertad. Nosotras resistimos los señalamientos y oposiciones.

Álvaro y yo nos casamos por la iglesia y tuvimos dos hijos. Esta vez sí tenía el apoyo de un hombre y aún así asumía con entereza la responsabilidad de ser mamá, pues entre todas las actividades que he desempeñado, es esa de la que me siento más orgullosa.

## **Retos**

Cuando tomé las riendas de mi vida supe que no podría soltarlas nunca más. Ya era 1983 cuando organicé a 42 mujeres para participar en una capacitación teórica de costura con el SENA. Todas eran cabezas de hogar y seguramente todas eran sobrevivientes de la violencia del patriarcado. Estaba surgiendo en mí la líder intrépida que había permanecido escondida por temerosa. Continué trabajando para la capacitación de las mujeres y en los colegios participaba en las asociaciones de padres de familia organizando bazares, rifas y bingos para mejorar las condiciones de los niños en la escuela. Mi motivación era posicionar a las mujeres como sujetos de derecho, que pudieran emanciparse del yugo del hombre y se reconocieran a sí mismas como personas valiosas, dignas y con múltiples habilidades para hacer frente a las adversidades.

Poco a poco fui ganándome el liderazgo de la comunidad haciendo obras como la apertura de una calle para beneficiar a casi 150 familias porque el carro de la basura no podía entrar. Me nombraron vocal de control ante los servicios públicos durante cuatro años, luego me eligieron edil de la Comuna 1 y participé en un ramillete de emprendimientos que terminaron por conducirme al congreso de mujeres en Paipa, Boyacá. Y entonces observé a mujeres de todo el país tomando la palabra con destreza para hablar sobre derechos, deberes y sobre las luchas femeninas alrededor del mundo. Era un encuentro con la dignidad y una inyección de ideas y directrices que aplicaríamos en nuestro territorio. Así creamos las redes de mujeres a nivel nacional y la Red de Mujeres Comunales y Comunitarias de Sucre. El objetivo era que las mujeres reconocieran su esfuerzo y su valor, que aprendieran sobre sus derechos, que de alguna manera reivindicaran la dignidad de sus antecesoras y purgaran el duelo por los padecimientos del pasado. Nuestra líder era Nidian Requena Flórez con quien organizamos redes a nivel de municipios por el departamento. Era 1987 y logramos constituir 19 redes de mujeres en igual número de municipios. Fui nombrada presidenta de la Red de Mujeres de Sincelejo y pude tener contacto directo con las mujeres de todos los municipios. Sin embargo, esto no era impedimento para responder como madre, ya que cosía por las noches y madrugaba para adelantar mi trabajo y poder

cumplir con las labores que realizaba en la comunidad y con las mujeres. Muchas aseguraban que esas reuniones eran inútiles, que no disponían de tiempo para participar en ellas o sus esposos les prohibían asistir, pero seguimos con la certeza de que nuestro trabajo no es inútil. Defiendo que ninguna mujer es inútil, que no dejaremos que nos sugestionen y que nos señalen que no servimos para nada.

Inspirada en la riqueza cultural de la región organicé una comparsa llamada Pola Becté, que bailó fandango en las Festividades del Veinte de Enero. Organicé programas con niños y niñas para rescatar valores cívicos y recreación. En la comunidad organizaba anualmente las celebraciones del Día de las Madres y les conseguía premios como estufas, lavadoras, abanicos, juegos de ollas y muchas cosas más. Los obsequios eran patrocinados por salones de belleza, almacenes, restaurantes y tiendas del municipio. La idea era que ninguna se regresara a su casa sin nada. Aspiré al Concejo de Sincelejo en dos ocasiones e igualmente a la Asamblea y a la Cámara por el Polo Democrático con metodologías de voz a voz, haciendo política en los parques y en los buses. No obtuve nunca una curul por la forma en que se maneja la política en este departamento. Éramos de partidos que no compraban votos con fiestas, lechona o regalos, sino que nos preocupábamos por afianzar los procesos de base asociados al bienestar de las mujeres y el respeto que nos merecemos, ya que yo lo he vivido y no quiero que otras mujeres, por ignorar sus derechos, pasen por todo lo que yo pasé.

Aprendí de derechos de la mujer. Comencé un trabajo con mujeres de la región Caribe y una alianza con la Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz, con la que logramos visibilizar las necesidades y problemas de las mujeres de cada región de Colombia a través de reuniones consultivas en las que expresaron sus necesidades. Organizamos la Constituyente Emancipatoria de Mujeres por la Paz y en 2006 fui elegida como Mujer Cafam de Sucre.

Sincelejo se convirtió para mí en mi segundo pueblo añorado, ya que me adoptó y me ha dado muchas oportunidades de ser la líder social y comunitaria en que me he convertido. He tenido muchos reconocimientos debido a mi trabajo incondicional y nunca he devengado un sueldo del Estado. Siempre he trabajado de forma independiente, lo que me dio lugar a que dispusiera de mi tiempo para poder dedicarme al trabajo social y comunitario, especialmente con las mujeres, sin distinción de raza, etnia, religión ni filiación política. Por todo esto la Gobernación exaltó mi labor en pro de la mujer sucreña como factor fundamental para el desarrollo de nuestra región. Hoy tengo otra óptica sobre los procesos comunitarios. Otras mujeres están trabajando con disciplina para mejorar las condiciones de vida del departamento y reducir la pobreza atacando la corrupción. Hoy puedo compartir con grupos de mujeres jóvenes y líderes como Liz Merlano, Neyla Vergara, Rubi Mora Rodríguez, Claribel Pérez, Catalina Pérez, Nelly Medrano, Nora Salcedo, Cristina Toscano, Ana Patricia, Sor Marina Soliz y tantas otras que no alcanzo a nombrar. Con estas mujeres hemos realizado un trabajo con mucho amor, sororidad, nobleza y honradez.

### **Reminiscencias que transforman**

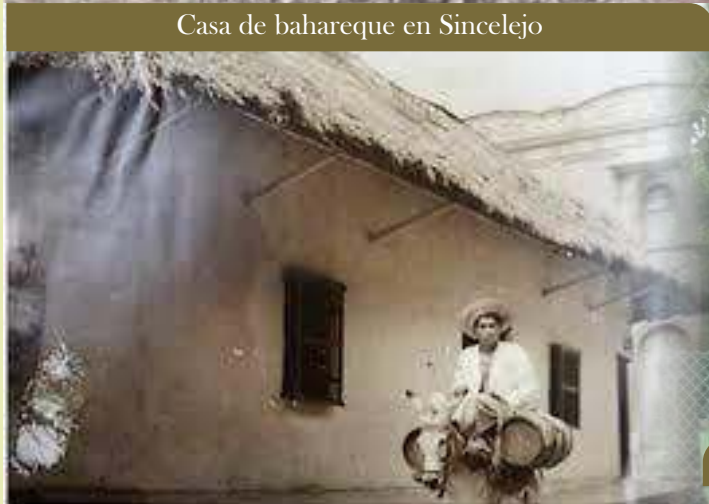
En enero del 2020 los medios de comunicación daban protagonismo al coronavirus, un virus que atacaba a los habitantes de Wuhan, en China, en “otro mundo” como acostumbramos a decir nosotros.

Ignorábamos que se desplazaría tan rápido por el globo y que tendría consecuencias destructivas sobre nuestra patria. Bogotá fue la primera ciudad en tener un positivo para Covid- 19 y desde entonces los casos aumentaron de forma desmesurada. Para marzo, el virus hacía presencia en diferentes partes del país, se disparó el número de contagiados y fuimos obligados por las autoridades a vivir en aislamiento con protocolos estrictos de higiene. Estamos experimentando algo que nunca habíamos visto ni vivido. Sufrimos un nuevo temor, luto y el dolor de las familias que se desintegran a diario, pero nosotras ya no nos dejamos vencer del miedo. Por eso, las mujeres nos reunimos virtualmente en un proyecto de la Secretaría Departamental de la Mujer –Mujer Escucha– en el que surgen propuestas para escribir, pintar, hacer obras de arte, cocinar y otras actividades. A partir de esta experiencia me aventuré a escribir porque siento que mi historia personal ha atravesado episodios trágicos, pero también esperanzadores que pueden servir de espejo para que otras mujeres se reconozcan. Mi historia es la de las muchas mujeres de Sucre, de líderes antiguas como mi abuela, de la violencia del patriarcado que nace en las instituciones y se materializa en el hogar y de aquellas que combaten el abatimiento y usan las adversidades como impulso para saturar de ímpetu la voz, mover a las personas y hacer que prospere el trabajo comunitario.

En medio del distanciamiento social nos bombardean con imágenes y noticias negativas y devastadoras, pero nosotras somos positivas y trabajando en equipo sabemos que todo va a cambiar. Veníamos como en un tren sin freno con la lucha, hasta que la pandemia nos encerró y nos puso a meditar. Es cierto que pasamos más tiempo en familia, pero la familia también son nuestras compañeras, con quienes queremos reencontrarnos. En este encierro comencé a reflexionar sobre esos tiempos de mi niñez y añoré volver a vivirlos. Nuestros sueños se parecen mucho a nuestra infancia. No nos enfermábamos, no necesitábamos tapabocas ni teníamos que estar confinados ni presos en nuestra casa y no se hablaba de UCI porque acudíamos a las plantas medicinales que utilizaba mi abuela. La misma naturaleza nos curaba de los males que teníamos. Sueño con nostalgia, pero con alegría; en cambio el presente se muestra nefasto. Veo que nosotras, las mujeres, llevamos la peor parte de todo este infierno, pues muchas seguimos siendo víctimas de nuestros compañeros. Durante el periodo que llevamos de pandemia van más de 142 mujeres asesinadas. El distanciamiento cortó las posibilidades de ayudarnos entre nosotras, nos desconectamos y parecemos vulnerables, pero con esfuerzo nos mantenemos unidas en la distancia, poniendo el pecho para que los feminicidios se detengan. Quiero, con este escrito, demostrar la fuerza de las mujeres, que somos dignas de respeto, que estamos cansadas de ser las víctimas y que juntas podemos forjar un mundo más igualitario.



Pozo de Majagual 1908 - 2020



Casa de bahareque en Sincelejo



Monumento al loco Pío



Participación en eventos culturales

**Primer Congreso Regional Costa Caribe**  
 Será organizado por la Red de Mujeres Región Caribe en Toki  
 Toki será sede los días 2, 3 y 4 de marzo del Primer Congreso Regional Costa Caribe, organizado por la Red de Mujeres Región Caribe y en el participarán 300 mujeres de la región.

**LA SELVA**  
 Cultura, belleza y desarrollo  
 La Selva, el departamento de la Costa Caribe, es un destino turístico de primer orden por su belleza natural y cultural.

**¡Bien!**  
 Sincelejo. La señora María Herrera López fue elegida Mejor Ciudadana de Sincelejo por su trabajo y dedicación al trabajo comunitario y por su vida como esposa, abuela, hermana y estudiante.

**Mujeres de Sucre, contra la exclusión**  
 La inclusión, la falta de empleo y el deterioro de las condiciones de vida son algunos de los problemas que enfrentan las mujeres en las zonas rurales.

Recortes de prensa local

# Un gran jardín primaveral visto a través de mis gafas y mi cámara

Por **Ernesto Benavides**

El mar de Coveñas me dio a luz. Cada vez que puedo y siento la necesidad lo contemplo como una manera de agradecimiento y una forma de obtener paz, esa que muchos anhelan y que yo, al principio y al final del día, en la noche, en la madrugada o a cualquier hora, solo así consigo.

Sobre sus arenas finas di mis primeros pasos, y no hablo solamente de caminar, también hice mis pinitos en el periodismo, oficio que me ha permitido no solo conocer la manera de vivir de la capital del paraíso, como llamo yo a ese rincón del Caribe, sino la de un departamento que me ha hecho saber que las imágenes que he capturado con la cámara periodística y la memoria son de una región que habla y sabe rico.

Comienzo este recorrido sentado en un espolón desde donde observo lejos de la vista, pero cerca del corazón, un ocaso. Es una tarde de invierno, pero un día en el que el cielo no dejó caer gotas de agua. La catarsis que me produce ese espectáculo de color naranja que desciende lento me adormece a tal punto que me conmuevo hasta las lágrimas. Hago una relación del fallecimiento de la tarde con la muerte de las cargas de ese preciso día. En las horas siguientes, cuando llegue la alborada, será otro espectáculo de renacimiento, de resurgir, de recomenzar.

Los pelícanos dan sus últimos saltos al agua para cenar. Debe ser una llegada de la noche fructífera para ellos porque no dejan de hacerlo. Ya son manchas que suben y bajan, claras por el color natural de la tarde.

Un par de niños corren por la playa en busca de cangrejos y luego se refugian en las faldas de sus padres. Una pareja de novios camina paralela al mar agarrada de manos. De seguro se van jurando un “para siempre” sin pensar en el presente, sin futuro y sin pasado. Se dan un beso con gusto a sal a orillas del mar, donde la furia y la calma parecen ser un solo sentimiento.

Las palmeras se mueven por órdenes de la brisa que a esta hora es casi siempre fuerte. Huele a salitre. Mi piel se siente enmelada y mis labios, resecos. Debo apresurarme a sacar la cámara, pero el embeleso del ocaso me cautiva y dejo pasar un par de minutos. El sonido de las olas y del viento proveniente del barlovento me enamora, igual que el amor al cual estoy recordando al hacer un exorcismo mental viendo morir una tarde más.

Sin duda es uno de los mejores planes en Coveñas -pienso- el de contemplar los atardeceres. Sea lo que sea que venga a hacer un visitante o un nativo es recomendable detenerse entre tanta tribulación y mirar, solo mirar, para dejarse perder mientras se pierde el sol.

Sin pensarlo caminaría los 14 kilómetros de playa de este balneario sin descansar, pero las fuerzas humanas no me lo permiten. La mente sí. Por ello cierro los ojos y me imagino sobre un bote llegando a la casa flotante en la Ciénaga de la Caimanera rodeado de manglares y el verde natural que da vida, o mejor aún, sentado en la raíz de un árbol a orillas de la represa de Villeros y, por qué no, recorriendo el Parque Museo de la Infantería de Marina.

Pero eso puede esperar porque ahora, en estos momentos, estoy en mi mar, en mi espolón, en mi universo, en mi escape. Y tengo que inmortalizar el momento, por lo que presiono el obturador y sonrío. La imagen del horizonte naranja queda congelada en la cámara y en mi corazón.

### **Me dejé abrazar por el verde de los manglares**

El bote partió desde el pequeño muelle bajo un sol canicular. No estaba sudando, pero la ropa picaba en la piel. Esa sensación cambiará después cuando nos adentremos en los senderos rodeados por la espesura de los manglares de la Ciénaga de la Caimanera.

El cantar de los pájaros hace el recorrido más ameno y tranquilo. La velocidad es lenta, razón más para detallar cada parte de este estuario que solo se puede comparar con un pulmón. Y es que en últimas así es que debe ser llamado: el pulmón del Golfo de Morrosquillo, primero, por la gran variedad de especies de fauna y flora, y segundo, por el aporte biológico que representa para la región. Nos adentramos por el Túnel del Amor, construido por los nativos para celebrar ese bello sentimiento. No dejo de hacer fotografías a cada aspecto que observo. Parece que estuviera en otro mundo porque en este sitio el tiempo se detiene. No hay prisa, no hay afán.

Respiro profundo para acoplarme más a la situación de relajación y lo logro. A la par del avance del camino de agua, el guía cuenta la historia de la ciénaga y responde mis inquietudes. Algunas ramas de mangle se interponen en la ruta, pero la pericia del conductor del bote le permite apartarlas rápidamente.

Ya llevamos unos diez minutos de recorrido adentrándonos en el túnel natural de mangle. Hay pájaros, lobos, se ven cangrejos pequeños y se respira aire puro. A lo lejos, tal como si se tratara del famoso dicho “la luz al final del túnel” se observa claridad. Salimos a un lado más ancho de la ciénaga y se puede ver la casa flotante. Hacia allá nos dirigimos porque allí será la entrevista, pero antes de llegar a ese sitio hay que disfrutar del paisaje que me regala Dios, un obsequio más entre tantos avatares y vicisitudes. Allí queda la desesperación porque hay silencio, hay paz. Sí, nuevamente paz.

Cuando arribamos a la casa flotante nos sentamos en una banca para dialogar amablemente. El paisaje es de embeleso. No hay algo que se mueva sino es por la acción humana, pero lo poco que lo hace no produce ruido. Vista desde el aire la estructura de madera es como un oasis, con la diferencia que no hay desierto alrededor sino agua y manglares. Puro verde.

Hay un par de vendedoras de cócteles en la casa flotante. Conversan entre ellas y las interrumpo para pedirles uno. Lo degusto con toda la calma que me puede producir el delicioso sabor del marisco.

La entrevista con el guía termina y regresamos al muelle. El recorrido de retorno es mucho más rápido,



pero igual de ameno. Uno que otro pescador se halla en el camino y el saludo rutinario llega.

La brisa es un poco más fuerte por la velocidad del bote. La cámara no se ha apagado en ningún momento y mi vista, a través de las gafas, está más activa que nunca, es más, tengo los cinco sentidos puestos en el momento, en el instante en que sonreí abrazado por 2125 hectáreas de agua y manglar.

### **Me enamoré en el pueblo de madera**

Un letrero colorido me da la bienvenida a Colosó. Le voy poniendo nombre a todo lo que veo y para mis adentros esta localidad debería ser llamada “el pueblo de madera de Colombia”. Y es que sus casas hablan por sí solas. Las fachadas, los techos, los colores y su gente hacen de Colosó un lugar mágico.

Llego en busca de fotografiar cada vivienda con el fin de armar un reportaje gráfico para el periódico en el que trabajo. Me mueve la intención de conocer a fondo cada historia dentro de esas casas inigualables. Cada una de ellas guarda sonrisas, lazos familiares, recuerdos, proyectos a futuro, amores escondidos y la tranquilidad que siempre ando buscando.

Mi primera parada es en la biblioteca de dos pisos, construida completamente en madera. Al entrar me absorbe la historia. Me rodeo de libros y dialogo con la encargada. Estoy comenzando la hoja de ruta de una experiencia más donde prima el asombro, esa capacidad que el periodista nunca debe perder.

En el balcón, tal como si fuera el dueño de la vivienda, me ubico a observar los Montes de María y la calle principal del pueblo que se ve casi completa. A lado y lado están las casas de madera, objeto de mi visita.

Paso la calle y me adentro en la Casa de la Cultura, también de madera, que me hace recordar los años 30 y 50. Viejos tiempos que en este recinto aparecen sin reparos.

Tengo que sentirme como en antaño, por eso mi actuar es pasivo y sin sobresaltos. Contemplo cada cuadro, cada marco de las grandes ventanas y escucho un tambor a lo lejos ejecutado por unos jóvenes practicantes.

En la iglesia, obviamente de madera, aflora mi espiritualidad. Está sola. Aprovecho para fotografiar las imágenes religiosas e igualmente las bancas. Me siento en una de ellas y me dispongo a orar, sin afán, sin turbulencia, solo agradeciendo el simple hecho de estar ahí, en un pueblo añorado. No es letargo, es paz.

Camino un par de cuadras y llego a una vivienda pintada con un rojo intenso. Al pararme en el umbral de la puerta en la que parece que el tiempo no pasara observo a una señora sentada en una mecedora en una esquina de la sala. Está tejiendo.

Para ella hoy en día solo hay fantasmas que ríen y callan en una vivienda donde antes no cabía la gente, pero que hoy solo está habitada por dos personas. Las puertas de los cuartos tienen cortinas de colores, como el alma de este pueblo, y hay un silencio absoluto.

La dueña me invita a un café mientras dialogamos sobre la historia de la vivienda. No desaprovecho la oportunidad y obturo muchas veces la cámara. La escucho atentamente mientras caminamos cada rincón de forma lenta. Espacio para apreciar cada rincón y tabla usada para edificar ese hogar.

En el recuerdo de la mujer se pasean imágenes de sus nietos corriendo por los pasillos a los que les entra la luz en pleno. Ve a su esposo parado en el arco que está en medio de la sala y a una hermana asomada por entra la luz en pleno. Ve a su esposo parado en el arco que está en medio de la sala y a una hermana asomada por la ventana viendo pasar el tiempo. Dejo el pocillo sobre la mesa color café y me despido.

Me enrumbo hacia la zona rural donde tengo un encuentro con las pozas naturales. Qué refrescante es un baño que baje en mi cuerpo la alta temperatura que hace. Me alquilan un caballo el cual será el encargado de subirme hacia el Salto del Sereno.

El simple hecho de conocer el sitio del que me han hablado bastante me emociona. Al llegar, luego de unos 20 minutos de camino empinado, me encuentro con una caída de agua relajante. El ambiente es fresco. Saco la cámara de inmediato y sonrío al tener la imagen asegurada.

Ingreso al agua fría, casi helada. Me relajo por completo y me quedo quieto a un lado del pequeño pozo. Pienso y luego existo; en este sitio claro que encaja perfectamente esa frase filosófica. La naturaleza es maravillosa y al recordar las casas y ahora el agua me doy por bien servido.

### **Buscando el amor de Alejo en Tolú**

Hasta el día que fui a Tolú por algo diferente al turismo me di cuenta que el pueblo es más que mar y playa. La misión en esta oportunidad fue para hablar con la gente que había tenido el privilegio de observar y en ocasiones participar en las grabaciones de la telenovela Alejo, la Búsqueda del Amor, a finales del año 1999.

Para hacer ese trabajo periodístico tengo que visitar las locaciones usadas por la producción. Y eso, sin duda se puede constituir como turístico.

Casas coloniales, ventanales grandes, terrazas con pisos de baldosas viejas y techos de zinc se presentan ante mi vista. Imponentes, llenas de vida y de historias. Cuánto hay por conocer y observar en esas viviendas. Estoy a punto de descubrirlo.

Me entrevisto con una morena fornida, alegre y de risa estridente. Fue extra de la telenovela y sabe muy bien de lo que habla. Me invita a que vayamos a la iglesia central donde grabaron muchas escenas. Es grande, mágica. En el atrio conversamos bastante sobre su vida y la telenovela.

Ella se codeó con los actores y hasta les preparaba la alimentación. Caminamos hacia el parque, donde también rodaron imágenes y parlamentos. Nos adentramos bajo árboles grandes, con sombra. Nos sentamos en una de las bancas y ella me explica la ubicación de las cámaras y los actores. Nos sentimos como participando en la producción. Todo es tan solemne que parece una escena de misterio, de las tantas que salían en la novela.

Ya se me había olvidado cómo bautizar a esta localidad. Y sin duda es “Costa Linda”, tal como llamaban al pueblo en Alejo. Es hermoso el pueblo y su gente muy abierta. Bien puesto ese remoquete, pienso para mis adentros. La cámara la obturo sin límites. Hago fotos artísticas y periodísticas. El ambiente da para todo.

Me parece estar observando al negro Alejo con su acordeón desafiando al Diablo en medio del parque central. O a Fidelina con su mirada azul paseando en un Jeep por las calles del puerto, sonriendo sin parar a todo aquel que le lanza un piropo. También me imagino al perro negro que tiene a la gente asustada ladrando por las esquinas en un pueblo sin luz. Más adelante está el padre con su monaguillo invitando a la gente a la misa de 4:00 de la tarde, con gritos pregoneros, porque las campanas de la iglesia se dañaron. Todo es magia. Todo está encerrado en un pequeño Macondo, pero lejos de la zona bananera y cerca del mar del Golfo de Morrosquillo.

En el marco de la plaza están las casas emblemáticas que han permanecido intactas con el paso del tiempo. Algunas son de madera, otras de cemento. Todas bonitas, bien mantenidas, contadoras de historias.

La entrevistada y yo nos comemos un raspado frente a una de ellas, para refrescarnos por la temperatura tan fuerte que hace. Al fin y al cabo a eso estamos acostumbrados en la Costa, a hablar bajo un sofocante sol, lo que hace que la conversación sea más cálida y amena. No falta el sabor único con el que hacemos todo en esta parte del Caribe donde la costa es linda.

### **Reflexiono en San Benito y me embruja un árbol gigantesco en San Marcos**

En una mañana, cuando el sol esparcía sus primeros rayos, me enrumbé hacia el San Jorge. Tengo la misión infalible de fotografiar los sitios emblemáticos de San Benito Abad y de San Marcos, ambos religiosos y míticos, ambos espirituales y embrujadores.

Comienzo por el primero de los pueblos a bordo de una motocicleta. Por esa razón el paisaje se me hace más enamorado. Tengo la oportunidad de apreciarlo a detalle y me dejo cautivar por el verde de las fincas donde pasta el ganado.

A la Villa llegué en un momento donde no hay la fiesta religiosa en honor al Negrito. Por esa razón está todo tranquilo, pero la basílica está ahí, imponente, sin reparos, dándole la bienvenida al visitante, dándome la bienvenida a mí.

No es un esfuerzo quedarse contemplándola. Cada detalle, cada marco, color y figuras me cautivan. Me transportan a otra era, a otro año, al pasado, a antaño.

Obturo la cámara porque no puedo perder tiempo. En el equipo quedan congeladas las imágenes de un retrato material único. Podría contar miles de historias relacionadas con este mágico lugar, pero me limito a observarlo y a abordar a un transeúnte, conocedor del pueblo, para que me relate la historia de la Villa. Así lo hace, con puntos y comas, enfatizando en cada palabra que dice porque habla de su pueblo con orgullo, sin reparos.

Llegó el momento de despedirme, pero antes miro a la cruz de la basílica y juro volver, tarde o temprano, pero vuelvo.

Agarro el camino hacia San Marcos por una vía destapada en construcción. El sol ya está fuerte y el polvo molesta un poco, pero no hasta el punto de hacerme querer regresar. Eso nunca.

Llego al filo del mediodía y recorro el casco urbano de la localidad para conocerla. Hago fotos a la iglesia, a los parques y a la ciénaga donde Berta Piña mojaba sus polleras. La misión en la Perla del San Jorge consistía en averiguar sobre la historia del famoso árbol de caucho. Es la primera vez que piso esta zona. Por eso, todo me asombra y me dejo llevar por el descubrimiento de una nueva región y nueva gente.

Pregunto dónde queda el árbol y en cuestión de diez minutos llego. Nadie me estaba esperando. Por eso, cuando veo a la mujer que cuida la finca le cuento los motivos de mi visita. No es nada nuevo para ella porque está acostumbrada a recibir turistas que se dejan llevar por la historia y las ganas de tomarse una fotografía.

El diálogo, por supuesto, debe ser bajo la sombra del caucho. La mujer me habla sobre las medidas, extensión, tiempo e historia sin dejar de lado el número de personas que lo visitan a diario.

Las raíces son exuberantes y las ramas frondosas. Bajo el gigante árbol se siente la calma que busco en todos los lugares que visito. Allí, donde se ve oscuro y se siente fresco no hay razón para quejarse y hay que dejar que el tiempo pase. Tan místico como real, el ambiente bajo el árbol tiene matices que van desde la calma hasta el misterio, pero sin sobresaltos. Allí es donde se observa del todo el esplendor de un gigante que cuenta su propio existir.

Es ideal para guindar una hamaca, echarse a dormir y descansar sin pensar que afuera, donde pasa la calle a varios metros, está el mundo. Pero en este preciso instante no me quiero subir al universo ni cambiar el rumbo de la historia, lo único que deseo es relajarme y, al menos en este preciso instante, seguir dialogando y tomando fotografías.

Sin embargo, el reloj no se puede detener. Por ello me toca seguir la ruta. El hambre ataca y no me puedo ir de San Marcos sin degustar las delicias de las que tanto me han hablado los amigos.

Me recomiendan un restaurante a orillas de la ciénaga. Antes de degustar la hicotea que pedí disfruto una cerveza bastante fría. Luego sí toca el turno al plato fuerte. El zumo de coco huele intensamente y eso me abre el apetito. El arroz no se queda atrás y también se siente delicioso. No me puedo quejar: el sitio, la comida, la música y el trabajo, todo se confabuló para pasar un rato agradable.

El paisaje natural me habla una vez más y el ambiente me recuerda que el tiempo se termina y es hora de regresar a la ciudad. No obstante, prometo, esta vez frente al agua, que volveré aunque en este momento parece que fuese el fin. No puede haber fin cuando hay que describir un tesoro de belleza sin igual y un jardín primaveral visto a través de mis gafas y el obturador de la cámara.



Fotografías del archivo de Erenesto Benavides

# Sampués en la Guerra de los Mil Días... y el día mil

Por **Frank Acuña Castellar**

## **Cuarentena, junio de 2020**

La muerte de Rafael Núñez en 1894 y el afianzamiento en el poder del conservador Miguel Antonio Caro habían relegado al liberalismo del panorama político nacional, intensificando el sectarismo y la polarización política, aumentando con ello los resentimientos bipartidistas y convirtiéndose en el caldo de cultivo para un ambiente de oposición y creciente descontento social con la clase dirigente. El presidente Caro respondía a sus contradictores con el destierro, la cárcel y el marginamiento absoluto, incluyendo a algunos de sus propios copartidarios. Lo mismo hizo su sucesor, el presidente Marroquín.

Esta forma abusiva de gobierno exacerbó los ánimos de los liberales, quienes se convencieron de que las condiciones les eran propicias para un justificado levantamiento armado que los conduciría al Palacio de San Carlos con altas probabilidades de ampliar la democracia y devolverle la credibilidad al Estado.

Con estos antecedentes y visión del momento histórico del país, pero sin la preparación suficiente, el liberalismo estructuró una improvisada estrategia militar que desembocó en la guerra de 1895. Sin embargo, esta desafortunada confrontación no pasó de embrionarios y aislados levantamientos armados principalmente en Tolima, Cundinamarca y Santander. La guerra civil surgió entonces como única alternativa legítima de los liberales para lograr un real acceso a la política y las decisiones gubernamentales.

El conflicto, que se inició en enero 1895 y concluyó en marzo del mismo año, se conoció como la Guerra de los Sesenta Días, que aunque no preocupó al Gobierno, permitió que el liberalismo, ante sus ínfimos resultados militares y los devastadores efectos que tuvo la derrota sobre su estructura, sintiera su fracaso como un auténtico fiasco militar y político y se preparara para una nueva guerra.

Esta nueva guerra, que se conocería como la Guerra de los Mil Días, se inició en el segundo semestre de 1899 y además de la violencia y su inevitable generación de miseria, le significó a Colombia la pérdida de Panamá y se caracterizó por la lucha irregular o confrontación de pequeñas milicias que sitiaban poblaciones con poca presencia estatal, desafiando al ejército y a las fuerzas gobiernistas para luego huir.

Bajo este esquema de lucha, la Guerra de los Mil Días llega a la Costa Caribe y especialmente a las sabanas del Bolívar Grande y muchas de sus poblaciones como Sincelejo, Toluviejo, Los Palmitos, Corozal, Colosó, Sincé, San Pedro y Sampués, convirtiéndose esta última en un centro de importantes operaciones, por su estratégica ubicación. Como cruce de caminos les permitía a los liberales atrincherarse y establecer centros de operaciones temporales e incluso se dieron importantes enfrentamientos en su jurisdicción, teniendo como protagonistas principales a destacadas figuras de ambos bandos como el propio Rafael Uribe Uribe, por el liberalismo, y Pedro Nel Ospina y Carlos E. Restrepo, por los conservadores.

En octubre de 1899 comienza formalmente la Guerra de los Mil días en el departamento de Bolívar con las guerrillas liberales dirigidas por los generales Manotas, Robles, Manuel de Jesús Álvarez, Juan Alberto Ramos y Julio Enrique Vargas, entre otros. En Sampués, los conservadores se prepararon para la guerra y fue así como fueron nombrados Manuel Martínez y Vicente Bustamante Moreno como alcalde y jefe militar, respectivamente<sup>1</sup>. Con empréstitos forzosos dentro del pueblo, Bustamante obtuvo algunos recursos para la defensa de Sampués y con estos “(...) se ocupaba de hacer trincheras con vigas y piedras en el atrio de la iglesia de Sampués donde pasaba la noche esperando al enemigo que nunca llegaba, hasta que una noche se le presentó Teherán sorpresivamente con su gente, derrotándolo totalmente y le mató ocho soldados y los dos jefes se mataron cayendo el uno frente al otro, ambos con las espadas en las manos. De la guerrilla sólo murió un soldado<sup>2</sup>”.

Al parecer, este fue el primer combate de la Guerra de los Mil Días en Sampués, pero no sería el único, pues en septiembre de 1900 llega el general Rafael Uribe Uribe al departamento de Bolívar y desde de Las Sabanas dará mayores fuerzas a la revolución liberal. “Uribe ha llegado a la Costa Atlántica, después de muchas penalidades, con una decena de hombres resueltos y corajudos. Ellos llevan en sus pechos la vacilante llamita de la revolución. En ellos está la esperanza, la fe y el ideal pugnado por no perecer después de los terribles descabros de la campaña de Santander<sup>3</sup>”.

Rafael Uribe Uribe entra al departamento de Bolívar por Zambrano luego de deslizarse sigilosamente entre ríos y ciénagas para esconderse de los esbirros gobiernistas<sup>4</sup>. Viene a encargarse personalmente de la guerra en la Costa Atlántica. Su segundo paso sería ocupar Sincelejo y allí recibe una comunicación de Rúgero García, empecinado liberal sampuesano, notificándole de la presencia de algunas tropas liberales dirigidas por Medardo Villacob en las inmediaciones de Sampués.

Interesado Uribe de unir todas las guerrillas de Bolívar en un solo ejército común para enfrentar las ofensivas conservadoras, se dirige a Sampués en la madrugada del día 8 de septiembre de 1900.

Es la primera vez que llega a Sampués y Rúgero García lo recibe calurosamente en su espaciosa casa en el lugar donde hoy se levanta la Alcaldía Municipal, frente a la otrora Plaza de Peña<sup>5</sup>. Instalado allí, Uribe Uribe, por conducto de Manuel García Martínez Málaga, ordena llamar a Medardo Villacob, quien ya se había desplazado a la región del San Jorge. Sobre el particular así narra García Martínez el encuentro con Villacob y sus tropas: “Eran las 4 de la tarde cuando me ordenó salir en busca del General Villacob quien debía encontrarse con su gente por los lados de San Benito Abad. Salí acompañado de Remigio Carrascal y llegamos al amanecer a “Las Monjas” Hacienda de los señores Abad donde estaba la gente de Villacob. Me recibió el Coronel Cárcamo quien después de darle cuenta de mi comisión, despachó un soldado en busca de Villacob<sup>6</sup>”.

Por la tarde, Uribe parte para Sincelejo. Para esta visita era alcalde y jefe militar de Sampués el liberal Juvenal Pérez Tarrá<sup>7</sup>. Dos días después Uribe regresa a Sampués a recibir las tropas de Villacob, pero ya el pueblo, advertido de su llegada, le prodiga numerosas atenciones. Hasta la casa de Rúgero García –

1 GARCÍA MARTÍNEZ, Manuel. Memorias de Manuel García Martínez “Málaga”, libro sin publicar y sin foliar.

2 ÍBID, Sin paginación.

3 SANTA, Eduardo. Rafael Uribe Uribe, Un Hombre y una Época. Medellín: 1968. Pág. 242.

4 PUENTES, Milton. Historia del Partido Liberal Colombiano. Bogotá: 1961. Pág. 533.

5 PINEDA, Manuel Antonio. Efemérides de la Campaña del general Rafael Uribe Uribe en Bolívar. Cartagena: 1939. Pág. 36.

6 GARCÍA MARTÍNEZ, Manuel. Op. Cit. Sin Paginación.

7 PINEDA, Op. cit., págs. 36 y 72.

su fiel seguidor – y quien vivía con su madre doña Eulalia de García, llegan numerosos copartidarios y seguidores a honrar su presencia: Custodio Vergara, con sus hijos Custodio y Roque; Joaquín Sierra, con sus hijos Joaquín y Marcial, Luis Otero Vega, Manuel Antonio Anaya, Calazans Casas y sus hijos Calazans y Antonio, así como Melchor de los Reyes Racero, a la sazón cura párroco de Sampués a quien Uribe visita en su lecho de enfermo<sup>8</sup>. Uribe reconoce de inmediato a Calazans Casas, quien había sido representante a la Cámara por el Departamento de Bolívar en el año 1879<sup>9</sup>.

A la llegada de Villacob, Uribe pronuncia aclamaciones a las tropas y al partido liberal, a lo cual el pueblo contesta entusiasmado. A su regreso a Sincelejo, su centro de operaciones, Uribe se muestra optimista y entusiasta por el decidido apoyo del pueblo sampuesano y en general del pueblo sabanero<sup>10</sup>. Tras cortas semanas y gracias a los ímpetus de Uribe, los liberales toman dominio efectivo de gran parte del departamento de Bolívar desde Mahates hasta Montería, pero deben tomar Corozal, importante bastión conservador. Comienza el sitio de esa ciudad el 6 de octubre de 1900 y los conservadores le oponen resistencia durante muchos días.

En esos momentos, Uribe contó con el apoyo de los copartidarios sampuesanos, quienes enviaron provisiones de plátano, queso y panela para las tropas sitiadoras<sup>11</sup>. El 16 de octubre Uribe ocupa Corozal y lo convierte en plaza fuerte del liberalismo. El día 27 de noviembre de 1900 Uribe Uribe es notificado sobre la presencia en lejanías del ejército conservador de Pedro Nel Ospina, compuesto de cerca de cuatro mil hombres. Uribe, consciente del bajo número de soldados y la falta de dotación de víveres y municiones para un combate largo, decide salir sigilosamente de Corozal, escurriéndose por el camino viejo a Sampués. Los conservadores no se percatan de la fuga y en la mañana del día siguiente entran a la ciudad y la encuentran abandonada. Pedro Nel Ospina encuentra una carta en el abandonado cuartel general de Uribe:

*“Estimado Pedro Nel:  
Conveniencias de guerra me aconsejan cederte á Corozal. Como la cesión es voluntaria y hasta gratuita, no voyas á escribir sobre ella un parte muy grandilocuente [...]”*<sup>12</sup>

Después de la lectura de la nota, el general Ospina, descompuesto de furia, decide ir en persecución de Uribe a fin de hacerlo prisionero y aniquilar sus disminuidas tropas, pero ya Uribe en Sampués había tenido tiempo de reagrupar a sus hombres y armar trincheras a las afueras del pueblo, donde lo espera a pie firme<sup>13</sup>. Al mediodía, Pedro Nel Ospina sale en persecución de Uribe Uribe y se aprestaba a cruzar el bajo del Arroyo Canoa, actual camino a Chochó, cuando recibe las descargas de los liberales.

El combate, que dura toda la tarde, termina en las horas de la noche cuando Ospina, al no poder romper las defensas liberales, ordena retirada dejando en el campo nueve muertos y 13 heridos<sup>14</sup>.

Uribe hace lo propio, pues sabe que no tiene oportunidad de seguir defendiendo a Sampués por el poco

8 IBÍD, Pág. 40.

9 IBÍD, Pág. 30- 40.

10 IBÍD, Pág. 40.

11 IBÍD, Pág. 74.

12 Documentos Militares y Políticos relativos a las campañas del General Rafael Uribe Uribe. Bogotá: 1904. Pág. 156.

13 SANTA, Eduardo. Op. Cit. Pág. 255.

14 SALAZAR, Víctor M. Memorias de la Guerra (1899 – 1902) . Bogotá: 1943. Págs. 104 – 105.



número de armas y dotación. Abandona el pueblo con destino a Chinú, pero ha infringido severa derrota al ejército conservador. Pedro Nel Ospina entra la noche del 28 de noviembre a Sampués. Entre sus tropas lleva a Carlos E. Restrepo<sup>15</sup>, quien como él, llegaría a ser presidente de la República. Ospina, Restrepo y sus tropas no permanecen mucho tiempo en Sampués y salen a la mañana siguiente con destino a Chinú. En batallas sucesivas desde Chinú hasta Lorica, Ospina no logra capturar a Uribe Uribe y solo acumula aplastantes derrotas. Al final de la ofensiva conservadora Uribe abandona el departamento de Bolívar y continúa hasta el vecino departamento de Magdalena donde había mayores oportunidades de triunfo, no obstante, dejará organizadas algunas guerrillas que seguirán conservando poder de acción en Las Sabanas.

La guerra continúa azarosamente en el departamento de Magdalena, pero al final, persuadido por la propuesta del Gobierno de una mayor participación de los liberales en la política nacional, el general Uribe decide pactar un armisticio en la hacienda Neerlandia, a las afueras de Ciénaga (Magdalena). “Uribe al fin había logrado obtener un tratado decoroso en cambio de la humillante capitulación que se le había venido ofreciendo despectiva e injuriosamente a los revolucionarios vencidos<sup>16</sup>”.

Con el tratado de Neerlandia, firmado el 24 de octubre de 1902, se les concede a los revolucionarios liberales su categoría de beligerantes y no el despectivo calificativo de bandoleros y se establecen los pueblos de Río Frío y Sampués como sitios de entrega de armas en Magdalena y Bolívar, respectivamente. Para tal efecto, Uribe envía sendas comunicaciones a los jefes de tropas liberales de Bolívar, convocándolos para congregarse en Sampués el día 21 de noviembre de 1902.

Desde el 17 de noviembre empezaron a llegar al lugar señalado las tropas y generales liberales. Dos días después llegó Rafael Uribe Uribe procedente de Mahates y acompañado de los generales Urueta, Navas, Villacob y otros jefes de tropas de las distintas guerrillas liberales. Finalmente, el día 20 de noviembre arribó la comisión gubernamental compuesta por los generales J. J. de Arjona, Florentino Manjarrés, Heriberto Vengoechea, Castellanos y Daniel Carbone<sup>17</sup>, quienes venían en representación de Juan B. Tovar, gobernador y jefe militar de Bolívar. Como comisionados liberales estuvieron Rafael Uribe Uribe, Efraín Juliao y Ramón Rosales, además de los generales Federico Castro Rodríguez, César Díaz Granados, Manuel de Jesús Álvarez, Joaquín Mercado Robles, Julio E. Vargas, Juan Berdugo y Manotas<sup>18</sup>.

El día 20 de noviembre se da inicio a la entrega de armas eligiéndose la Plaza de Peña, actual parque Rafael Vergara Támara, como sitio de encuentro. Al mediodía, las tropas liberales departían con los comisionados conservadores un almuerzo con carne de res, cuando un desafortunado incidente casi echa al traste las negociaciones de paz. En esos momentos llegan a Sampués unos telegramas oficiales urgentes para los comisionados conservadores. El general Vengoechea recibió y leyó las notas y una de ellas, enviada por el ministro de Guerra de la República, la pasó al general Uribe. El telegrama contenía el siguiente mensaje:

---

15 ÍBID, Pág. 105.

16 SANTA, Eduardo. Op. Cit. Pág. 298.

17 BERDUGO, Juan. Memorias de la Guerra. En: Fundación Antioqueña Para Los Estudios Sociales. N° 8 – 9. Medellín: 1995. Pág. 195.

18 García Martínez, Manuel. Op. Cit. Sin paginación

*“Bogotá, Octubre 30 de 1902*

*General Juan B. Tovar - Barranquilla.*

*Servíos disponer que inmediatamente se juzgue a Uribe Uribe por un consejo verbal de guerra y que a la sentencia se le dé el cumplimiento sin contemplación alguna. -Amigo, José Joaquín Casas<sup>19</sup>”.*

Uribe Uribe montó en cólera, llamó a uno de sus ayudantes y le dio la orden que fuera a avisarles a los generales liberales Julio E. Vargas y Manotas con sus tropas que la guerra continuaba. Afortunadamente, entre la correspondencia conservadora estaba la respuesta del general Tovar desde Barranquilla donde desconocía la orden de José Joaquín Casas, ministro de Guerra, y que era del siguiente tenor: *“Prefiero renunciar y romper sobre la rodilla mi espada ganada en lucha leal con el enemigo, que envilecerla quebrantando la palabra dada al adversario [...]”<sup>20</sup>*.

El tratado de paz de Neerlandia establecía amnistía a todos los generales y soldados de las guerrillas liberales, de modo que cumplir la orden del Ministro de Guerra no era otra cosa que faltar a la palabra de caballeros bajo la cual se habían firmado los tratados de paz. La honorable misiva del general Tovar calmó la cólera de Uribe y los tratados continuaron todo el día con absoluta tranquilidad. Esa noche los comisionados conservadores pernoctaron en Sincelejío<sup>21</sup> mientras los liberales lo hicieron en Sampués. Uribe, como siempre, se alojó en casa de su ferviente copartidario Rúgero García, mientras sus soldados hicieron lo propio en los terrenos de sus caballerizas, que se extendían por la parte trasera de la casa, donde posteriormente surgiría el barrio San José. El 21 de noviembre, último día de entrega de armas, los altos mandos liberales concentrados en Sampués redactaron una manifestación de apoyo y admiración al general Uribe, por la manera cómo dirigió la guerra.

En los distintos sitios destinados para entrega de armas en los departamentos de Bolívar (Sampués) y Magdalena (Río frío, Valledupar y Riohacha) los liberales entregaron a los emisarios del gobierno un total de 4.800 rifles, 300.000 cápsulas y 10 cañones, todas ellas en posesión de 6.702 hombres. A cada soldado se le hizo entrega de un salvoconducto y un auxilio de marcha con los cuales podían llegar sin inconvenientes hasta sus lugares de origen. Sin embargo, muchos, al llegar a sus hogares, no encontraron más que casas abandonadas y otros tantos, al desconocer el paradero de sus familias por los ajetreos de la guerra, se quedaron a vivir por siempre en algún pueblo de Las Sabanas donde tuvieron descendencia. Por su parte, el general Uribe, una vez terminada la entrega de armas, partió a caballo de Sampués a Magangué el día 23 de noviembre, acompañado de los generales Castro Rodríguez, Díaz Granados y Juan Berdugo. Llegó el día 25<sup>22</sup>. Detrás comenzaron a salir los generales y soldados liberales, pero en esa inolvidable mañana cuando salió de Sampués discurriendo por el camino del Pozón Lejos, el general Uribe salía para siempre, disminuido, pero al mismo tiempo fortalecido, lleno de leyenda e inscrito en las páginas de la historia sampuesana.

Al concluir la guerra, en 1902, el pueblo se vio en un estado de ruina, situación exacerbada por la migración de muchas familias prestantes, cansadas de las arbitrariedades y decomisos de ganados y dinero. La iglesia resultó notablemente averiada, aumentó la inflación a bordes inimaginables y se

<sup>19</sup> PUENTES, Milton. Op. Cit. Pág. 537.

<sup>20</sup> SANTA, Eduardo. Op. Cit. Pág. 303.

<sup>21</sup> BERDUGO, Juan. Op. Cit. Pág. 195.

<sup>22</sup> BERDUGO, Juan. Op. Cit. Pág. 196.

arruinaron numerosos empresarios ganaderos. La vecina población de Chinú tuvo que soportar un incendio de tres días que redujo a cenizas muchas de las antiguas casas de mampostería y su buen aspecto. Toluviejo también había sido reducido a cenizas. La situación bien la describía Uribe en agosto de 1902: “*No puede usted imaginar mayor desolación que las de estas comarcas, poblaciones que en diciembre antepasado, cuando pasé por aquí, estaban sino florecientes, por lo menos con vida, han desaparecido... el monte ha invadido las calles, los solares y hasta las alcobas [...]*”<sup>23</sup>.

Durante la Guerra de los Mil Días Sampués tuvo especial protagonismo en varios episodios de esta confrontación militar. El propio Uribe Uribe veía a Sampués y su gente como importantes aliados en su cruzada por el restablecimiento de la democracia y su incansable afán por una sociedad más equitativa y justa. En Sampués encontró el decidido apoyo de fervientes liberales que lo animaban a continuar su empresa revolucionaria. Uribe Uribe fue uno de esos grandes líderes, que, dejando atrás y descuidando sus intereses económicos, marchó a los campos de batalla siguiendo el impulso de su ideal romántico, un deber casi sagrado que le imponían sus profundas convicciones políticas.<sup>24</sup> No concluyó su batalla, pues la dramática tarde del 15 de octubre de 1914 lo asesinaron la miseria y la ignorancia que el pretendía combatir.<sup>25</sup>

De no haber sido asesinado, seguramente hubiese tenido el honor de regir los destinos de Colombia, de Las Sabanas y de Sampués.

## Bibliografía

Berdugo, Juan. Memorias de la Guerra. En: Fundación Antioqueña para Los estudios sociales. Estudios Sociales N° 8 – 9. Medellín: 1995

Castaño Z, Luis Ociel. Uribe Uribe, Rafael. En: Castro Carvajal, Beatriz y García Peña, Daniel. Gran Enciclopedia de Colombia, tomo X. Bogotá: 1994

Documentos Militares y Políticos relativos a las campañas del General Rafael Uribe Uribe. Bogotá: 1904.

García Martínez, Manuel. Memorias de Manuel García Martínez “Málaga”. Libro sin publicar y sin foliar.

Martínez Carreño, Aida. Rafael Uribe Uribe y Luis C. Galán. En Revista Credencial Historia, N° 109. Bogotá: enero 1999

Pineda, Manuel Antonio. Efemérides de la Campaña del general Rafael Uribe Uribe en Bolívar. Cartagena: 1939.

Puentes, Milton. Historia del Partido Liberal Colombiano. Bogotá: 1961.

Salazar, Víctor M. Memorias de la Guerra (1899 – 1902). Bogotá: 1943.

Santa, Eduardo. Rafael Uribe Uribe, Un Hombre y una Época. Medellín: 1

---

<sup>23</sup> Santa, Eduardo. Op. Cit. Pág 256.

<sup>24</sup> Castaño Z., Luis Ociel. Uribe Uribe, Rafael. En: Castro Carvajal, Beatriz y García Peña, Daniel. Gran Enciclopedia de Colombia, tomo X. Bogotá: 1994. Pág. 601.

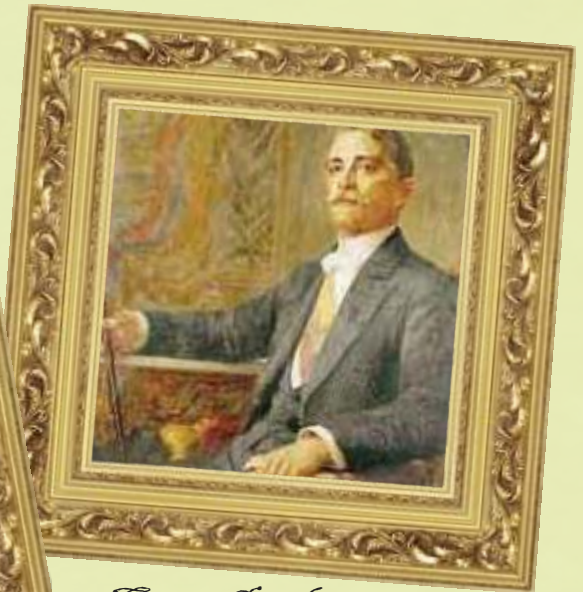
<sup>25</sup> Martínez Carreño, Aida. Rafael Uribe Uribe y Luis C. Galán. En Revista Credencial Historia, N° 109. Bogotá: enero 1999. Pág. 14.



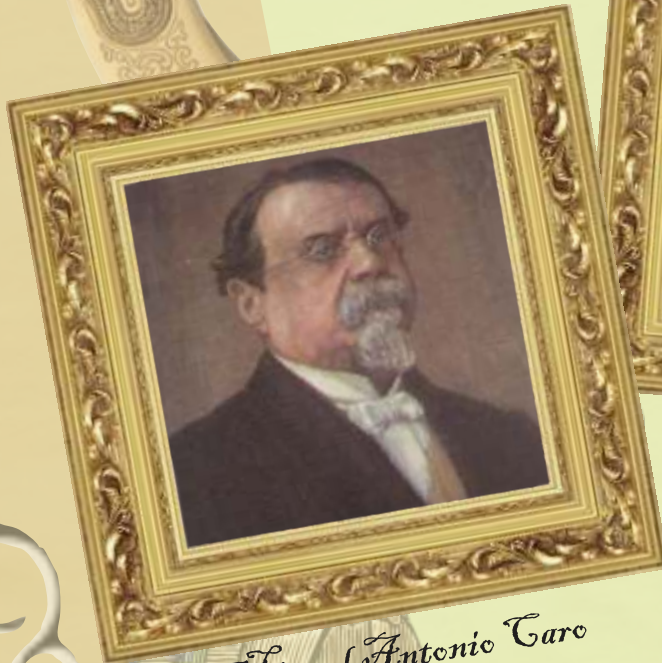
*Rafael Uribe Uribe  
y Carlos Adolfo Urueta*



*Rafael Uribe Uribe*



*Carlos E. Restrepo*



*Miguel Antonio Caro*

*Ilustración Félix López*

# Artesanas de la palma

Por **María José Sierra Galindo**

Hablar de Sucre es resaltar la gran actividad artesanal que tiene, de la que hace parte la imponente y resiliente palma de vino de las sabanas y playones. Esta resiliencia impregna a las personas que la transforman de manera creativa en verdadera tradición.

Este recorrido les mostrará la realidad de cuatro artesanas de productos derivados de la palma de vino, esteras y tapetes, escobas de varita, abanicos y envoltura de bollos de maíz y de batata, que viven en los municipios sucreños de Galeras y San Luis de Sincé.

## **María Teresa Cardoso, tejedora de esteras**

La artesanía de esteras tiene un origen ancestral. La documentación muestra que es herencia de los indios chimila, que habitaban lo que hoy es el departamento del Cesar, pero hay escasez de estudios sobre su evolución y cómo llegó a las sabanas sucreñas. Se cuenta más con la información que suministra la tradición oral y los estudios de migración desde la época de la colonia.

En el municipio de Galeras el oficio es reconocido. Se cuenta que anteriormente en todas las familias había alguien que sabía tejer esteras, pero por el poco apoyo y bajas ventas, las matronas han dejado de hacerlo y por ende el oficio ha ido desapareciendo. En la actualidad, la única ventana para exhibirlas es el Festival de Cuadros Vivos, que es patrimonio cultural inmaterial de la nación.

Esta es la historia de una de las matronas tejedoras de esteras y tapetes de gran calidad, colorido y finura, la señora María Teresa Cardoso Madera. Vive con su familia en Galeras, donde se crió y ha permanecido toda su vida. Tiene 70 años y aprendió el oficio de su mamá a los 7 años, y su mamá de su abuela. Este saber es la única educación que recibió. Es casada, tiene 6 hijos y 8 nietos y a todos les ha enseñado el oficio.

El proceso de fabricación de esteras, es *“largo, difícil y tiene muchos pasos”*, como ella misma lo describe, pero que con entusiasmo y meticulosidad explica:

Lo primero es la recolección de la palma de vino. Se debe seleccionar el cogollo que está cerrado. “Cuando el cogollo está abierto quiere decir que la palma está muy seca y no se trabaja muy bien con ella”, afirma. Luego, se dobla y se sacude para que las hojas se abran y se les puedan extraer las varitas hoja por hoja. Sin embargo, manifiesta que en muchas ocasiones prefiere comprar la que le traen, porque ya a su edad “no está para eso” y los hijos dicen que “es mucho trabajo para tan poca plata”.

Como segundo paso se preparan las ramas para formar grupos o mazos y así facilitar la manipulación. Se cuelgan al sol para secarlas, proceso que dura de 1 a 2 días, dependiendo del clima. “Con estos solazos eso no demora mucho. En un momentico se secan”, asevera.

El tercer paso es el tinturado de la palma, cuya técnica sigue siendo la misma de cuando aprendió a tejer. Los colores los extrae de las plantas de la región; el barro, de los pozos vecinos, y las cenizas, del fogón de leña. Son tres métodos diferentes. Para el tinturado con barro se sigue el siguiente proceso: Se deposita el barro traído de los pozos de las fincas vecinas en un recipiente. “El barro me lo trae mi marido porque pesa mucho, yo no puedo con eso”, explica. Luego se entierra cada mazo de la palma y se cubre completamente de barro. La artesana lo entierra en un tanque de cemento que hizo en el patio, lo tapa y lo deja de 6 a 12 horas enterrado. Lo siguiente es que se saca el mazo del tanque, se lava la palma y se seca al sol nuevamente.

Para el tinturado con hojas de bija (achiote) o bixa, se sigue el siguiente proceso:

Se recolectan las hojas en los montes vecinos. “Desde las cuatro de la mañana salgo a recogerlas para que no me coja el sol”, expresa. Después, se hierven las hojas con el agua necesaria para cubrir los mazos. El tiempo de cocción por mazo es de una hora o hasta que el color rojo esté bien concentrado y luego, se cuelga nuevamente cada mazo para secarlo al sol.

Para el tinturado con cenizas se procede de la siguiente forma: se almacena la ceniza en un recipiente con agua, se introducen los mazos de palma en el recipiente para hervir por una hora, se dejan los mazos en el agua hasta que obtengan la coloración requerida y se extienden en el sol para que se sequen.

Paralelo a este proceso, en un rancho de palma de vino y piso de tierra que tiene en el patio de la casa, la mujer arma el telar de acuerdo con el tamaño del producto a tejer. El telar está compuesto por dos horquetas de madera de árbol de trébol de 1,50 m de alto; dos travesaños de madera de guayacán de 2 m de largo, pita de polipropileno --antes era de fique, “pero ahora las hago con pita porque duran más. Es más cara, pero dura más”--, dos varas gruesas de madera de árbol de trébol, una barra de madera maciza de 10 x 15 x 0,5 cm, un cacho de vaca con punta pulida y dos paletas de ajuste.

Una vez secas las palmas, se procede a montar la pita de polipropileno en el telar, estirándola hasta formar una urdimbre. Las medidas se definen según el tamaño del producto y se insertan en esa estructura de pita las paletas para estirar y ajustar el tejido en palma.

Al finalizar el montaje, María Teresa se sienta de frente al telar en un taburete de madera y cuero de 30 cm de alto. Sitúa un recipiente de agua a su lado porque, “la palma reseca se quiebra”, humedece las palmas cuando lo ve necesario y comienza a tejer. La trama la tiene grabada en la cabeza, no necesita medirla. Combina los colores a su gusto y según el ánimo que tenga ese día. Participa en conversaciones con sus hijos o con vecinos mientras trabaja en lo suyo y lo hace prácticamente sin ver. La destreza de sus manos hace que cada movimiento sea casi imperceptible a los ojos. Las terminaciones las hace con un nudo lateral al final de la trama de pita, ajustándolas con el cacho de vaca al darle un golpe sólido con la barra de madera maciza. Este terminado imprime al producto una buena calidad y evita que la estera pierda estructura. Posteriormente, limpia la estera, es decir, elimina los pedazos de palma que han quedado fuera del tejido. Lo hace con un cuchillo, navaja o cuchilla.

Luego, desmonta la estera del telar cortando la urdimbre y rematando los bordes para ocultar, a través

del tejido, los extremos de esta. Acaba las puntas de la estera para que se vean finas y de calidad, corta los flequillos laterales --muchas veces es a gusto de quien la mandó a hacer--, atesa el tejido final y lo tiende en el piso para verificar que los lados estén uniformes.

María Teresa tiene 63 años en el oficio. Cuenta que en sus “buenos años” tejía de 3 a 4 esteras semanales de 1 por 1,50 metros. Le pagaban 10.000 pesos por unidad, es decir, se ganaba de \$ 30.000 a \$ 40.000 a la semana. Las vendía en casa y por épocas su esposo las llevaba a Cartagena, labor que dejó por los constantes robos de dinero.

Hoy, el proceso para la elaboración de una estera le toma de 3 a 4 días porque, “la vejez, los calambres, dolores en la espalda y de paso los regaños de mis hijos no me dejan avanzar”, relata.

Recibe \$ 25.000 por estera o tapete de 1 m por 1,50 metros y las elabora esporádicamente o cuando le hacen encargos. Su oficio se ha vuelto más un pasatiempo que una fuente de ingresos, incluso, dice que desconoce el valor cultural de este.

Sus compradores son generalmente “forasteros, gente que sabe que uno hace un esfuerzo y un buen trabajo” y campesinos que buscan mitigar el calor en sus viviendas “porque vea, usted le pone una esterita de estas encima a un colchón de esos calientes y duerme fresquito” y para afrontar las incomodidades de los viajes a las ciénagas. Elabora los productos siempre de la misma forma. Es como un ritual donde cada corte, cada paso, cada color y cada ingrediente tienen un valor especial. Infortunadamente, el interés de su descendencia por el oficio es nulo, pero reconoce, sí, que uno de sus hijos se ha interesado en ver qué más se puede hacer con él y cómo puede elaborar diferentes figuras con el material.

María Teresa no pertenece a ninguna asociación de artesanos. Dice que no cree en esos grupos porque “no aportan nada y lo que hacen es poner a la gente a peleá”, pero asegura que está dispuesta a ayudar a rescatar la costumbre de tejer enseñando a los muchachos más jóvenes del municipio. Le preocupa ver el desperdicio de la palma, el poco interés de las autoridades municipales y departamentales por la conservación y sostenibilidad de esta artesanía y el oficio, además, está siendo talada indiscriminadamente por los ganaderos de los playones vecinos, porque no le ven ninguna utilidad ni beneficio económico.

Indica que es la única persona que se dedica a tejer esteras en Galeras y en casa trabaja sola, pues su familia afirma que el oficio es “muy mal pago y muy duro”, incluso, le han insistido que deje de hacerlo.

### **Petronila Mercado Rivera, escobas de varita**

La elaboración de escobas de varita de palma de vino una es actividad artesanal tradicional de varios corregimientos y veredas del municipio de Galeras, en especial, de San Andrés Palomo y Baraya. De esta actividad depende el sustento de cientos de familias. En estos corregimientos más de 300 habitantes, sin distinción de género o edad, viven en función de esta tradición, que ha trascendido a las nuevas generaciones, de pronto porque aún es deficiente acceso a la tecnología, la falta de cobertura de internet y la difícil situación económica que enfrentan.

Petronila Mercado Rivera y su familia dejaron atrás sus tierras en los límites entre Achí, Bolívar, y Majagual, Sucre, y llegaron hace 60 años a la vereda San Andrés de Palomo, desplazados y con tres de sus doce hijos. Al no tener sustento para su familia los esposos se ganaban la vida echando agua de un lugar a otro y día a día “echaba machete y garabato en los montes y recogiendo palmas de vino”.

En la casa pilaban maíz para hacer chicha, mazamorra y arepas para comer. En la actualidad, tienen 18 nietos, levantados todos a “peso de escobas”.

Petronila alternaba su oficio de ama de casa con la actividad tradicional de elaboración de escobas de varita, heredada de su abuela y de su madre, Raquel Rivera. Las vendía para contribuir al sustento de sus hijos. Cuenta que un día “el compañero (esposo) llegó con miles de malestares en el cuerpo, ¡claro!, de tanto machete y garabato”. Ella le propuso enseñarle a elaborar escobas y él aceptó resignado y con incertidumbre. Relata la señora Petronila que cuando el esposo comenzó se hizo una docena el mismo día y desde ahí él le propuso que le dejara la mayor carga, por su salud. “Es que pilar, cocinar, atender la casa y tejer era muy duro. Se le engarrotaban y le dolían mucho las manos”, indica el señor David Canaval, con mirada de orgullo por cuidar a su esposa.

El unir esfuerzos para tejer escobas lo vieron como una oportunidad para sacar adelante a su familia, después de dejarlo todo atrás. También incentivaron a sus hijos a tejer y a que estudiaran, porque ninguno de los padres fue a la escuela, solo el señor aprendió a leer preguntando. “Le pedía a la gente que me pusiera letras en un cuaderno que siempre cargaba y me dijera cómo se llamaban para repasarlas y hacer planas. Así aprendí y ya me leí toda la Biblia. Por eso soy seguidor de Cristo”, narra el señor.

Desde ese momento, David se dio a la tarea de ir a los montes y playones de Santiago Apóstol y Baraya en bicicleta o en moto a sacar varitas. Se va en compañía de algunos de sus hijos. Sigue pidiendo permiso en las fincas para extraer las palmas, dormir allá de 8 a 15 días y colaborar en los quehaceres de la finca en retribución por dejarlo hacer su oficio.

El proceso de fabricación de la escoba se desarrolla de la siguiente manera: se sube a las palmas a cortar el cogollo y las ramas con machete; luego se desvarita cada hoja con cuchillos pequeños muy afilados y se amontonan las varitas para transportarlas en carros mula que prestan los dueños de las fincas. Estas varitas se obtienen de dos formas: una a la que llaman “limpia”, que es la que se extrae sin rastros de palma, es decir, queda muy fina, y la otra, la “sucia”, que es menos elaborada, es decir, queda con palma. En la medida en que se desvaritan las palmas se ponen a secar al sol en los patios de la finca en la que se alojan y a la siguiente mañana se levantan de nuevo a cortar cogollos, explica el señor David. “En el verano rinde más, en días de lluvia no es bueno. Lo bueno es que estos muchachos, desde que crecieron, se van conmigo y son ellos los que se suben a tirar las palmas. Pueden pasar de una a otra como micos, pero no se bajan hasta que no acaban y eso me facilita mucho el trabajo, porque antes era yo solo el que lo hacía”, dice refiriéndose a dos de sus hijos, dedicados también a este oficio. Uno es técnico en contabilidad empresarial y otro vive en casa con su esposa e hijos y es técnico en mercadeo y ventas del SENA.



Al pasar 8 o 15 días se regresan a Palomo con lo recolectado. Nunca es un dato exacto porque varía por el número de palmas y la calidad de estas. Ya en la casa, terminan de secar las verdes en la calle, proceso que puede durar de 1 a 3 días. Luego las pesan para formar montoncitos de una libra. Cuando logran sacar la cantidad necesaria para ellos, venden el excedente. La libra de varita sucia la venden en 600 pesos y la de varita limpia, en 1.200 pesos. Cuando tienen la oportunidad de comprarla para evitar todo el trabajo de recolección lo hacen por quintales. El de varita sucia lo compran a 60.000 pesos y el de varita limpia, a 120.000 pesos.

Para continuar con el proceso se requieren rollos de 30 pencas de pita de llanta. Los compra a 7.500 pesos o encarga pita de nylon o de maguey, “rinde más, pero muy cara”, explica el señor David. Extiende la pita de acuerdo con el tipo de escoba que elaborará; si es de media libra requerirá 1 metro de pita y si es de 1 libra, 1,20 m. Sobre la pita se teje la malla de la escoba. En cada malla o tejido demora alrededor de 15 minutos y logra elaborar 4 docenas diarias si trabaja de 6:00 de la mañana a 5:00 de la tarde.

El siguiente paso es enrollar el tejido en un palo de madera, usando los extremos de la pita soporte del tejido. Estos palos también “se cortan en el monte (...) el que se ve derecho y sirva se corta y se pule (...) son palos de monte y en cualquier parte se encuentran”, explica. Los palos no se los cobran los dueños de los predios de donde los extrae, pero también puede comprarlos listos, pues venden los 100 en 22.000 pesos. Al finalizar la enrollada en el palo se recortan las puntas de las varitas para que se vean “más finas” y mejor acabada la escoba, aunque hay quienes las prefieren “colonas”, es decir, sin pulir. En ese momento la escoba está lista para vender. Las vende a un señor de Galeras que las lleva a Cereté y a pueblos vecinos. Le vende la docena en 10 000 pesos y este a su vez las vende en las tiendas a \$2.500 o \$3.000. Solo utiliza ese intermediario porque afirma que no le gusta quedarle mal a la gente y prefiere generar confianza con la persona con la que hace negocios. Al mes llega a elaborar 100 docenas de escobas, lo que representa un ingreso no fijo de 1.000.000 de pesos, pero considera que no gana nada y más bien lo que obtiene son pérdidas porque saca esta cuenta: “Nueve libras de varita sucia son 5.400 pesos, más 1 ½ libra de varita limpia son \$ 1 800, \$ 2 500 la mano de obra y \$1.200 en pita, lo que da 10.900 pesos y yo la vendo \$10.000. Lo que pasa es que uno se rebusca y muchas veces vendemos más varitas que escobas”.

Dice que podrían producir más, pero no tienen los recursos para venderlas ellos mismos en otros pueblos. En un tiempo atrás lo hizo el señor David, cuando todos sus hijos le ayudaban a sacar esa “escobajera”. “Pude ir a Cartagena, Montería, La Apartada de Ayapel, en un pueblo que le dicen Rusia, La Balsa, Montelíbano, Puerto Libertador, Caucasia, Guarumo, Piamonte, Jardín, Bélgica, Tarazá, Cáceres, El Doce, Puerto España, Acacerí, Puerto Triana, Puerto Jobo, El Bagre y Zaragoza”, cuenta.

La señora Petronila y el señor David recuerdan cuando él estuvo en La Loma de Calenturas en el Cesar sacando varitas y haciendo escobas y vendían la docena en 48.000 pesos y en las tiendas las compraban a \$ 5.000, pero hoy no tienen quien las lleve y el transporte es muy caro. “Uno solo se gasta 70.000 pesos (en transporte), ahora imagínese con ese poco de escobas”, agrega.

Nunca han pertenecido a una asociación de artesanos porque “eso aquí no sirve porque hay mucho

vivacho. Solo se reúnen a peleá. Se comen lo que es de otro y al que trabaja no le toca nada”, dice.

El señor cuenta con pesar la historia de cuando muchos de sus colegas decidieron a conformar una asociación, pero las escobas terminaron pudriéndose donde las tenían almacenadas porque nadie las promocionaba en otras partes.

A los 79 años, el señor David, y a los 73 años, la señora Petronila, todavía tienen la ilusión de montar una empresa y asociarse con sus dos hijos. El objetivo es producir por lo menos 20 docenas de escobas diarias y hacer negocio donde las reciban, “porque si levantamos doce (12) hijos, que muchas escobas diarias y hacer negocio donde las reciban, “porque si levantamos doce (12) hijos, que muchas veces se iban al colegio sin comida, y levantamos esta casa, con un negocio bien formado podemos hacer más y que los nietos, que son 18, se animen a aprender porque ahora no quieren ni ir a buscar un palo de leña si no es pago. Vea que hasta vinieron a hacernos una entrevista de Telecaribe. Eso es porque el oficio se conoce”, expresa Petronila.

Tanta ilusión tienen que cuando construyeron la casa de cemento, techo en zinc, pisos de cemento pulido, con cuatro cuartos amplios, cocina de leña en el patio y baño al aire libre abrieron un local al lado izquierdo de la entrada de la casa para mostrar y vender sus productos.

Día a día elaboran escobas siempre que tengan el material y reconocen que lo que saben hace parte del patrimonio cultural de Colombia. Muestran su preocupación por el oficio y consideran que no solo hay que trabajar para conservar la artesanía sino también el cultivo de la palma porque “las personas que tienen con qué y tienen mucho ganado, las cortan para los potreros y pues si la destruyen se acaba la artesanía y también el sustento de muchas familias”, advierte Petronila.

### **Inés de los Ángeles Hernández Martínez, artesana de abanicos**

Los abanicos de Inés de los Ángeles Hernández Martínez se elaboran con el cogollo de la palma. No necesitan otro elemento porque el mismo cogollo se teje y le da la figura al abanico. Antes se fabricaban para combatir los calores en las fincas y sobre todo para “echarle fresco al fogoncito”. La mayor producción se daba en Galeras y sus corregimientos y en Sincé.

La señora Inés de los Ángeles, de 84 años de edad, es oriunda de Sincé. Es viuda, tiene 4 hijos y 6 nietos. Aprendió el oficio a los 11 años de un tío paterno en Galeras y desde ese momento se ha dedicado a él y a atender su casa. Es la única educación que recibió, pues no asistió al colegio. Enseñó la artesanía a sus hijos, pero ninguno se dedica a esta.

Vive en una casa de paredes de caña, techo de palma y piso de tierra. Tiene una sala comedor, un cuarto y una cocina en el patio con fogón de leña, piso de tierra y adornada y aromatizada con matas de bonche e icaco. Al lado hay un pequeño rancho despajado donde guarda elementos de cocina y los cogollos que le traen para elaborar sus abanicos. No tiene servicio de gas, pero sí electricidad y acueducto. Vive con uno de sus hijos que hace trabajos varios para “sobrevivir”, como lo describe ella. Es beneficiaria del programa de Protección Social al Adulto Mayor Colombia Mayor, del Ministerio del Trabajo. De este recibe desayuno, meriendas y almuerzo.

En la actualidad es una de las pocas personas que se dedican tejer abanicos en la zona conformada por Galeras y Sincé. La palma se la compra a recolectores que la siguen trayendo de los playones de Santiago Apóstol (San Benito Abad) y fincas del municipio. Afirmo que se “vara” mucho porque ya la gente no trae “mucha”. “El manojo de palma lo compro a 3.000 pesos y el número de abanicos que salen de una palma depende del largo de esta”, explica. Generalmente alcanza a producir 10, que vende dependiendo el tamaño, a \$ 500 o 1.000 pesos. Cada mañana, “si hay material”, elabora una docena de abanicos. Los vende en su casa por encargo y por pedidos de compañeros del programa de beneficio al adulto mayor que también muchas veces se los ayudan a vender. No los vende todos y los que sobran los almacena en un bolso para cuando requieran pedidos. A veces pueden demorar más de 2 meses en la bolsa.

El trabajo lo realiza temprano. Utiliza el tallo y moja hojitas para darles mayor suavidad y evitar que se quiebren. Las entrelaza hasta dar la forma que quiere al tejido. Su lugar de trabajo es un banco de madera de 30 cm de altura. Se sienta, ubica las palmas bajo sus pies y comienza a darles forma. La elaboración de cada abanico le toma entre 10 y 15 minutos. No pertenece a ninguna clase de asociación de artesanos y a la única feria que ha asistido para mostrar sus productos fue una que organizó la Alcaldía de Sincé. Ahí exhibió sus abanicos, mostró el proceso de elaboración y muy emocionada cuenta que vendió lo que no había vendido en meses, unos 80 000 pesos. “Imagínese, cuándo voy a vender eso aquí en mi casa”.

### **Josefa Castillo, envoltura de bollos de maíz y batata**

El bollo limpio elaborado con maíz y batata es un acompañante para comidas en todas las épocas del año. Su elaboración es el oficio tradicional de más de 20 familias en Sincé y un atractivo culinario adicional es que se envuelve en hojas de palma de vino. Su forma alargada y cilíndrica requiere de un amarre en espiral a su alrededor.

Josefa Castillo es una de las personas que se dedican a este oficio. El día para ella inicia entre 2:30 y 3:30 de la mañana. Prepara un tinto para “agarrar energías” y poder distribuir las entre su trabajo y los oficios propios de su hogar. Son 68 años dedicados a los bollos de maíz, oficio que inició cuando era una niña y era el único oficio que debía y podía ejecutar para contribuir con la economía de la casa, que se abastecía de la fabricación de bollos de batata y bollos limpios. “Los papás a uno no lo ponían a estudiar, lo ponían a trabajar”, recuerda.

Aprendió a leer y a firmar porque le enseñaron en una iglesia cuando estaba en Venezuela. Es soltera y afirma que “eso es de familia”, porque sus primas y unas tías tampoco casaron. Heredó la tradición de elaborar la envoltura de los bollos de sus abuelos y padres. Ahora es ella quien se dedica al proceso productivo completo, no solo a envolver. Vive con un sobrino, de 35 años, que le ayuda en el oficio y aporta al sostenimiento del hogar trabajando en oficios varios y cultivando en una parcela maíz, yuca y ñame.

El proceso comienza la noche anterior, cuando pone a remojar la tercera parte de las libras de maíz con las que prepara los bollos. No lo cocina de una vez porque es el que dará consistencia a la masa. Debe

preparar también la miel de panela y disponer las hojas de palma, cortarles los extremos y limpiarlas con agua y un limpión. A la mañana siguiente se levanta a poner al fogón. El maíz que no puso en remojo lo deja cocinar con “agua e zinc porque de acueducto no sirve, tiene mucho cloro”. Cuando está blando lo revuelve con el que había dejado en remojo la noche anterior. Prepara el molino en la mesa de madera dispuesta en el rancho del patio de la casa y comienza a moler. Una vez está molido todo el maíz, le añade la miel de panela y un puñado de anís para formar una masa que quede en el punto adecuado para envolver. “Hay que tener mucha fuerza para revolver ese maíz en esa olla, oyó”, señala.

Para envolver los bollos dispone de 3 a 5 hojas de la palma. Extiende la masa alargada en un canal que hace con las hojas, cubre toda la masa con este y lo dobla en forma de espiral para luego amarrarlo con una hoja extra de palma. Los bollos se introducen en una olla de capacidad para 50 litros. Se les agregan 20 litros de agua, se tapan con un costal de pita sintética, una tela gruesa de jean y una tapa metálica. Esto hace que conserven mucho más la humedad y garantiza que los bollos queden bien cocidos. Se cuecen en fogón de leña durante dos horas. Luego saca los bollos para que se enfríen y queden listos para la venta.

“La palma es fundamental, hace que estos bollos sean conocidos y pedidos (...) eso en vacaciones, cuando llega la gente de fuera, se llevan muchos. Creo que les llama la atención la envoltura”, cuenta. Sin embargo, le inquieta el peligro de extraer la palma, trabajo que hace su sobrino, porque está a gran altura y en ocasiones hay animales peligrosos arriba.

Los insumos y la materia prima los compra casi todos los días. La palma se la suministran tres personas que las traen de las fincas y de Santiago Apóstol. Compra 200 cogollos que representan unos 100 pares de hojas y cuestan 1 000 pesos. Adquiere 15 libras diarias de maíz a 13 000 pesos; una caja de panela de 14 unidades que servirán para 3 días, a 11 000 mil pesos, y 4 onzas de anís, a 3 000 pesos, que sirven para una semana. Utiliza los 100 pares de hojas y las 15 libras de maíz para fabricar 40 bollos que vende a 1 000 pesos.

Los productos los vende en su casa, pero también unos carretilleros salen con un baúl de madera a venderlos por las calles. A ellos les da el 25 por ciento de la venta diaria y si dejan los bollos en tiendas hay que entregarlos con vendaje. “Mi mamá y mis tías iban hasta Betulia en burro a venderlos”, agrega.

La época de mayor venta se da en verano, porque en época de lluvia “hay más yuca, más plátano y la gente los trae de las fincas”. Prepara los bollos todos los días de la semana y en invierno decide no producir los domingos “porque las ventas se ponen malas (...) Me siento contenta de poder seguir haciendo lo del sustento de su casa a mis 73 años”, enfatiza.

La jornada laboral finaliza, pero debe comenzar otra preparando el maíz, la miel y las palmas para el día siguiente. La señora Josefa no reconoce su labor como parte del patrimonio cultural del municipio y se va en contra de los políticos. Dice que muchos llegan con promesas vanas. “Los políticos todos los años llegan. Vea, hasta molinos eléctricos me han prometido. Imagínese, ahorrarme ese trajín”.



*Tejido en palma de vino  
Ilustración Félix López*

# Crónica de un pueblo anfibio

Por **Jairo Castro Acosta**

En el sur del departamento de Sucre hay un pueblo atragantado en la boca de un caño. Sus habitantes nacen con patas de agua y mueren contando historias bajo las escamas del olvido.

*“Varias viviendas existen en un paraje denominado Cuiba; y sus habitantes abastecen el mercado de San Benito Abad; y en épocas excepcionales, los plátanos de allí bajan hasta Barranquilla”.* Luis Striffler, El Río San Jorge.

Hace un par de años, bajo la sombra de un árbol de caucho en la entrada de un centro comercial de la ciudad de Sincelejo, un grupo de docentes amigos compartía entre sorbos de café las anécdotas y experiencias de su labor como educadores. De cada experiencia docente brotaron historias de desigualdad y abandono de la Colombia profunda. Entre ellas la historia de dos niños de primaria de una escuela rural del municipio de San Benito Abad, que un día interrumpieron la clase de Ciencias Naturales, para decirle a su profesor que el libro se había equivocado en el renglón donde decía que la gente comía tres veces, que donde iba el tres, era dos.

Los niños de aquella anécdota recorren las calles polvorientas de verano detrás de una pelota de trapo, bracean el Caño Viloría como peces dorados, rebuscan entre los zápales la miel de las frutas de uvero y bogan en aguas morenas tras las historias de resistencia de una población anfibia. Son habitantes del corregimiento de Cuiva, pueblo hecho de barro a orillas de un caño que se ha hecho río, animal insaciable que se tragó calles enteras del pueblo, la iglesia y la memoria de los ancestros.

Cuiva es ese mordisco húmedo del caño. En las noches de luna gris, las aguas alimentan frutos plateados. Visitar el pueblo en tiempos de invierno es aventurarse a los contrastes de una trocha arcaica, amasar barro bajo un sol azufroso y descubrir un mundo natural de valles y zápales inundados que van de la región encantada al paraíso de miseria. Los muñecos de trapos con caras de totumo crucificados en los cultivos de arroz, el canto de los carraos en el barranco del caño, las garzas rebuscando comida sobre la tarulla y el ejército de libélulas o caballitos del diablo toreando las voces de espantos escondidos en los matorrales; son las imágenes de un cuadro grande cuya exuberancia mitiga la crueldad de la trocha con pinceladas que se proyectan hasta alcanzar el viejo paisaje de un puente de tablas con el fondo de casas de palma y zinc. Sobre la plazoleta que se desborona con la corriente hay un colegio elevado que también se cae a pedazos. Más allá una loma da fe de sus raíces Zenú.

En las casas cuiveras se toma el café de la mañana al pie de un abuelo, escuchando de su voz gutural las historias de abundancia y progreso de un pueblo anfibio que en sus años dorados alimentó de panela y plátanos los mercados de la Villa de Tacasuán, Magangué y Barranquilla. Y si es día de suerte, el pescador Donald Díaz contará entusiasmado sus historias, como la de la señora que se encontró unos monicongos de oro y cerámicas en una finca vecina.

Son poco más de ochocientos cuiveros y un médico tegua que aparece cada quince días. A veces también vuelven a salir del barro las hicoteas, que resisten como esta gente patas de agua a los embates de la intemperie.

“Esto no es ni la sombra de lo que fuimos”, cuenta el pescador Donald Díaz, que hoy no está entusiasta aunque escama tres pecados del tamaño de un jeme con un cuchillo afilado. El pescador reconoce y narra la decadencia de su pueblo. A finales de la segunda década del siglo XX, Eugenio Quintero, un diputado del Departamento de Bolívar de la época, navegó por las venas del Caribe recogiendo detalles sobre la vida de los pueblos riano-cienagueros. Cautivado con la ubicación geográfica y el emporio comercial y agrícola que empezaba a levantarse en la tierra del cacique Cuivia, escribió para la Imprenta del Anunciador de la ciudad de Cartagena de Indias las siguientes líneas: “La impresión que causa Cuiva a la llegada es muy grata para el viajero, porque a pesar de estar retirado de Caimito y de San Benito Abad, se nota en él algún movimiento comercial y, como tiene excelentes vías de agua, es posible que con el tiempo llegue a ser un pueblo de gran importancia comercial. Su situación geográfica lo pone en condiciones ventajosas para surgir y abrirse paso. El tiempo dirá si me he equivocado o no, pero auguro un porvenir muy grande a Cuiva en el futuro”.

El porvenir nunca llegó a Cuiva. El movimiento comercial se paralizó en la primera mitad del siglo XX. Las palabras de augurio del diputado sucumbieron en la corriente de la misma forma como la ubicación geográfica de Cuiva pasó de ser ventajosa a ser presa del caño.

Las inundaciones de los años cincuenta acabaron con las fincas paneleras y ganaderas, los cultivos de plátano y la producción de pita, las aguas del río empezaron a ser reemplazadas por carreteras negras, las grandes embarcaciones de madera encallaron en los puertos ribereños para siempre. Desde entonces la decadencia no hace más que pronunciarse como un eco paradójico de la profecía no cumplida.

Delio Salcedo, un hombre lúcido entre las aguas, vivió treinta años en una embarcación de madera surcando los ríos junto a su papá. Escudriñó los más oscuros secretos del Magdalena, el San Jorge y el Cauca. Luego, con el descanso que dan los años, navega en los recuerdos de su memoria rebuscando los colores de las desaparecidas ciénagas “los suanes” y “las maruzas”, testigo del pasado y del presente de la Depresión Momposina.

“Yo, que navegué por el caño Viloría, doy fe del auge que se vivió en esta tierra. En Cuiva vivieron los ganaderos más ricos de la región: Los Montes, Los Támara, Los Olmos, Los Martelo, Los Hernández, Los poderosos Chagüi y Los Badel. Y ni se diga del imponente almacén de las turcas, Sauda Hermanas. En Cuiva hacían las mejores fiestas de corralejas de la zona. Por todo eso digo que Cuiva merece un mejor destino”, dice Salcedo. Un mejor destino para un pueblo anfibio sembrado de oro Zenú. Esa es la añoranza de los abuelos de Cuiva.

María Tarrá vive en la vereda Caño Viejo, es una mujer delgada con una espesa cabellera india y un brío de quinceañera, que de no ser por la cédula nadie le creería que tiene 82 años. “Asiéntese, compa”, invita con tono de familiaridad. Toma un plato de peltre que está en la hornilla de barro y se sienta en un

taburete recostado a uno de los horcones esquineros de su casa de palma. Hace un revoltijo con la yuca y el suero. Mastica el primer bocado y me pregunta con preocupación: “¿pero usted me va a tomá' foto? Yo le cuento todo lo que quiera de Cuiva, pero a mí no me tome foto, porque esas fotos las ve todo el mundo y la maldad está en todas partes, uno no sabe”. Resuelta su preocupación, inicia un recorrido oral por el río de los recuerdos.

“El nombre de Cuiva es gracias al cacique Cuivia, un indio que vivió en estas tierras. Mi abuelo me contó que ese indio tenía tanta riqueza que cuando se metieron los españoles, el indio se embarcó en la canoa con toda la riqueza y bogó caño abajo, vamos que los españoles venían subiendo y el cacique Cuivia, al no ver escapatoria, hundió la canoa con toda su riqueza en el centro de la ciénaga La Hormiga, una de las playas más grandes del San Jorge”.

María, ahora con una escoba de varita echa de la cocina unos pollos hambrientos. Le pregunto: “Señora María, ¿y cuál es la fecha de fundación de Cuiva?”.

- Vea, Cuiva como tal no tiene fecha, o yo no la sé, ¿oyó?. Lo que sí le puedo decir son los apellidos de las primeras familias que vivieron en Cuiva, que fueron los Ospino, los Ricardo y los Pérez. También le puedo decir que fue un pueblo ganadero y rico desde los indios. Por aquí hay mucho entierro de los indios. Donde ahora está el cementerio oficial, al otro lado del caño, ahí han encontrado argollas de oro y figuras hechas en barro”. Queda en silencio, hace una mueca con la boca y continúa diciendo: “Vea, le voy a contar la historia de una paisana que trabajó en la finca Japón, eso pasó ya hace unos años: resulta que la prima me mandaba razones que fuera a la finca que necesitaba decirme algo, yo ante tanta insistencia fui, ombe y cuando yo llego veo un escarba'o a orilla de la casa. Vea, cavando un hueco para un rancho, la prima se había encontrado un poco de muñecos de oro y vasijas de barro, dice ella que alcanzaron a llenar casi un costal de muñecos y vasijas”.

La historia de aquel hallazgo arqueológico contada por la abuela María, es la misma que relata el pescador Donaldo Díaz. Las piezas halladas en ese entierro indígena hoy reposan en los estantes del Museo del Oro, en la ciudad de Bogotá. La mujer que las descubrió por casualidad murió sufriendo las penurias de la pobreza. Me contó la abuela María Tarrá que, un día antes de acudir al llamado de su prima, un pariente se llevó el costal con las piezas y las vendió. A la pobre mujer solo le dio doscientos mil pesos.

Pero si hay un contraste más grande en la historia decadente de Cuiva, es que es un pueblo sembrado de oro Zenú, bañado en mercurio y plomo. La explotación minera en la cuenca alta del San Jorge ha venido envenenando sistemáticamente el río, los caños y ciénagas. El mote de ácidos, cianuro y mercurio que baja por el río no solo está acabando con el fruto de las aguas, sino que también está afectando la calidad de vida de los pobladores del corregimiento. Las inundaciones de los últimos años han derramado en el subsuelo chorros de ácidos, causando grandes estragos a la flora regional.

“Las inundaciones que más daño han causado en toda esta zona han sido las de los años 2005 y 2010. Empezando por las viviendas, muchas casas afectadas y destruidas por la creciente. Mucha gente perdió enseres, electrodomésticos y sus animales de cría en el patio. Muchos cultivos de arroz y maíz se



perdieron. Muy a pesar de que en estas inundaciones se aumentó la proliferación de los peces, esto no compensa el enorme daño causado a la flora y fauna de la región. Una enorme cantidad de animales murieron en las copas de los árboles desesperados por el hambre”, cuenta Servio Chávez Jiménez, un profesor nativo y conocedor de la región.

En la cola del patio de su casa, Donaldo Díaz termina de escamar los bocachicos, le saca las tripas y las agallas, y a la velocidad de un atarrayazo pasa el filo del cuchillo por entre las espinas hasta dejarlo arrollado, listo para la sal y el ajo. “Mire la pesca de esta madrugada”, dice el pescador con voz de resignación, con el lomo del cuchillo barre de la tabla las tripas y agallas, enseguida las gallinas del patio se las pelean a picotazos. “¡Malísima está la pesca! Esto desde hace mucho tiempo viene así. El caño ha venido perdiendo vida, mucha contaminación, hasta de nosotros mismos que le tiramos basura, escombros y excrementos. Y bueno, tampoco se puede desconocer algo, y es que a pesar de estos tiempos tan malos, siempre se rebusca uno algo para emparapetar la comida del día. Una cosa que se repite todos los días, luchar por el afrecho”.

Un caldero negro con varias capas de tizne descansa sobre los barrotes encendidos del fogón de leña, el aceite de incontables fritadas empieza a chirriar con el vigor de la llama como cantos de grillos. El pescador ya no cuenta historias del pasado evocador, lo sobrepasa la crudeza del presente. “Aquí las fuentes de trabajo son escasas y lo que pagan es doce mil pesos por un día de trabajo, eso no alcanza ni para comprar el almuerzo de los hijos y la mujé. Mejor se va uno a pescar, o a sembrar el granito de arroz, de maíz, la mata de patilla y así, o sea, se ha ido evolucionando, o mejor, reinventándose para sobrellevar el tiempo y seguir vivos”, respondió.

Los hombres patas de agua de este pueblo hacen de la resistencia una reinención de su oficio para sobreponerse a las adversidades. Pasaron de ser productores de panela y pita, a pescadores. Hoy, con las aguas del río, caños y ciénagas envenenadas, mezclan la pesca con la agricultura.

“Donaldo, ¿cómo quieres el pescado, tosta'o o blandito?”, grita una mujer delgada desde el pie de la hornilla de barro. Después de haberle respondido a la mujer, retoma la palabra: “Aunque muchos, se reinventan es yéndose de aquí a trabajar a Bogotá, a Barranquilla y a otras ciudades, porque, aja, no todo el mundo tiene dónde sembrar el arroz”.

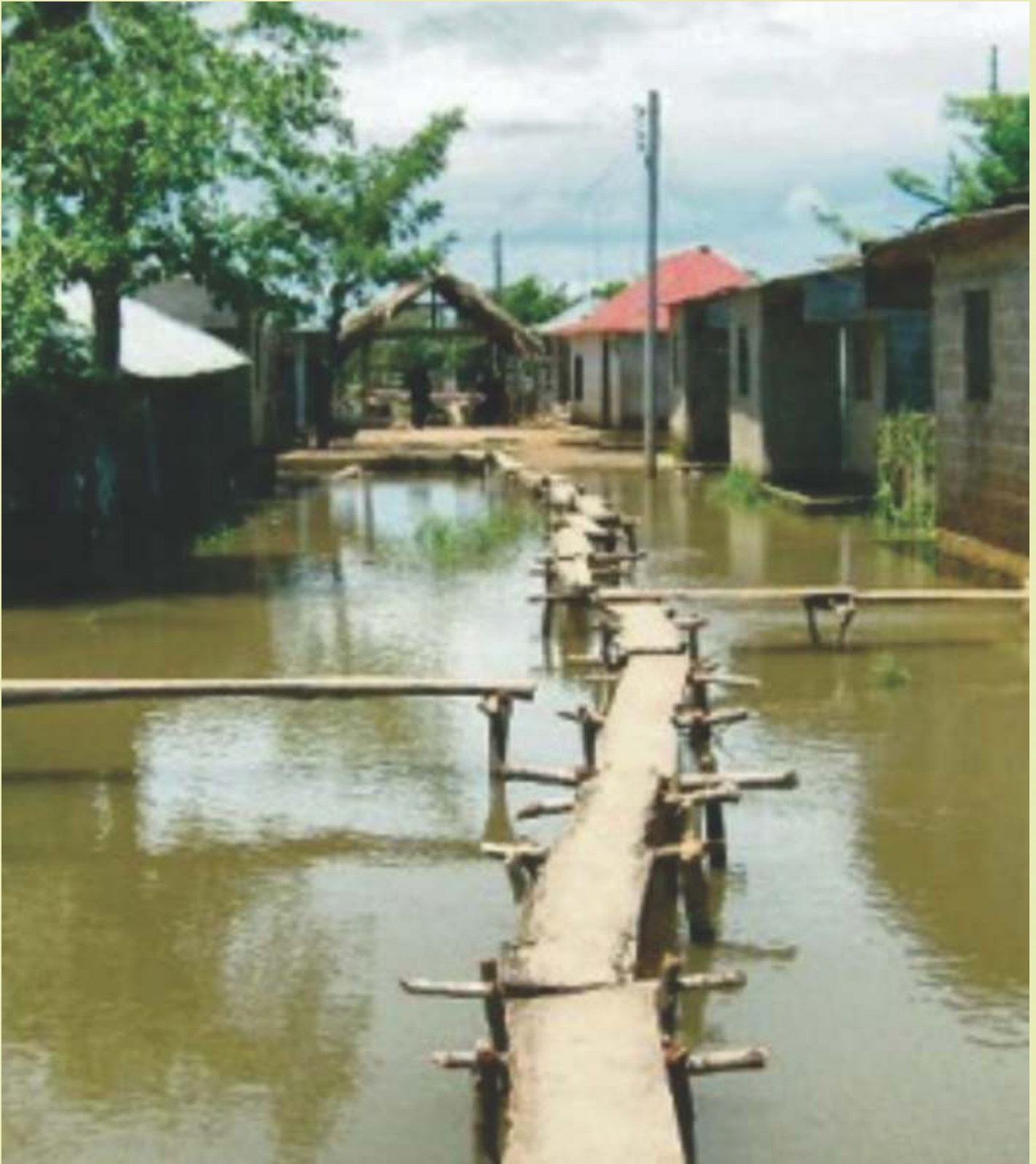
Según el profesor Chávez, son más de cinco mil hectáreas de ciénagas baldías que hay entre Doñana y Cuiva. Todas ellas en manos de terratenientes.

-¿Y en qué tierras siembran?-, le pregunto con extrañeza.

“A nosotros nos tocó invadir las ciénagas secas que están encerradas con alambre de los finqueros de por aquí, porque es que verdaderamente nosotros queremos sembrar pero no tenemos dónde, y esas playas son es del Estado. En estos momentos sembramos en la ciénagas secas de Playa Grande, Los Suanes, Maruza Chiquita y Maruza Grande”.

Donaldo ahora degusta su pescado frito con dos pedazos de yuca y una totuma de guarapo. Hoy

“emparapeté”, como dice él, el almuerzo. Mañana es otro día para reinventarse y resistir los embates de la vida, en una tierra en la que sus niños corren entre zápales y nadan entre ciénagas rebuscando las frutas de uvero y corozo para completar siquiera una o máximo dos comidas, aunque en el colegio les enseñen que son tres.



*El corregimiento de Cuiva y sus caminos de madera en tiempos de invierno.  
Tomada del periódico "El Universal" de la ciudad de Cartagena.*

# Los bailes cantaos del golfo de Morrosquillo

Por **Rafael Enrique Arias Córdoba**

En el contexto geográfico de la Costa Caribe colombiana cabe resaltar la importancia cultural de la expresión coreo musical y espiritual de los bailes cantaos, que identifica la tradición afrocolombiana de los pueblos asentados en las regiones del golfo de Morrosquillo, Cartagena, Canalera, Canalera riana y ciénagas del Magdalena y la depresión Momposina. Está enraizada en las culturas negras bantú, fanti, ashanti, del Congo y de Angola, que hicieron simbiosis en la Costa Caribe colombiana desde el régimen de las Licencias (1533-1580), pasando por el fin de la trata negrera (1740-1810), hasta el estado etnocultural actual. Esta periodización explica la influencia que ejercieron los esclavos de la costa occidental del África, de la región subsahárica situada entre los ríos Senegal y Coanza en el sur de ese continente, Sudán Occidental, costa de Guinea, Congo y Angola. Eran especialistas en herrería, tejeduría, platería, cacería y comercio. Estaban organizados en corporaciones, como los yorubas que acuñaron monedas y desarrollaron escrituras rudimentarias en Sierra Leona. Esas corporaciones se adaptaron a la geografía americana, fomentando sus artes y también las sociedades secretas, los cantos responsoriales, la música, la danza y la escultura en madera, marcando un alto grado de desarrollo social.

La etnología ayuda a la interpretación de la influencia de la cultura afrocolombiana en la Costa Caribe, donde se configuró una herencia cultural que se mantuvo celosamente guardada en los palenques de San Basilio, La Matuna, Norosí, Torobé y otros más durante más de quinientos años, con una estructura dinámica sociocultural y económica arraigada a las tradiciones ancestrales de la madre África.

El baile cantao se concibe como los cantos a capela, donde hay ausencia de instrumentos melódicos que son reemplazados por la cadencia de las voces femeninas y masculinas de cantadoras y cantadores, quienes en su ejecución musical de éxtasis y frenesí osan sobrepasar el nivel de los tambores, articulándose un enamoramiento y matrimonio rítmico entre los ejecutantes.

Pero, el baile cantao no solo se delimita en esta conceptualización, sino en la interpretación de voces africanas arraigadas que resuenan en los cantos, danzas y tambores, en una espiritualidad significativa para las comunidades negras. En este marco coreo - musical y espiritual se avivan los recuerdos, se lloran y se alegra a los difuntos, se celebran momentos alegres y tristes, animándose la vida más allá de la muerte:

*Kalunga lunga manquise*

*Gombe manciale*

*Yansu melaco*

*Kalunga lunga manquise*

*Elpe elóo negro congo*

*Combe manciale yansu nelacó*

*Ario negro congo, chimbunbé.*

Este adiós al negro que se va hace parte del culto a los antepasados, base de la religión bantú, quienes animaban sus espíritus en la naturaleza, ligados a un fragmento de tierra delimitado<sup>1</sup>

Entre cantadoras, cantadores y tamboreros se encuentran estas aseveraciones. Por ejemplo, Pedro Alcázar Chiquillo (QEPD), quien vivió en El Peñón (San Onofre), rezaba y hablaba con los árboles para pedirles permiso y perdones por cortarlos o desmembrarles hojas o raíces para pócimas curativas. Así mismo, Estefanía Caicedo (QEPD), quien vivió en Cartagena, rezaba los niños y daba protecciones contra el mal de ojo y otras maldades.

La reencarnación se encuentra presente en esa espiritualidad, homologando las deidades africanas a los santos católicos en una mimetización sacra. Ancestralmente se manifestaba en la religiosidad congoleña con la reencarnación en un niño en la misma familia y a veces en animales o plantas.

Este culto a los antepasados y los cantos responsoriales está ligado al entierro, teniéndose por propósito asegurar y guiar el espíritu del difunto a la entrada del reino de los muertos para que no vague por el mundo.

Estas manifestaciones se dan hoy en los rituales de Angelitos, Los Florones y el Lumbalú. Los primeros se exponen en el entierro de los niños que no alcanzaron cierta edad y no verán ni disfrutarán la vida terrenal, acompañándose de cantos, versos y responsos. La última vuelve cotidiana la despedida del difunto, recordándole sus alegrías y penas terrenales para que interceda en el más allá por sus allegados, celebrándose un velorio novenario donde se tocan los pechiches o lumbalúes, se canta, se hacen narraciones orales, se brindan alimentos a los dolientes y se llora en varios momentos, extasiados por el ambiente en que hayan vivido la persona fallecida y sus familiares.

El baile cantao reúne manifestaciones rutinarias y cotidianas que recogen el desarrollo de expresiones musicales y dancísticas que las podemos dividir en dos formas etnoculturales: el baile cantao funerario, que se caracteriza por los cantos responsoriales, los florones y lumbalúes que interpretan el paso a la muerte, y el baile cantao festivo, caracterizado por los cantos y bailes de fiestas y regocijos populares interpretados en los bullerengues, las chalupas, los fandangos de lenguas, las maestranzas, el son de negros, el son de Congo, el son palenquero, el mapalé, la guacherna, la tambora, el berroche, el pajarito, el chandé, el puyón y el sexteto. Este último se ha transmitido por la tradición afrocubana en los cañaduzales de Sincerín y Marialabaja a mediados del siglo XX.

Los pueblos de tradición afrocolombiana, asentados en las subregiones del golfo de Morrosquillo, Canalera, Cartagena y Canalera riana, interpretan los ritmos con los pechiches, el tambor hembra, alegre o repicador, el tambor macho (llamador, marcante o banbuke), los coristas, las cantadoras y las palmas (tablitas o totumas) identificándose el ritmo en el tambor hembra con varias acciaccaturas y matices polirrítmicos.

De una forma muy diferente se interpretan otros ritmos en las subregiones de las ciénagas del Magdalena y la Depresión Momposina, utilizándose en las interpretaciones rítmicas el guache o maraca, la tambora o bombo, el tambor hembra, alegre o currulao, los coristas, las cantadoras y las

---

<sup>1</sup> Aquiles Escalante. El Negro en Colombia

palmas o tablitas, identificándose en el instrumento de la tambora que es la que varía los golpes para cambios de ritmos.

Las interpretaciones rítmicas en todas las subregiones señaladas presentan la utilización de voces con similitudes, afinidades o igualdades recogidas del romancero español, asimiladas a las saetas, serranas, serranillas, endechas, seguidilla, décimas o espinelas y obviamente, el romance y difundidas por los esclavos en versos y cantos populares, donde parte de ellos fueron compilados por el novelista Jorge Isaac, inclusive, son utilizados en el género de las gaitas.

Esas voces han trascendido de una u otra manera a la eternidad y de generación en generación con la ayuda oral de grandes valores humanos vivos y muertos, como Estefanía Caicedo, Irene Martínez, Visitación Batista, Pedro Alcázar, Paulino Salgado, Graciela Salgado, José Valdez (Simancongo), Rafael Cassiani Cassiani, Emilia Herrera, Carmelo Cortez, Sonia Bazanta (Totó la Momposina), Fernando Mosquera, Agripina Echeverry (la Chula), Encarnación Tovar (el Diablo), Celia Estremor, Etelvina Maldonado, Reina Cortez, Mariano Julio, Petrona Martínez, Eufrasia Simanca, Pabla Flores, Eulalia González, Magín Díaz y otros personaje que han mantenido en la contemporaneidad la identidad afrocolombiana en diferentes escenarios.

El municipio de San Onofre, situado en el golfo de Morrosquillo, en la zona norte de Sucre, es el tercero más grande del departamento. Tiene 56 km de playa y limita al norte con Cartagena y Arjona –Bolívar–; al sur con Tolú, Tolúviejo, Colosó y Chalán (Sucre); al oriente con Marialabaja y El Carmen (Bolívar) y al occidente con el mar Caribe. A mediados de siglo XVIII, un grupo de 26 negros cimarrones que se fugaron de las haciendas de Cartagena y liderados por el señor Toro atravesaron las aguas del canal del Dique y de la ciénaga Cotorra y poco a poco y sin proponérselo empezaron a organizar un palenque, al que llamaron Torobé. Según versiones este nombre se debe al señor Toro que “toro lo ve”, haciendo honor al hombre que hábilmente los supo conducir hacia estas tierras. Sin embargo, para otros es un nombre tomado y traducido al español de su significado original del bantú o dialecto chwana: ma ngombe to gua se mínaló, to gua se egcuchaló.<sup>2</sup> La estructura de dicho palenque guardaba una genial similitud con las aldeas o kraal de los zulúes.

En el golfo de Morrosquillo se practica un estilo de baile cantao heredado del palenque de Torobé y representado en una ruta del bullerengue sentao, el fandango de lengua, el zambapalo o chalupa y el mapalé. La música se representa en su organología por el tambor hembra o alegre, el llamador o tambor macho y las palmas o tablitas, respondiéndoles a las coplas, estrofas y versos de canciones tradicionales y aunándose un coro respondón que alegra y enerva la tesitura musical viva.

El baile se genera alrededor de los músicos, siempre halagando el virtuosismo que va ofreciendo el tambor en un frenesí, convocando a los bailarines a hacer gala de sus dotes expresivas en la medida que la música trasciende.

Los exponentes más recientes son cantadoras y tamboreros como Carmelo Cortez y Celia Estremor, Visitación Batista, Reina Cortez (Pajonal), Pedro Alcázar Chiquillo (El Peñón), Lourdes Acosta Padilla (Plan Parejo) y Mariano Julio (Palo Alto).

<sup>2</sup> Tomado del libro “Casta de un pueblo excomulgado”, de Hernando Soleno.

Estos sanonofrinos heredaron de sus ancestros el acervo bullerenguero e impulsaron su difusión en el casco urbano y en eventos departamentales y regionales. En esos encuentros nace la idea de organizar un festival de baile cantao en el municipio, cuyo impulsor fue el pajonalero Pablo García Berrío, licenciado y magister en Matemáticas, quien con apoyo de la colonia sanonofrina en Bogotá y gestores culturales de este municipio y de Sincelejo, celebraron dos ediciones en los años 1996 y 1997. La primera se celebró en honor a Celia Estremor y a la segunda, a Reina Cortez, y permitieron que los juglares sucreños encontraran un espacio de difusión de la música de baile cantao en el Departamento y en especial, en el municipio de San Onofre.

El festival convocó a las agrupaciones más representativas de la Costa Caribe, en ese entonces, el grupo de bullerengue de Marialabaja, Las alegres ambulancias de Palenque, el Sexteto Tabalá, el Grupo Trietnia y los grupos de baile cantao de Celia Estremor y Reina Cortez y Sones de Torobé, cuya compilación está videograbada como memoria fílmica patrimonial de esta música auténtica<sup>3</sup>.

No obstante, el festival se suspendió indefinidamente ante el acecho de los grupos paramilitares de la zona, que amenazaban a los pobladores y cultores a desplazarse y en muchos casos, perecían por supuestos vínculos con guerrillas.

Este panorama de violencia generó mucha zozobra y miedo en San Onofre, bajo el mando de comandantes que asesinaban y desmembraban personas y que causaron muchas desapariciones y víctimas en Sucre. Pero la música y la danza retomaron su papel de forma paulatina en el Golfo, a pesar de los actores violentos, que en muchos casos utilizaron a las agrupaciones musicales y dancísticas para amenizar sus festejos y celebraciones.

La siguiente caracterización permite identificar elementos etnomusicales que vivifican la manifestación patrimonial de los bailes cantaos en el golfo de Morrosquillo:

**-El bullerengue sentao:** sonoramente da el espacio a las cantadoras para que expresen largas frases o lereos vocales con giros y melismas líricos. Entonan el inicio y entrada al coro respondón de la canción y propician un dejo o fondeo del tambor hembra que se recoge para elevar paulatinamente el frenesí de las coplas, versos y estrofas entonadas con diversos registros vocales dependiendo del mensaje o hecho histórico, natural o cultural que se expresa en las letras. Estas tienen una base rítmica de 2/4 que comienza lentamente y al final se acelera de forma paulatina para cerrar la interpretación con diferentes cortes musicales.

**-El fandango de lengua:** es ejecutado en compás de 6/8. Las cantadoras se expresan en voces onomatopéyicas alegres con variantes rítmicas que motivan a los bailarines a danzar con giros y pasos libres que dinamizan la melodía a un estado de éxtasis musical, donde el tamborero expresa sus dotes polirrítmicas ante la canción ejecutada.

**-La chalupa o zambapalo:** es un ritmo rápido en 4/4 que denota mucha alegría y jolgorio. Las cantadoras frasean versos cortos dominados por el coro respondón que se anima en su recorrido por los giros polirrítmicos del tamborero para deleitar a los bailarines.

<sup>3</sup> Vídeos de difusión del festival filmados por Delimiro del Toro Ibáñez

Estas tres manifestaciones han sido las que más se han difundido en la zona del golfo de Morrosquillo desde tiempos inmemorables. Otras, como el son de negros, las maestranzas, el son palenquero y el mapalé, quedaron rezagadas a la zona canalera riana, canal del Dique y Cartagena que permitían su difusión en las celebraciones del Once de Noviembre en el departamento de Bolívar.

Muchas familias de San Onofre, Palenque, Marialabaja y otros municipios cercanos al golfo de Morrosquillo migraron a principios del siglo XX a las primeras áreas económicas a gran escala en el Caribe colombiano, como las zonas bananeras en el Magdalena y en el golfo de Urabá. Estas les permitieron formar asentamientos a donde llevaron consigo todos los saberes ancestrales, entre estos, el baile cantao.

En definitiva, los bailes cantaos vivieron las causas y consecuencias de las migraciones de toda índole de artistas, bailadores y gestores culturales que se establecieron en las principales ciudades del país, llegando a establecer puntos de encuentro para la difusión y fomento de las expresiones dancísticas y musicales en diferentes espacios.

Como ejemplo de estas migraciones está la de Fernando Mosquera de la Hoz, oriundo de El Roble (Bolívar) y desplazado de Plato, Magdalena, quien llega como pescador a Sincelejo y participa en diversas actividades culturales como bullerengüero, difundiendo la memoria musical de su mamá, Natividad de la Hoz Zabaleta. Se resalta demás el aporte de las siguientes cantadoras que le han dado realce al baile cantao a nivel nacional e internacional:

**-Celia Estremor Rubio (QEPD):** cantadora de bullerengüe de Pajonal, San Onofre, que murió a los 83 años en 2013 en su tierra natal. Fue instructora de baile cantao de los grupos de la Institución Educativa de Pajonal. A los diez años empezó a cantar y cinco años después, a componer. Lo hacía porque le gustaba hasta que un día una de sus composiciones la hizo famosa: “La cosita de la señora”. También son conocidas: “El secuestro”, que compuso cuando le robaron un ganado; “El pelo es malo” y “Martha”, esta última, dedicada a su hija. Su sepelio se efectuó como una ceremonia bullerengüera en la plaza principal y cementerio de Pajonal.

**-Reina Quiñónez:** esta cantante de bullerengüe e intérprete de baile cantao, de 87 años y nacida en Pajonal, ha dedicado su vida a promover e infundir la tradición en los jóvenes de su corregimiento. Empezó a cantar a los doce años y a los dieciséis comenzó su carrera de compositora con trabajos como “La chungu” y “La tortuga”. Años más tarde, con Ascensión Torralvo, Emperatriz Ricardo y Sofía Agresor, conformó el grupo Pajonalero, que ha participado en diversos certámenes regionales y que desde el año 2000 ha sido parte de planes de salvaguarda dirigidos por la Institución Educativa de Pajonal.

**-Lourdes Acosta Padilla:** nació en el corregimiento de Sabanas de Mucacal (San Onofre), pueblo pequeño y caliente. En su tránsito vital y siguiendo esas misteriosas rutas de la inmigración en el Caribe colombiano, a los diez años se mudó con su familia al barrio Blas de Lezo de Cartagena de Indias y después a otro popular vecindario, El Socorro.

Su formación profesional se consolida en Barranquilla. En 1993 se vincula a la Fiscalía General de la Nación y sigue impulsando grupos culturales con apoyo del director de ese entonces, José Francisco Castillo. Estudió Derecho en la Universidad Simón Bolívar y como cantadora formó parte de varios grupos folclóricos, cosechando premios en eventos y concursos en Colombia. Se pensionó de la Fiscalía, lo que le ha permitido tener más tiempo para grabar discos y seguir cantando en la Banda Folclórica Distrital de Barranquilla y su grupo Chambacú.

**-Ana Iris Gutiérrez Guerrero:** es oriunda del casco urbano de San Onofre y es la cantadora que rescata la memoria bullerenguera de Celia Estremor y Reina Cortez. Es gestora cultural y licenciada en Etnoeducación con énfasis en Ciencias Sociales, del Instituto Manuel Zapata Olivella y especialista en Lúdica Educativa de la universidad Juan de Castellanos. Su trabajo de grado se titula: Estrategia pedagógica de los bailes cantao aplicados a estudiantes del grado quinto de la Institución Educativa Santa Clara. En esta institución fomenta la escuela artística con el apoyo del también gestor cultural Marcelino González Luna, miembro activo del grupo folclórico Sones de Torobé, con el que ha participado en varios certámenes culturales, regionales y nacionales, para llevar el bullerengue en su máxima expresión musical.

En la actualidad los bailes cantao han tenido más difusión debido a la creación de escuelas de formación artística donde han surgido nuevas promesas folclóricas como cantadores y tamboreros, junto con la música de gaitas, con lo cual se fomenta aún más el arraigo del patrimonio musical y coreográfico del golfo de Morrosquillo.

El departamento de Sucre tiene agrupaciones de baile cantao que son reconocidas en festivales regionales y nacionales. Es el caso de la Asociación Afrocolombiana Sones de Torobé y Son Candela, de San Onofre; Afro Música, del corregimiento de Libertad (San Onofre), Pie de Tambó, Grupo Trietnia y Pata Pelá, estos tres últimos, de Sincelejo.

Como investigador de la cultura afrocolombiana me interesa seguir aportando nuevas luces sobre esta, apoyándome en conceptos geográficos, etnohistóricos, etnológicos, folclóricos y lingüísticos con el fin de cumplir el propósito de ayudar a la cohesión con esa identidad cultural a través de un mejor conocimiento de esta, delimitada espacialmente en la Costa Caribe y vivificada todos los años en muchas regiones en sus festivales, celebraciones y fiestas religiosas.

## Bibliografía

- Del Toro Ibáñez, Delimiro. Vídeos de difusión del festival filmados en 1996 y 1997.
- Escalante, Aquiles. El Negro en Colombia, Revista Desarrollo Indoamericano 1982.
- <https://www.etnoterritorios.org/>
- Ministerio de Cultura. Vídeo del proyecto expedición sensorial – San Onofre, 2019
- Proyecto de la Universidad Pontificia Javeriana, financiado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo – AECID. Observatorio de territorios étnicos – San Onofre.
- Soleno, Morales Hernando. Casta de un pueblo excomulgado. Unión gráfica Sincelejo, 2004. Primera edición.
- Telecaribe nos une, El Baile Cantao, presentadora Alicia Peñaranda. 2019.





*Cantando en la playa!*  
*Ilustración Félix López*

# Disfraces novembrinos de Sincé, Sucre

Por **Raúl Romero**

En tiempos pasados, Sincé era uno de los pueblos que con más emotividad celebraba las fiestas del Once de Noviembre, fecha de la Independencia de Cartagena, porque este municipio perteneció al territorio del antiguo Bolívar Grande. Sin embargo, como el 10 de ese mes Sincé conmemora su fundación, entonces se organizaba una sola fiesta y se le agregaba la de honor a San Martín, que “es un santo parrandero”. Por tal motivo, la alcaldía decretaba el bando, que concedía permiso a los ciudadanos para que durante los días 8, 9, 10 y 11 de ese mes se disfrutaran estas fiestas, “procurando no atentar contra la moral y las buenas costumbres”. Entonces, salían a las calles con disfraces que parodiaban aspectos llamativos de la cotidianidad de la comunidad con el fin de divertir a los espectadores. Si todo se desarrollaba según las normas de urbanidad, se autorizaba la prórroga de la fiesta para los demás fines de semana del mes.

Estos disfraces –con los que se representaban obras de teatro callejeras– de creación individual o colectiva– salían del imaginario popular, mientras que otros los copiaban de las tradiciones de la región.

Cada sector de la población tenía su propia representación. Por ejemplo, del barrio Carpeta, salía la Danta, y este era su canto característico:

*Juche, juche, juche, perro  
Juche, juche, juche, jeeee  
Que la danta está en el pueblo,  
En el pueblo de Sincé.  
Así cantaba Manuel Palencia, el Pisingo,  
Acompañado por su pariente Juan Bobito.*

De esos lados también salía el disfraz de la muerte y el diablo:

*Yo necesité  
Y estoy agradecido  
La muerte y el diablo  
Que bailen conmigo.*

Y arrancaban atropellando a los espectadores. A quien le cayera el pañuelo que tiraba el capitán le tocaba pagar la bailada del disfraz.

Infortunadamente, esta tradición se ha perdido. Solo queda la del disfraz de la parodia del tigre, que está amenazada por falta de continuidad actoral. Muchos disfraces se perdieron, pero otros siguen en la memoria de los pocos portadores que quedan. De una entrevista que tiene más de treinta años al portador de memoria Luis Carlos Palencia se transcribieron las piezas en verso de una representación teatral, lo que ha permitido su conservación. Se resalta una, la Alcahueta, que era interpretada por

actores naturales con el fin de divertir a la gente de aquellos tiempos. Son obras que se expresaban en versos y que finalizaban con una fiesta, parrandón o baile de carnavalito. La Alcahueta es un personaje que representa a una madre gustosa del pretendiente de su hija, pero esta última no quiere nada con él. La mamá busca la forma de dejarlos solos para que él intente el “levante” y al final la muchacha termina convencida, acepta la propuesta de matrimonio y se celebra la boda. Este es el diálogo:

Enamorado: Salúdate, mi señora Luisa

Yo vengo a darle a sabé

Para que se entere ustedé

Que su hija me simpatiza.

Madre: ¡Ay caramba!

Muchacho: Yo estoy tan entusiasmado

que la he elegío como esposa

porque su hija es de mi agrado.

Madre: ¡Ay caramba!

Enamorado: Mi nombre le voy a decí

Mi nombre es un encanto

A mí me llaman Te arranco

Y de apellido La nariz. (Le retuerce la nariz)

Madre: ¡Ay caramba!

¡Ay!, su nombre es así

Si es así yo no lo creo,

Que me arranca la nariz,

Si se arranca es un dedo.

(La muchacha sigue retirada con desagrado y la madre llama al muchacho aparte).

Madre: yo me voy a retirar

Porque me precisa a mí

El que ustedes queden aquí,

Para que puedan hablar. (Se retira)

Enamorado: Sise. (Se acerca la muchacha)

Francisquita, yo es que te quiero

Tú eres mi única alegría,

Tú eres mi único consuelo.

Francisca: Ahh, déjate de eso conmigo,

Eso conmigo no se puede,

Si tú te mueres, te mueres,

Pues no quiero nada contigo.

Enamorado: Tan simpática y tan bonita,

Tanto que te quiero yo a ti,

Ayúdame tú a viví

¡Acéptame, Francisquita!

Francisca: Tú no eres un hombre bonito

La simpatía es sobre todo

Que te adore:

¡Sí, hombre, Tito! (Va donde la madre)

Mamá, nada le agradezco yo

Por qué fue que lo hizo así,

Que llegó ese hombre ahí

y nos dejó solo a los dos  
Madre: Francisquita, ese hombre pone cariño  
Ese hombre nació fue para ti,  
Porqué el me dijo a mí  
Que se casaba contigo.  
Francisca: El diantre del cara de iguana ese,  
No más anda es de payaso,  
Con ese hombre yo no me caso  
Porque no me da la gana.  
Madre: Francisquita, no seas malcriada,  
Ese hombre tiene plata,  
Nunca te verás en tristeza:  
Tiene burro, tiene mulo,  
Tiene vaca y tiene bestia.  
Francisca: Mamá, no crea que me va a convencer  
Ni que él sea un millonario  
Si es que tanto le ha gustado,  
Cásese usted con él.  
Madre: Francisquita, hija, ven acá  
Ve, no seas tan malcriada,  
Ese hombre está loco por ti,  
Con un jovencito así  
Por Dios que yo me casara.  
Madre: (al muchacho) Mi hija está parada en su punto  
Como acostumbramos las mujeres,  
Pero, trátale del mismo asunto  
Y veras como ella quiere.  
Enamorado: Voy a vé  
Francisquita, por ti bajaría la luna,  
Tu madre consiente conmigo  
Y si yo me caso contigo,  
Tienes toda mi fortuna;  
Y si no me caso contigo,  
No me caso con ninguna.  
Francisca: Mi madre me ha aconsejado  
Que me case con usted  
Siempre voy a resolver,  
Convengo en cambiar de estado.  
Enamorado: Tu madre te hizo resolvé  
Sin andar con mucha ancheta,  
Pero es la más alcahueta  
Que puede tener Sincé.  
Francisca: A mí misma me da pena  
Me alcahueteo a mí siendo su hija  
¡Que queda pa una hija ajena ¡  
Madre: Mis hijitos, quiéranse bastante  
Para que vivan contentos  
Que yo les voy a echá un cuento  
De los tres meses en adelante

El hambre que van a aguantá.  
 Con mi yerno y con mi hijita  
 Hoy que estamos llenos de gozo  
 Vamos a bailar nosotros  
 Al son de una tamborita.  
 Todos: ¡Vamos! (Suena la música y bailan).

Relator: Luis Carlos Palencia

Estos personajes eran representados solo por hombres. Al disfraz le acompañaban un maquillaje exagerado y vestidos con combinaciones bastante contrastantes y un conjunto musical con instrumentos como violina o acordeón y caja y guacharaca. Los actores bailaban por las calles representando la puesta en escena donde los solicitaran y a quien se le entregaba el pañuelo pagaba la función.

### **La parodia del tigre, un siglo de tradición**

Una tradición centenaria que perdura y que ha sido declarada patrimonio inmaterial de la tradición oral del municipio, pero se encuentra en peligro de desaparición a pesar de su popularidad y su reconocimiento, es La parodia del tigre.

Como Sincé está ubicado en el centro de la subregión Sabana del departamento de Sucre y colinda por el sur con los playones y las ciénagas mojaneras, en un principio predominaba en los montes y bosques una fauna muy variada con dantas o tapires, armadillos, puercos manaos, micos, venados, tigrillos y hasta tigres americanos o jaguares, entre muchos otros. Con la llegada del conquistador y sus armas de fuego y la ocupación de tierras se generó una caza sin control y las poblaciones de estas especies se fueron extinguiendo. La cría del ganado atraía a tigres hambrientos, sobre todo cuando había grandes crecidas en la región vecina de La Mojana. Por eso, los ganaderos organizaban cacerías para cazarlos y proteger a sus animales y fue así como se extinguió esta especie en la región.

Los abuelos recuerdan que en cierta ocasión un tigre cebado rondaba por esas tierras, por lo que los ganaderos se vieron obligados a traer a dos expertos, los hermanos Bello, unos indígenas de la alta Mojana, para que adiestraran cazadores y así capturar a la fiera.

Los tigres se acabaron, pero la sensación de miedo todavía estaba latente, por lo que algunos imitaban el rugido del tigre para asustar a la gente. Entre estos se recuerda a Luis Domínguez, quien llegó a pintarse la cara de tigre y se convirtió en la sensación en las fiestas novembrinas. Algunos más se disfrazaban de cazadores y salían tras él por todo el pueblo hasta que lo cazaban. Esto dio inicio a la parodia que se convertiría en la representación con disfraz más celebrada y competida por diversos grupos que buscaban el alto reconocimiento de la ciudadanía. Esto sucedió en el año 1917.

En el año 1920, Julio Chávez, conocido como Carnaval o Canabal, se vistió de tigre y perseguía a la gente que salía corriendo. Este logró que el disfraz y la representación que le acompañaba se consolidara como una tradición para cada noviembre. En 1933, el señor Luis Montes, que continuó con esta representación, se volvió la sensación hasta 1939, año considerado la época de oro de esta parodia,

cuando Ignacio Herrera Jiménez le agregó a esta tradición más picardía y gracia hasta lo que hoy se conoce de esta muestra de teatro callejero.

El reinado de esta representación disfrazada lo heredaron Rafael Zolá de la Ossa, José Buena y Reyes Acuña, quienes la encarnaron en los años 50 y 60. En las décadas del 70 y el 80 se destacaron los actores Luis Acuña, Tomás Acosta, Rafael Pereira y Jorge Santiz y desde 1981, el barrio Guinea se volvió la “mata” de los tigres.

En 1992 La parodia del tigre hace parte de la Semana de la Sincianidad, con el primer festival en su honor, donde participan varios grupos representando a los diferentes sectores de la población. Fue la época de su masificación. Aquí sobresalen los hermanos Víctor y Óscar Acuña Castillo, de la tradición Acuña, acompañados de Fernando Manuel Campo y Omar Jiménez. Entre tanto, en el barrio El Estanco esta tradición la mantienen viva los portadores de memoria Jorge Ruiz Salas, Yovanis Mendoza y Armando Palencia.

### **La interpretación**

La parodia del tigre es una obra de teatro callejero con los siguientes personajes: el tigre, el padre y el hijo, que son los cazadores, y los perros que pueden llegar hasta diez actores. El disfraz del tigre se elabora con costales de fique a los que se les pintan manchas con pintura negra para representar la piel del animal. La cara del tigre es una máscara elaborada con calabaza o totumo.

El vestuario de los personajes del padre y el hijo está elaborado con ropas viejas rotas o mal remendadas, al igual que los sombreros, para mostrar el campesino pobre que se ve obligado a meterse de cazador. El padre lleva la escopeta y llama al hijo, que lleva lanza y machete y que se esconde por miedo. El padre carga un tanque de latón lleno de piedras que hace sonar para espantar a la gente que se le acerca mucho.

Estos personajes, lo mismo que los que hacen el papel de los perros, se maquillan el cuerpo de negro para infundir más temor y con la boca y los ojos hacen gestos grotescos al público.

En medio de chistes, sátiras, gritos y guapirreos se van infundiendo ánimos para salir a cazar, invitan a los perros, que tienen nombres chistosos, como Cuica, Lambecurso o Corre más que el viento, y acorralan al tigre. Cuando lo tienen cercado comienzan a temblar y arrepentirse de lo que están haciendo. Para colmo, el tigre les sale por detrás y asusta al hijo que, disparado, se sube en lo primero que encuentra, pero después no saber cómo bajarse. El padre queda tirado y el tigre juega con él, hasta que lo espantan los perros. Estos de nuevo lo acorralan e intentan cazarlo y es cuando el padre se pone el cañón de la escopeta en la cara. El hijo se da cuenta a tiempo y evita que se mate. Cuando el tigre cae, sienten temor de acercarse porque es enorme. Logran medirlo y al percatarse de que es macho, salen disparados atropellando al que se cruce en su camino. El tigre renace con más bríos y comienzan de nuevo la representación, mientras van gritando la consigna: “después que matas el tigre, le sales huyendo al cuero”.

A esta puesta en escena callejera, autóctona y única en el territorio nacional se le identifica como

sainete, representación, teatro callejero o teatro morfo. En la zona se le conoce como parodia de la cacería del tigre. Convertida en patrimonio inmaterial de identidad cultural del municipio de Sincé, se ha presentado en eventos regionales y nacionales con mucha acogida y aprobación por su contenido jocoso. Poblaciones vecinas también vienen replicando esta expresión y poco a poco la han apropiado, mientras en Sincé ha ido desapareciendo y solo van quedando algunos cultores con la posibilidad de quedar en el olvido por completo. Estas expresiones culturales estuvieron vigentes hasta hace pocos años. Queda la posibilidad de recuperarlas mediante un trabajo de recopilación, recreación y fomento mediante talleres y escuelas que permitan este urgente proceso de salvaguarda. Por eso, todos los sinceanos deben asumir el compromiso de conformar un colectivo de salvaguarda para mantener viva esta tradición única.

Este reportaje se soporta en documentos, investigaciones y entrevistas con cultores, gestores culturales y portadores de memoria y grabaciones y material gráfico de las actividades culturales del municipio, producto de mi trabajo como productor audiovisual por más de 20 años.



*Parodia de la matanza del tigre. representación escénica tradicional en Sincé.  
Fotografía del archivo de la Dra. Cecilia Gil Barvo*

# De La Mohana a La Marquesita: breve historia socioecológica de La Mojana

Por **Henry Huertas**

*Espíritu del agua, espíritu burlón*  
*Tengo que abrirte mi corazón*  
*Espíritu del agua, espíritu burlón.*  
*“Mohana”, Totó la Momposina*

*Tiempos de La Marquesita*  
*De los criollos playoneros*  
*Del espanto, del estero*  
*Del tigre de la montaña.*  
*Porro “El Centauro”, Leonardo Gamarra*

## Primero fue el mito

Un mundo desencantado como el actual ha hecho que la palabra mito pierda su significación originaria de sacralidad, ya que los mitos han sido ingredientes primordiales de todas las religiones del mundo, de manera que hoy su significación está cada vez más distante de su origen y por ende, han surgido nuevas acepciones, como fábula, invención, ficción, ilusión y mentira, entre otras, enmarcadas todas en la irrealidad.

Se resalta que el mito ha estado históricamente relacionado con sociedades consideradas como primitivas, atrasadas o culturalmente alejadas en el tiempo en el mundo moderno occidental. Por consiguiente, hoy no sería creíble contar historias a través de las ficciones que construyen los mitos, pues resultarían totalmente inverosímiles para cualquier persona.

Gracias a las investigaciones antropológicas, el mito ha tomado nuevas significaciones que han permitido entender su importancia, especialmente en las maneras de explicar y entender el vasto universo de las sociedades primitivas y sus continuidades en el tiempo. De acuerdo con Mircea Eliade (1991), el mito es una “historia verdadera”, y lo que es más, una historia de inapreciable valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa. En este orden de ideas, enfatiza que “(...) el mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos”.

Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia. [...] Es, pues, siempre el relato de una “creación”: se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a ser.

Esta perspectiva de mito de Eliade permite analizar dos narraciones mitológicas que han estado presentes y articuladas al devenir histórico de la subregión Mojana. La primera quizá no se toma como exclusiva de la subregión, como es el mito de la Mojana. El nombre es muy popular por ser el de un río, de la subregión y también de la narración que es ampliamente conocida, pero en la versión masculina del Mohán. Puede considerarse como patrimonio nacional en el sentido de que hay narraciones de la Mojana en diferentes regiones de país, especialmente, en poblaciones ribereñas del Magdalena y el

<sup>1</sup> Mojana o Mohana, ambas palabras son válidas y se refieren a lo mismo, subregión o mito.



Cauca. Sin embargo, a pesar de darle nombre a la subregión, no hay una fuerte identidad arraigada ni mucho menos conocimiento del origen y significaciones que este mito tiene con el manejo y adaptación de las condiciones geográficas, climáticas y ambientales de los asentamientos prehispánicos zenúes de la subregión de La Mojana.

El segundo mito, La Marquesita, se considera propio de esta subregión y el San Jorge, pues en cada municipio de estas zonas hay versiones del mismo. La Marquesita fue inmortalizada en la obra de Gabriel García Márquez en el reportaje titulado La Marquesita de la Sierpe (1976) y luego en el cuento “Los funerales de la Mamá Grande” (1986). De este reportaje Dasso Saldívar (1997), estudioso de la obra de García Márquez, sostiene que se encuentran elementos claves para el desarrollo literario ulterior del escritor ya que ahí están “las vetas narrativas que lo conducirían a 'Los funerales de la mamá grande' y después a 'Cien años de soledad'”. De manera que hay muchas similitudes entre La Marquesita de la Sierpe y “Los funerales de la Mamá Grande”. Dasso Saldívar (1997) muestra esta relación cuando menciona los modelos que toma García Márquez para la elaboración del cuento:

Así que la metáfora de la Mamá Grande, concebida a mediados de 1959, está sustentada sobre modelos dispersos en el tiempo y el espacio y su concesión sería el producto de una larga y sedimentada reflexión. Como la tía mamá en la casa de los abuelos, como la Mamita Yunai en la zona bananera, como la María Amalia Sampayo de Álvarez en el Sucre de la juventud del escritor y como la Marquesita de la vecina Sierpe; así mandó y ordenó la vida nacional durante el siglo XIX y parte del XX, la aristocracia criolla, una aristocracia feudal y terrateniente hecha de distritos coloniales.

Indiscutiblemente, en el reportaje La Marquesita de la Sierpe se encuentran los ingredientes del realismo mágico, que no es más que contar hechos irreales como si hubiesen sido los más ciertos, ya que solo existen en el imaginario colectivo de las regiones. Esto resulta una epifanía para el nobel, quien se refiere a ello en una entrevista concedida a la revista El Manifiesto, citada por Cobo Borda (1995):

Es que es irreal. En el sentido de que no está comprobado, es decir, no son acontecimientos comprobados, sino contados como si fueran comprobados. Son cosas que se contaban con absoluta naturalidad. No sé si me explico [...] es decir [...] conozco la Sierpe, estuve en la Sierpe [sic], pero por supuesto no vi el 'totumo de oro' ni el 'cocodrilo blanco'; ni nada de estas cosas. Pero era una realidad que vivía dentro de la conciencia de la gente; porque lo que te contaban no te cabía duda ninguna de que eso era así.

Lo anterior demuestra que el mito de la Marquesita ha tomado mayor relevancia, pues el reconocimiento que ha obtenido universalmente hizo que se consolidara como referente de identidad de las subregiones Mojana y San Jorge, en comparación con el mito de La Mojana, que se ha venido desdibujado paulatinamente en el tiempo y en la memoria colectiva de los rianocienagueros de la región.

Teniendo en cuenta a Eliade (1991), que considera al mito como historia sagrada y por tanto una “historia verdadera”, puesto que se refiere a “realidades”, se comprende claramente la relación entre el

mito y realidad. Da luces para asumir que los mitos de la Mojana y La Marquesita describen acontecimientos históricos en cuanto a procesos de transformación que ha sufrido el territorio en aspectos económicos, ambientales y socioculturales que por mucho tiempo han estado ocultos y sin develarse por centrarse en la ficción y en el realismo mágico de las narraciones, lo que hace que se pierda de vista lo que subyace en ellos y lo que a final de cuentas no permite comprender que los mitos son hechos reales y no solo ficciones.

### **Mohana, espíritu del agua**

Algunos investigadores relacionan el nombre de Mojana con la tierra donde habita el Mohán, dios zenú de las aguas, que perversamente rapta a las mujeres vírgenes que suelen bañarse a orillas de ciénagas y caños y que con su férax naturaleza y sus pedos ahuyenta a los aventureros que, buscándolo, llegan hasta su cueva (Ramírez del Valle & Rey Sinning, 1994). Otra versión menciona que la Mojana era la diosa de las aguas, "libidinosa, enrevesada y fértil" esposa del Mohán, con características similares en su actuar a su marido (Ramírez del Valle, 2013).

Como se observa es poca la información que se tiene del mito de la Mojana. Algunos la identifican como la diosa de las aguas del universo zenú, pero para la mayoría es solo un espanto que ahuyenta a los hombres de las agua de los ríos, caños y ciénagas, pues ahí pueden ser raptados y desaparecidos. De esta forma hace que los hombres se alejen de lo que verdaderamente son, hombres anfibios. En el plano simbólico pareciese que al mito de la Mojana lo hubiesen trastocado, porque en vez representar la importancia del agua en la subregión –en este caso, a través de la creencia en una diosa–, lo han direccionado hacia el espanto y miedo a ella, por lo que el agua deja de apreciarse como la esencia de la vida para convertirse en el terror de los hombres.

De manera que este cambio de percepción y perspectiva del mito ha hecho que el agua no se vea como una fuente potencial para la subregión sino como obstáculo. Esto ha ido produciendo cambios en la relación de los mojaneros con el agua, teniendo en cuenta que cada vez más las ciénagas, caños y zapales están desapareciendo del territorio debido al cambio del uso de suelo por la ganadería y la expansión del monocultivo del arroz. Por consiguiente, las actividades que antes estaban asociadas al agua, como la pesca y caza de subsistencia, están desapareciendo cada vez más rápido. Es claro que el mito de la Mojana tiene sus orígenes en la cultura zenú,<sup>2</sup> pues nace en su territorio y con una relación fuerte marcada con el agua. Esta civilización se asentó y desarrolló en el extenso plano inundable del sur de las llanuras del Caribe, formado por un delta interior donde convergen los caudales de Magdalena, el Cauca y el San Jorge. En marzo o abril los caños corren hacia al sur en el bajo San Jorge y el norte al Magdalena para salir al mar, pero es hasta diciembre, tras ocho meses de permanecer las aguas cubriendo el territorio, cuando empiezan a buscar su salida definitiva por el norte, lo que causa tres meses de sequía (Plazas & Falchetti, Ana María, 1981). Este territorio estuvo densamente poblado en tiempos prehispánicos por los zenúes y sus antecesores, que construyeron una compleja red de canales artificiales en una extensión de más de 500 000 hectáreas de tierras cenagosas (Plazas C., Falchetti, Van der Hammen, & Botero, 1988).

---

<sup>2</sup> Etimológicamente la palabra Sheinú significa "País encantado de las aguas". Manuel Huertas Vergara citado por Ramírez del Valle y Rey Sinning (1994)

Los zenúes se organizaron en tres grandes divisiones: los finzenúes, concentrados en el valle del río Sinú; los panzenúes, en la cuenca de río Jegú (Xegú), que los españoles bautizaron San Jorge, y los zenúfanas, en el bajo Cauca y Nechí, que eran ricos en minas de oro. Todos estaban unidos por relaciones de parentesco y actividades económicas complementarias. El oro venía de Zenúfana, de tierras que en parte hoy integran al departamento de Antioquia. Los mejores artífices y fundidores se encontraban en Finzenú, a orillas de río Sinú, y también en Panzenú, sobre el río San Jorge, y fueron los orfebres de estos dos cacicazgos (Del Castillo, 1994).

Es precisamente en el plano inundable del territorio zenú donde empieza a incubarse la cultura anfibia. En la relación triádica entre territorio, población y economía se urde esta cultura (Huertas, 2006) que ha sido descrita y no conceptualizada por Striffler (1958), quien muestra la interacción constante del hombre con su entorno común: el agua, que le sirve de despensa natural surtiéndole de peces para su alimentación y también como medio de comunicación y le da espacio a la tierra para las actividades agrícolas y pecuarias. De manera que “los hombres que viven cerca del agua son alternativamente, pescadores, bogas, vaqueros y agricultores” (Striffler, 1958).

Sin embargo, es de las nuevas observaciones y descripciones del territorio de lo que se vale Orlando Fals Borda (1984) para conceptualizar la cultura anfibia”, que es “(...) aquella producida por los versátiles habitantes de laderas, caseríos, y pueblos de los ríos, ciénagas, caños playones y bosques de la depresión, aquellos que combinan estacionalmente la explotación agrícola, pecuaria y selvática con la fluvial y pesquera en el mismo hábitat o territorio”.

La cultura anfibia del universo zenú se ha caracterizado por rasgos y valores como la multifuncionalidad, que es la capacidad de combinar diferentes tipos de actividades productivas y de vida, que van desde la pesca y la caza, pasando por las labores agrícolas hasta las artesanales como la cerámica y la orfebrería. Esto ha hecho que los hombres anfibios o hicoteas<sup>3</sup> tengan una personalidad multifacética y activista, que a pesar de la adversidad e incertidumbre de las circunstancias materiales del medio ambiente, logran sobrevivir, conservar y recrear sus condiciones de vida y sus valores culturales.

La capacidad de adaptación del rianocienaguero se da frente a los cambios de circunstancias y contextos sociales, culturales y ambientales. La sostenibilidad tiene que ver con su capacidad cultural para desarrollar formas de vida armónicas con el ambiente con el fin de proteger y conservar los recursos naturales. Finalmente, el predominio de relaciones sociales y culturales basadas en la confianza y la solidaridad son aspectos que constituyen una mayor riqueza social de la época (Ortiz, Pérez, & Muñoz, 2007).

Queda claro que el de la Mojana es un mito prehispánico asociado a la cultura anfibia zenú; entre tanto, el mito de La Marquesita surge en otro momento histórico del territorio, cuando acontece la ocupación y poblamiento español en el bajo río San Jorge y la Mojana, a través de instituciones económicas como encomiendas, mercedes de tierra y haciendas ganaderas esclavistas.

3) El hombre hicotea es una personificación que Fals Borda emplea en su metodología para la búsqueda de una identidad propia de esta región, la cual la construye a partir de las entrevistas realizadas a pescadores y galapagueros de la cuenca baja del río San Jorge (Fals Borda, 1984).

## Los tiempos de La Marquesita

El contexto histórico donde surge el mito de la Marquesita se sitúa después de la conquista del pueblo zenú. Luego de someter a la población indígena mediante la violencia y el engaño, el interés de los de la explotación de la mano de obra en la extracción del oro. Una vez agotada gran parte de la riqueza aurífera acumulada, se implantó la encomienda<sup>4</sup>, sistema que obligaba a pagar un tributo al encomendero, lo que fue fatal para las poblaciones indígenas, que se disminuyeron de forma paulatina, con agravantes como epidemias y la violencia de los españoles (Meisel Roca, 1998).

El régimen de la encomienda estuvo vigente en la región Caribe entre 1540 y 1600. Pedro de Heredia inició la repartición de tierras entre los vecinos españoles. Las primeras se entregaron en Mompos a través de 35 encomiendas, luego continuaron en Cartagena y Tolú a finales de 1541, por lo que este sistema se convirtió en la principal fuente de ingresos para los españoles que poblaron la Provincia de Cartagena.

La población que quedaba no alcanzaba a producir lo suficiente para satisfacer la demanda de productos agrícolas de Cartagena. Esta razón incentivó a los españoles a la destrucción atroz de la población indígena ocurrida en el siglo XVI, y produjo una crisis en el suministro de alimentos que se agravó a finales de ese siglo al acaparar vastas extensiones de tierra a través de los mecanismos legales que establecía la corona española, como la merced de tierra, y a traer esclavos negros para reemplazar la casi exterminada mano de obra indígena. De esta forma se empezaron a establecer las estancias y los hatos con mano de obra esclava, que luego sería reemplazada por mestizos (Meisel Roca, 1998).

Las mercedes de tierra jugaron un papel esencial para el desarrollo de ganadería en el Caribe colombiano, especialmente, en las sabanas, en bajo del río San Jorge y en la Mojana, por tener tierras aptas para la ganadería de trashumancia. Sobre la importancia de la hacienda ganadera en estas regiones:

Fue la más generalizada. Esta hacienda utilizaba pocos esclavos, pues su tecnología era rudimentaria, predominaba la utilización de grandes extensiones de tierras y la trashumancia durante el verano. En el siglo XVIII la hacienda ganadera “típica” tenía una gran extensión de territorial donde pastaba un ganado semi-salvaje. El principal problema que afrontaba era que, en verano, el pasto moría rápidamente, pues se trataba de praderas naturales, razón por el cual el ganado tenía que ser trasladado a tierras bajas y cenagosas. (Méisel Roca, 1998)

De mismo modo que las mercedes de tierra propiciaron el desarrollo de la hacienda ganadera, asimismo, la formación de grandes latifundios en la Depresión Momposina. Orlando Fals Borda (1989) afirma:

Con la modalidad legal de las mercedes de tierras concedidas por el cabildo, gobernadores, oidores y audienciar - con la firma del rey - nació en Colombia la propiedad territorial [...] El exterminio de los indios facilitó este proceso legal en la depresión momposina, ya que los nuevos propietarios pudieron aducir, como lo exigían las leyes, que la tierra pedida en merced había quedado 'vaca' (vacía).

<sup>4</sup> La encomienda consistía en la entrega a un conquistador de un número determinado de indios a los que debería proteger e instruir, a cambio adquiriría el derecho de beneficiarse con los servicios personales del indígena, a la vez de una serie de prestaciones económicas. A cambio, el encomendero contraía la obligación de prestar servicio militar al rey siempre que fuese requerido para ello.

Es precisamente en este momento histórico en que la ganadería se introdujo en el bajo San Jorge y Mojana y el latifundio se extendió en el territorio, mediante haciendas ganaderas esclavistas, cuando surge el mito de La Marquesita. La primera versión registrada es la de Striffler (1958), quien de inmediato ofreció una explicación racionalizada de cómo habían podido ocurrir en realidad estos hechos describiendo el estado de la mentalidad de sus narradores, calificándolos implícitamente de primitivos o salvajes:

(...) se ha conservado el lejano recuerdo de una doña Isabel Madariaga, que vivió algún tiempo en la hacienda principal y emprendió después un viaje muy lejos, del cual no volvió. Hay mil versiones respecto a esta desaparición. La imaginación del negro gira siempre sobre cosas sobre naturales; según decían ellos, la extraordinaria multiplicación de las vacas de doña Isabel provenía de un pacto con el diablo.

Striffler (1958) notó la existencia de varias versiones sobre este mito, por tal razón afirmó que “cada uno compuso a su antojo la parte final de la historia de la pobre señora”. Es así como en muchas partes del territorio del bajo San Jorge y la Mojana se encuentran muchas versiones del mismo mito, donde las variantes son pocas y solo el nombre de la marquesita es cambiado: Isabel Madariaga (Striffler, 1958), Ángela Susana de la Sierpe y Guevara (Álvarez, 2017) y María Amalia Sampayo de Álvarez (Saldívar, 1997), pero en general, es el mismo mito.

Los datos históricos corroboran la existencia de marqueses con inmensas propiedades en el territorio, producto de herencias y de mercedes de tierra otorgadas. Juan Bautista de Mier y la Torre, marqués de Santa Coa y conde de Santa Cruz de la Torre, tenía grandes extensiones de tierra en el bajo río San Jorge y Mojana. Entre los herederos de marquesado de Santa Coa hay una marquesa con una historia que bien cumple con detalles propios de La Marquesita y que con el tiempo y los correveidiles se fue transformando de modo que terminó convertida en mito.

El marquesado de Torre Hoyos tiene el mejor partido momposino en su hija doña María Isabel, sin una gota de sangre fuera de su alcuernia. Doña María Isabel contrae nupcias con don Mateo de Espalsa y Santa Cruz, subdecano del Real Colegio Universidad, heredero del título. En 1816, doña María Isabel enviuda y queda joven y rica. Al paso de las tropas de la reconquista olvida la vanidad de su abolengo y se enloquece de amor por un oficial español. Con permanentes regalos de frutos y ganados de sus haciendas, la marquesa festeja al ejército del General Morillo. El corazón de doña María Isabel supera la mojigatería de esa sociedad provinciana y reclama en matrimonio al capitán Juan Antonio Imbrech (Noguera, 1979).

Otro aspecto importante de resaltar en el mito de La Marquesita es cómo se construyó el paisaje del territorio del bajo río Jorge y de la Mojana después de su muerte en el mito, en donde claramente evidencia que es el ganado con sus pezuñas el que va crear las ciénagas, caños y zapales.

Cuando falleció la Marquesita, se arremolinaron los ganados y las bestias emprendieron fuga (...) hacia las cumbres del “Corcovado”, donde la imaginación palúdica de los moradores del hatu ubicó los millares de cornúpetos, que al fugarse de sus pegujales abrieron el cauce del caño “Carate”, tributario

del río San Jorge. (Percy Vivero, 1942).

La versión mojanera del mito La Marquesita cuenta: era tanto su ganado que con su movilización transformó el relieve, formando caños, quebradas, zápales y ciénagas, como la Quitasó, el Bajo Pureza y la quebrada de la sangre [...] El día de su muerte hubo tormentas con truenos, ráfagas de fuego, se eclipsó el sol y se formó la ciénaga de la Sierpe con el girar de sus ganados en rededor de su mansión. (Secretaría de Educación, Departamento de Sucre, 1992).

Por consiguiente, la ganadería queda siendo bien vista en el territorio en donde el agua es su principal componente y de cierta forma evita cualquier tipo de resistencia. Esto ayudó a que el mito de La Marquesita se convirtiera en referente de identidad colectiva en el bajo del río San Jorge y Mojana, producto de la transición del cambio de uso del suelo que se va producir en el territorio de un modelo anfibio sostenible zenú de adaptación a condiciones geográficas, climáticas y ambientales a uno totalmente opuesto, marcado por un modelo económico utilitarista y sin límites en el uso de los recursos naturales, que pone en riesgo la milenaria cultura anfibia asentada en las subregiones.

### **Coda: diálogo entre La Mojana y La Marquesita**

Hoy, cuando los discursos económicos, ambientales, políticos y sociales se detienen para reflexionar y mirar las sendas andadas, urge también que se realice en los territorios este ejercicio de reflexión, pues la incertidumbre del futuro lo exige. Los problemas de las subregiones San Jorge y Mojana en el departamento Sucre apremian; los de carácter socioambiental asociados al cambio de uso del suelo, pérdidas de humedales y de biodiversidad y la contaminación de agua por metales pesados, entre otros, obligan a que La Mohana y La Marquesita dialoguen para encontrar soluciones ambientales y sociales que generen una transición socioecológica sostenible y así enfrentar el panorama incierto que advierte el cambio climático.

### **Bibliografía**

- Álvarez, I. (2017). El País de las aguas. Bogotá: Erika letra.
- Cobo Borda, J. (1995). Repertorio crítico de Gabriel García Márquez. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Del Castillo, N. (1994). Población aborígen y conquista 1498-1540. En A. (Méisel Roca, Historia Económica y Social del Caribe Colombiano. Bogotá: Uninorte.
- Eliade, M. (1991). Mito y realidad. Barcelona: Editorial Labor S.A.
- Fals Borda, O. (1979). Historia doble de la costa. Mompo y Loba. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Fals Borda, O. (1984). Historia doble de la Costa. Resistencia en el San Jorge. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- García Márquez, G. (1976). Crónicas y reportajes. Bogotá: Biblioteca Colombiana de Cultura.
- García Márquez, G. (1986). Todos los cuentos. Bogotá: Oveja Negra.
- Huertas, H. (2007). San Marcos del Carate. Historia social de un pueblo anfibio. Medellín: Lealon.
- Meisel Roca, A. (1998). Esclavitud, mestizaje y hacienda en la provincia de Cartagena 1.533-1.851. En G. Bell Lemus, El Caribe Colombiano. Barranquilla: Uninorte.
- Noguera, A. (1979). Episodios Históricos de Mompo: Dos Condes y cuatro Marqueses. Boletín Cultura y Bibliográfico Vol. 16. N°798.
- Ortiz, C., Pérez, M., & Muñoz, L. (2007). Los cambios institucionales y el conflicto ambiental. El caso de los valles del río Sinú y San Jorge. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Percy Vivero, C. (1942). *Leyendas olvidadas: Llanuras y Marquesado*. Río San Jorge Vol. 1.
- Plazas, C., & Falchetti, Ana María. (1981). *Asentamientos Prehispánicos en el bajo río San Jorge*. Bogotá: Litografía Arco.
- Plazas, C., Falchetti, A. M., Van der Hammen, T., & Botero, P. (1988). Cambios ambientales y desarrollo cultural en el bajo río San Jorge. *Boletín Museo Del Oro*, (20), 55-88.
- Ramírez del Valle, B. (2013). Mohanpó, la cuna de la Sierra. *Serie País Caribe*, 1-16.
- Ramírez del Valle, B., & Rey Sinning, E. (1994). *La Mojana. Poblamiento, producción y conflicto social*. Cartagena: Costa Norte Editores.
- Saldívar, D. (1997). *Viaje a la semilla*. Bogotá: Alfaguara.
- Secretaría de Educación Departamento de Sucre. (1992). *La Mojana Cartilla de alfabetización*. Sincelejo: Talleres de impresos del Caribe.
- Striffler, L. (1958). *Río San Jorge*. Montería.
- Ramírez del Valle, B. (2013). Mohanpó, la cuna de la Sierra. *Serie País Caribe*, 1-16.
- Ramírez del Valle, B., & Rey Sinning, E. (1994). *La Mojana. Poblamiento, producción y conflicto social*. Cartagena: Costa Norte Editores.
- Saldívar, D. (1997). *Viaje a la semilla*. Bogotá: Alfaguara.
- Secretaría de Educación Departamento de Sucre. (1992). *La Mojana Cartilla de alfabetización*. Sincelejo: Talleres de impresos del Caribe.
- Striffler, L. (1958). *Río San Jorge*. Montería.



*Trashumancia. El viaje del ganado de las sabanas al San Jorge y La Mojana.  
Fotografía del archivo de la Dra. Cecilia Gil Barvo*

# Anotaciones de la vida cotidiana toludeña bajo la pluma de las Hermanas Misioneras de Santa Teresita, 1942 – 1952

Por **José F. Álvis Rodríguez**

Desde su llegada a Santiago de Tolú, el día 20 de julio de 1942, las Hermanas Misioneras de Santa Teresita comenzaron a plasmar en un libro titulado “Diario de la casa de Tolú” el día a día de su proceder como comunidad religiosa y administradoras de un colegio. Así quedó consignado en un primer libro con información que va desde el 20 de julio de 1942 hasta el 31 de agosto de 1952. Son diez años de vida cotidiana abordados por el presente trabajo. Cabe aclarar que siguieron configurándose otros libros en los que se continuó consignando el día a día de la comunidad religiosa y el acontecer del pueblo.

Estos libros se convierten en un valioso documento de fuente primaria para la investigación histórica de Santiago de Tolú, debido a que a través de ellos se logra recrear la vida cotidiana del periodo intervenido, partiendo de que la comunidad de Hermanas Misioneras de Santa Teresita forma parte de la historia del pueblo y desde su relato se observa que imprimió su visión culta y una perspectiva holística.

El material proporciona fragmentos seleccionados de historias sucedidas en las fechas que han sido de impacto colectivo para Tolú. Esta recopilación se convierte en un documento de consulta de fuente primaria que a su vez aumenta el material de investigación del pueblo.

La Covid- 19 se convirtió en aliada para mí como autor de este texto, porque aproveché la cuarentena para leer de forma detenida fragmentos y fechas. Desde hace varios años poseía esta documentación, pero el tiempo el aislamiento me animó a organizar un material que suple el vacío de documentos y fuentes para la investigación histórica de Tolú, en especial, por el periodo estudiado y temas en particular. El relato se construye con fragmentos (fechas) seleccionados cronológicamente estos son:

**Enero 20 de 1942.** A las 5:00 p.m. llegamos las Hermanas Misioneras de Santa Teresita a esta población con el objetivo de fundar un colegio que redunde en la gloria de Dios y el bien de las almas. Nos recibieron en la casa de una de las interesadas por el colegio y después de comida, a las 7:30 nos trasladamos a la casa destinada para nuestra habitación. Un número considerable de señores y damas nos hicieron compañía hasta las 8:00 en que nos retiramos para descansar.

**Enero 24 de 1942.** En este día se hizo todo conforme al reglamento y se dio inicio a las matrículas.

**Enero 31 de 1942.** Se siguieron las prescripciones del reglamento. En las horas de la tarde llega la reverenda madre Fioles y la hermana Lourdes con el objeto de firmar el contrato del colegio.



**Marzo 19 de 1942.** Como no hubo misa en la parroquia, a las 6:15 a.m. fuimos a oír la en Tolviejo donde se celebraban las fiestas del patrono que también lo es nuestro, el glorioso San José. Pasada la Santa Misa salimos y nos dirigimos a conocer ese pozo que suministraba agua a todo el pueblo y conocimos unas cuevas que nos trajeron el recuerdo de los tiempos primitivos. Al regreso asistimos a la procesión y todos los que habían asistido a este acto permanecieron en el templo esperando el catecismo que les íbamos a dar. Para nosotras fue motivo de gran alegría, pues allí encontramos gente de ambos sexos y de toda edad, que atentos a nuestras enseñanzas mostraban la necesidad de esas almas.

**Mayo 27 de 1942.** La santa misa fue en este día en el colegio. En las horas de la mañana llegaron de Ovejas (6) seis hermanas teresitas con las niñas de su colegio. Para nosotras fue motivo de grande alegría ver entre nosotras a nuestras hermanas. A las niñas se le dio un sancocho en el patio, pero fue atención de las niñas del colegio del Socorro. A las tres de la tarde se regresarían a Ovejas.

**Junio 5 de 1942.** Después de oír la santa misa, enseguida fuimos con el reverendo padre a la casa de la familia Patrón a entronizar el Sagrado Corazón de Jesús.

**Agosto 12 de 1942.** La hora santa fue celebrada en la capilla de las hermanas. A las cuatro de la tarde fue la bendición del nuevo pabellón con el nombre de Jesús Nazareno. Se invitó a un grupo bastante grande de padrinos que asistieron con muy buena voluntad. El reverendo padre habló muy bonito de esa nueva aula que se habría edificado para ser allí el lugar donde las niñas del colegio iban a recibir la formación de las hermanas. En seguida se recogió la limosna que los padrinos iban a obsequiar.

**Octubre 7 de 1942.** En este día se dio principio al gran Congreso Mariano. La misa fue cantada y fue en el colegio, que por motivo de la lluvia no se pudo ir a la iglesia. Asistieron a ellas las niñas del colegio del Perpetuo Socorro, las niñas de la escuela pública y gran número de personas. En las horas de la tarde salió del patio del colegio la procesión de la Virgen de la Candelaria a cuyo triduo se dio principio en este día. Para mayor solemnidad se estrenó la bandera del colegio y el uniforme de gala de las niñas. Se recorrió una parte larga de la población con la imagen. Inmediatamente entramos a la iglesia, el reverendo padre hace la apertura del Congreso con un bello saludo a la madre querida, enseguida fue la renovación de votos.

**Enero 13 de 1943.** Después de la santa misa que la celebró el reverendo padre en la capilla fue la pasada a la nueva casa. Todo el día lo pasamos en puro trajín. Lo último que quedó para pasar fue el amado prisionero que está siempre con sus hijitas y no las quiere abandonar.

**Marzo 26 de 1943.** Este día nos fuimos a un paseo de día entero a Tolviejo con un grupo de 32 niñas del colegio y regresamos por la tarde.

**Mayo 29 de 1943.** Este día fue para nosotras motivo de grande alegría y de regocijo por la venida del excelentísimo señor obispo Miguel Ángel Builes, nuestro fundador. Nos fuimos al encuentro con las niñas del colegio algunos caballeros y señoras y señoritas de la población. En la salida de la población nos quedamos esperando a la sombra de un árbol. Eran las 11:00 a.m. cuando llega la chiva donde venía el Señor Obispo con las hermanas de Ovejas, el padre Caviedes y un grupo de señoritas que venían con

él. Después de haber llegado habló el señor don Clemente y luego se les dio un fresco.

**Junio 2 de 1943.** Este día las damas de la junta obsequiaron al señor obispo un helado. salida del señor obispo para Lorica con la hermana Inmaculada para hacer la visita canónica. El señor obispo se llevó a la madre Genoveva y hermana Consuelo y un grupo de niñas del colegio se fueron en un bote a Cispatá. Las hermanas que nos quedamos salimos al puerto a llevarlos al bote, luego regresamos con lágrimas en los ojos al ver partir a nuestro muy querido y amado padre sin saber ya hasta cuándo.

**Julio 25 de 1943.** Como de costumbre asistimos a las dos misas. La primera fue cantada en honor a Santiago. Hubo en este día algo muy doloroso y fue la profanación del templo de Tolú. Dicen que nunca había pasado semejante cosa. Rompieron las puertas para sacar el patrono del pueblo cuya fiesta se celebraba. Fue duro fue para nosotras y para mucha gente buena esta impresión. El reverendo padre se vio obligado a sacar del templo profanado al amado prisionero para nuestra capillita al llegar a la puerta y en carro el dueño del cielo y tierra para estar con sus esposas que lo consolaron y amarán. No sé qué sintieron nuestros corazones adoloridos con tan semejante traición; ¡qué bondad la de Nuestro Señor dejar que esa gente ebria por el aguardiente se entrara a profanar su sagrado templo y su imagen que el pueblo tiene por patrón y no castigarlos inmediatamente! Después que pasa todo esto el pueblo queda asustado y esperando el castigo porque era imposible que se quedara en silencio.

**Julio 26 de 1943.** La iglesia está profanada y por lo tanto no se oyen repicar las campanas. Todo es silencio. Ya no se celebra misa ni confiesan ni bautizan etc. etc. El padre viene solo a nuestra capilla a celebrar.

**Julio 27 de 1943.** En este día como a las 12:00 del día se nos llega nada menos que el arzobispo con su secretario a investigar los hechos ocurridos en este pueblo.

**Julio 30 de 1943.** Ya las campanas se oyen repicar, por lo tanto, es para nosotras motivo de grande alegría ya el señor obispo y el padre ya celebran en la iglesia, ya conforman, confiesan y bautizan ¡qué alegría!

**Febrero 20 de 1944.** Asistimos a las dos misas. No fuimos al catecismo porque había mucho desorden por las calles debido a los carnavales. Pasamos trabajando todo el día.

**Febrero 23 de 1944.** Después de haber oído la santa misa y de haber recibido la ceniza volvimos al convento muy pronto, pues iban a exponer el Santísimo en la capillita en desagravio de las ofensas recibidas en estos días de carnaval, así que aprovechamos para hacer el retiro y a las tres fue la bendición.

**Marzo 5 de 1944.** Dos misas y catecismo a las tres de la tarde y después a los barrios donde se hace mucho bien porque a las iglesia no van sino los del colegio y en la calle hay muchos niños ignorantes.

**Marzo 9 de 1944.** Hoy no hubo misa pues el reverendo padre se ausentó y como se llevó el armonio hicimos la hora santa sin cantos.

**Agosto 26 de 1945.** Era un día grande para la población, pues se iba a bendecir en este día una bella imagen de Nuestra Señoras de las Misericordias colocada en la entrada de la población. Llevamos el colegio a la santa misa a las 9:00 a. m.. Fuimos dos de las hermanas a la plazoleta para adornar la imagen. A las 4:00 p.m. se organizó el bello desfile con muchos festines y cantando himnos a la Santísima Virgen. Al llegar al templete pronunciaron bellos discursos a la madrecita. Las alumnas del colegio también presentaron un hermoso diálogo. Como eran las 6:00 p.m. tuvimos que retirarnos con las internas.

**Julio 25 de 1946.** Asistimos a la santa misa que fue a las 8:00 por ser la fiesta patronal de Santiago Apóstol, pero como había toros la iglesia permanece cerrada. Sin embargo, siempre hubo concurrencia a la santa misa y desde ayer vinieron los misioneros de Purísima para ayudar al reverendo padre.

**Octubre 24 de 1946.** Nos fuimos a la santa misa con el colegio y al regreso nos dijeron que ya nuestra alumna había entregado su alma al creador. Estuvimos todo el día preparándonos para acompañar su cadáver. A las 4:00 fue el entierro. El colegio asistió con todas sus banderas enlutadas. Las niñas están muy tristes y las Hermanas también. Es la primera alumna que se nos muere y era interna y una niña muy buena. Asistió casi todo el pueblo. La llevamos hasta el cementerio y nos devolvimos luego todas muy tristes.

**Diciembre 17 de 1946.** Como ahora son las misas de aguinaldo, nos levantamos apenas dan el primero que es a las 4:00. Rezamos las oraciones de la mañana y nos vamos a la iglesia. Salimos a las cinco y treinta. Al regresar rezamos el oficio.

**Febrero 16 de 1947.** La santa misa fue muy temprano. A ella asistieron las hermanas que les correspondía, la otra fue a las 8:00 a.m. y asistimos con el colegio. No salimos hoy a enseñar el catecismo porque hay carnavales y por lo mismo mucho borracho. El reverendo padre vino a darlos la bendición con la divina majestad.

**Marzo 16 de 1947.** Hoy fuimos a las dos misas que fueron muy temprano. No hubo catecismo porque es día de elecciones, por lo mismo no tuvimos tampoco bendición con la divina majestad.

Marzo 28 de 1947. (Viernes de Dolores) Asistimos a las dos misas y a ambas llevamos el colegio. Por la tarde asistimos a la procesión y llevamos a las alumnas.

**Abril 3 de 1947.** (Jueves Santo) Asistimos a las dos misas y las cantamos. El monumento quedó bellísimo, con un fondo adentro, una cruz plateada que encerraba al amado y todo rodeado de palmitas, pero este pueblo es peor que el judío y le hacen la pasión mal a Nuestro Señor. Por la noche se sublevaron, profanaron el templo, insultaron al reverendo padre y se llevaron la imagen de Jesús Nazareno del altar. Por este crimen atroz se terminó todo. El rey se quedó gimiendo por la ingratitud de sus hijos y la Semana Santa se terminó. Ya no hubo sino tristeza de los menos y cobardía de los más.

**Abril 6 de 1947.** (Domingo de Resurrección) Hoy tuvimos la alegría de volver a asistir a la santa misa. ¡Aleluya, rey querido! Dichosas nos sentimos al saber que aún a pesar del odio y los malos, sigues siendo el rey universal, resucita nuestras almas a una nueva vida de amor.

No dimos catecismo por los muchos borrachos. A las cuatro y media tuvimos la bendición con la divina majestad.

**Abril 16 de 1947.** Esta mañana tuvimos la gracia de la santa misa. El reverendo padre ya regresó, pero para devolverse. Así quiere mi Dios castigar a este pueblo infeliz espiritual y materialmente. Hoy salieron dos de las hermanas y la madre a pagar una promesa al Señor de los Milagros de la Villa de San Benito, para regresar pasado mañana. Las acompañaron algunas alumnas.

**Abril 18 de 1947.** Hoy también tuvimos la santa misa porque como la iglesia la profanaron, allá no puede celebrar el reverendo padre.

**Mayo 12 de 1947.** Hoy recibimos una carta del señor arzobispo donde nos dice en resolución que deja a Tolú sin sacerdote. Esto nos ha causado una grande tristeza, pero la aceptamos gustosas para expiar las maldades de este pobre pueblo, hasta que al Señor le plazca.

**Junio 3 de 1947** En la mañana recibimos un telegrama del señor obispo Builes en el que nos anuncia que llegarán ahora. A las 11:00 nos fuimos a esperarlos en el santuario de la Santísima Virgen a la entrada del pueblo, pero como a las 2:00 empezó a llover y nos tuvimos que venir sin verlo llegar. A eso de las 3:00 llegaron. ¡Qué alegría! Bendito seas esposo querido que vas sembrando nuestra vida de gracias sin medida. Vinieron a acompañarlo dos hermanas de Magangué. Por la tarde nos confesó a todas el señor obispo porque tiene intención de regresarse mañana a tomar pronto el barco que ha de llevarlo al Canadá. Por la noche nos hizo una conferencia llena como todo lo suyo de amor sobrenatural a nuestras almas y del deseo de vernos santas. A las 9:00 nos acostamos no sin antes darle gracias a nuestro amante esposo por sus finezas.

**Junio 28 de 1947.** Este día después de oír la santa misa se fueron las hermanas Lucrecia y Eugenia al kilómetro nueve a dar catecismo con varias alumnas. Fueron a casi todas las casitas de dicho caserío y notaron mucho entusiasmo tanto en los niños como en las personas adultas. Nuestro Señor permita se puedan hacer varios matrimonios.

**Julio 27 de 1947.** A las 8:00 hicimos en compañía de las niñas el trisagio a la Santísima Trinidad y el rosario a la Santísima Virgen. Las hermanas no pudieron dar hoy catecismo por estar en pueblo en las fiestas profanas en honor a Santiago.

**Julio 28 de 1947.** Durante este día se siguió el reglamento. La reverenda madre dispuso que hiciéramos de 9:00 a 10:00 de la noche una hora santa a nuestro buen Dios en reparación del gran pecado que se cometió hoy en este pobre y desgraciado pueblo: un joven de la principal de la población se suicidó. No se sabe el motivo, se envenenó con exterminio. Dicen que murió en medio de las convulsiones más grandes. Nuestro Señor haya tenido piedad y misericordia de esta desgraciada alma. Como que pidió el sacerdote e imploró perdón a Jesús Nazareno. Dios Nuestro Señor permita que el arrepentimiento haya sido sincero, pues su muerte fue muy premeditada.

**Julio 30 de 1947.** En este día recibimos telegrama de las hermanas de Magangué en el que nos

anunciaron la enfermedad de nuestro amado padre fundador, lo que hemos lamentado hondamente. Desde este mismo momento empezaremos a rezar por turno el Santo Rosario con el fin de alzar a nuestra dulce madre su salud. Con esta misma intención comenzamos una novenita a nuestra señora de las misericordias.

**Agosto 2 de 1947.** Durante este día se siguió el reglamento en todo. Varias de las hermanas salieron para Coveñas con el fin de hacer algunas entronizaciones del Sagrado Corazón de Jesús y también para la primera comunión de un grupo de niños que desde hace varios días haber estado preparando a algunas niñas de nuestro colegio.

**Agosto 19 de 1947.** En las horas de la tarde salieron hermanas San Carlos y Eugenia para Toluviejo con el fin de hacer una misión en este pueblecito que pertenece a Tolú en lo eclesial.

**Agosto 25 de 1947.** En este día llegaron las hermanas de la misión llenas de alegría y satisfacción por el copioso fruto de su labor cuya única meta es la gloria del amado. Hicieron 30 entronizaciones y dos matrimonios, uno de los cuales fue del señor alcalde, quien fue muy atento y delicado con las hermanas.

**Octubre 5 de 1947.** Asistimos a la santa misa. A las 2:00 hicimos el trisagio a la Santísima Trinidad. Por ser día de elecciones no pudieron las hermanas dar catecismo. En todo lo demás se siguió el reglamento.

**Octubre 8 de 1947.** Asistimos a la santa misa en la iglesia. Durante el día pasamos un poco ocupaditas pasando las cosas para la casa que en adelante vamos a habitar por ser propiedad de las hermanas.

**Octubre 26 de 1947.** Hoy solo hubo una misa. Hoy en la tarde asistimos a la procesión de Nuestra Señora del Rosario.

**Noviembre 4 de 1947.** Tuvimos la santa misa en la capilla. Hoy llegó el reverendo padre Velázquez quien fue elegido padrino de tesis de varias alumnas que recibirán su diploma el 6 del presente.

**Febrero 21 de 1948.** Hoy nos encontramos muy felices esperando al señor obispo. En las horas de la mañana nos fuimos en compañía de las alumnas donde la Santísima Virgen a esperarlo. Como a la una nos devolvimos viendo que no llegaba. A poco rato se nos presentó.

**Marzo 21 de 1948.** (Domingo de Ramos) No tuvimos misa pues el reverendo padre no piensa pasar aquí la Semana Santa. A las 8 y media rezamos en compañía de las alumnas el Santo Rosario y el trisagio a la Santísima Trinidad.

**Abril 9 de 1948.** Se siguió todo el reglamento. Por la tarde, cuando tuvimos noticias de los terribles acontecimientos, resolvió la madre que hiciéramos una hora santa en reparación de todos los estragos, blasfemias y sacrilegios y por la paz de nuestra patria. Las primeras horas de la noche la pasamos a los pies de Jesús Sacramentado pidiendo perdón y misericordia por tantos pecadores que le ofenden, también para estar listas para lo que pudiera ocurrir, pues el pueblo siempre intentó levantarse.

**Septiembre 14 de 1948.** Asistimos a la santa misa con el colegio por celebrarse aquí la fiesta del Santo Cristo. A las cuatro hubo procesión.

**Diciembre 2 de 1948.** Tuvimos dos misas, una fue en la capilla, la segunda fue cantada y de cuerpo presente. Murió el papá del reverendo padre Villanueva. Por esto asistimos al entierro, que fue después de la misa.

**Abril 15 de 1949.** (Jueves Santo) Entramos en retiro y todo el día lo pasamos adorando a Nuestro Señor. El monumento quedó precioso, recibiendo las felicitaciones del reverendo padre y del pueblo. Todas trabajamos con muy buena voluntad y amor.

**Junio 4 de 1949.** Asistimos a la Santa Misa. Fue este un día de gracias, pues tuvimos la dicha de pasar en compañía de Nuestro Señor expuesto para pedirle la paz de Colombia.

**Noviembre 26 de 1950.** Asistimos a las dos misas. La última, cantada por un grupo de niñas del colegio. A las 4:00 se dio principio a la sesión solemne en la cual dos recibieron su diploma de bachiller elemental y otras niñas recibieron su diploma de magisterio. Esto fue muy solemne.

**Febrero 8 de 1951.** Asistimos a la Santa Misa. Salimos dos hermanas para Sincelejo a hacer compras urgentes. Según orden recibida se avisó a los padres de familia que no se abrirían los cursos superiores, por el contrario con dos y tres niñas. En las horas de la tarde se presentaron algunos padres de familia a exigir se abrieran los cursos. Como la madre no salió, se dirigieron a la reverendísima madre.

**Mayo 30 de 1951.** Reglamiento ordinario. En las horas de la tarde salimos las hermanas con el colegio a la playa a recibir al excelentísimo señor obispo Tulio Ospina Salazar que llegaba de Coveñas.

**Junio 23 de 1951.** Se asistió a la santa misa y al entierro de la directora de la escuela de niñas.

**Agosto 10 de 1951.** No tuvimos hoy misa porque el reverendo padre se fue. Como digno de anotar, el fuerte huracán de anoche que derrumbó el techo de varias casas. Aquí tumbó el árbol de mamoncillo que había en el patio. Cayó sobre el aljibe y solo alcanzó a dañar parte de este y del corredor.

**Septiembre 16 de 1951.** Las misas fueron sumamente temprano, por ser día de elecciones. No hubo bendición con la divina majestad ni caminada.

**Septiembre 25, 26 y 27 de 1951.** En estos días hemos tenido una gran calma por la noche, debido a que el gobierno, atendiendo a una solicitud del reverendo excelentísimo señor obispo, hizo suspender los altoparlantes de los teatros que tanto nos perjudican en nuestra vida de comunidad y en nuestros rezos.

**Noviembre 11 de 1951.** Asistimos a las dos misas. A las 10:00 de la mañana se presentaron el señor alcalde y algunos señores a ponerse a la orden y a manifestar su deseo de ayudar a las Hermanas Misioneras para que la comunidad no se retire.

**Noviembre 12 de 1951.** En la mañana se llevó a cabo el examen de kínder y en la tarde empezaron los orales de colegio. Asistió un buen número de personas tanto en la mañana, como en la tarde. Nos han traído las señoras las copias de varios telegramas que han dirigido al señor arzobispo, a nuestro padre fundador y a la reverendísima madre pidiéndoles no cierren la casa.

**Noviembre 15 de 1951.** En la mañana se ensaya la revista gimnástica que presentará el colegio esta tarde. A las 4:00 se da principio al acto público con asistencia del reverendo padre y un buen número de personas. Después de la sesión solemne se queda un grupo de señoras, las cuales están preocupadísimas porque no les contenta nada y porque al día siguiente las hermanas empezaremos a empacar, ya que hasta el presente solo tenemos esa orden.

**Noviembre 16 de 1951.** Son las 7:00 de la mañana ya llegaron algunas señoras a preguntar para donde será mejor viajar, si para Bogotá a hablar con el señor arzobispo y el señor obispo Builes, que se hallan en conferencia episcopal, o a Santa Rosa, a hablar con la reverendísima madre. Les hemos aconsejado que viajen a Santa Rosa. De suerte que el avión de la mañana salió para Santa Rosa. Don Clemente Canabal, que va en representación de la Alcaldía, y doña Carmen de Lavalle, en representación de todas las señoras, a suplicarle a la reverendísima madre que no retire la comunidad.

**Noviembre 19-20 de 1951.** Hoy llegaron de Santa Rosa don Clemente Canabal y doña Carmen de Bustamante trayendo la grata noticia de que la reverendísima madre no retirará la comunidad si de verdad cumplen con lo que habían prometido, que fue ayudar a las hermanas en algunos auxilios.

**Agosto 31 de 1952.** Asistencia a las dos misas. Cuatro hermanas estuvieron en “El Nueve”, un caserío, con un grupo de catequistas en la primera comunión de algunos adultos y niños. Dos hermanas habían ido varias horas en días distintos a prepararlos convenientemente. Por la tarde, catecismo.



*Imagen de Santa Teresita del Niño Jesús .  
Fuente: <https://monticelo.org/casa-de-espiritualidad>*





# Los gaiteros de una tierra que huele alegre

Por **Armando Luis Rivero Manjarrez**

*“Los gaiteros son dulces y estoicos, casi graves.  
Altos de corazón y delgados de sueños.  
Nostálgicos y ligeros de lágrimas”.*  
*“Los gaiteros de un barro mezclado de música  
Eran tocadores de gaita larga y de penas cortas”*

José Ramón Mercado

## **Ovejas, la Universidad de la Gaita**

En los Montes de María, en el departamento de Sucre, a 277 metros sobre el nivel del mar, hay un pueblo aromado por sonidos ancestrales que cada octubre se engalana con los más excelsos músicos de gaitas que llegan de todos los rincones del Caribe y Colombia.

Ovejas, fundado en 1776 por Antonio de la Torre y Miranda, celebra cada año desde 1985 el Festival Nacional de la Gaita Francisco Llirene, certamen que es patrimonio musical y cultural de las tradiciones del Caribe colombiano, herencia de los pueblos primitivos que habitaron la región y que en el tiempo de la colonización se mezclaron con los valores culturales de los esclavos africanos que desde Cartagena buscaban su libertad adentrándose en la espesa y montañosa región de los Montes de María, donde se levantaron los primeros pueblos libres de América, llamados palenques.

En ese intercambio de saberes surge una nueva música que llega a nuestros tiempos con el aporte de la instrumentación indígena, representada en las gaitas y las maracas, y el africano, representado en sus tambores, que hoy Ovejas preserva, enseña y difunde como su tesoro cultural máspreciado, erigiéndose ante el mundo como la Universidad de la Gaita.

## **Los Gaiteros de Ovejas: la generación post festival**

Los Gaiteros de Ovejas son un movimiento que en su quehacer melódico representa sonidos ancestrales y autóctonos de la música rural y campesina de los Montes de María que hoy conocemos como música de gaitas y que, través del Festival Nacional de Gaitas Francisco Llirene y sus escuelas de formación, se logra preservar, mantener y difundir todo este acervo cultural que en sus orígenes fue relegado a lo religioso y pagano.

Estos jóvenes provienen de otros grupos que marcaron historia en festivales del Caribe colombiano, como el Grupo Tumbalí, Hermanos Ortiz y Son Vilut, entre otros. Se reúnen en el año 2007 para conformar una selección de músicos embajadores de la gaita de Ovejas en diferentes escenarios y latitudes del contexto musical.

Sus creaciones y recreaciones parten de la raíz musical que heredaron de viejos maestros de la tradición, como Atilano Barrios, Enrique y Cayetano Arias, Toño Cabrera, Sebastián, Alejo y Chango,

los Hermanos Mendoza, Francisco Olivera, Ismael Ortiz, Joche Álvarez y otros que la memoria y el tiempo reflejan en melodías sentidas de la región que han llegado a nuestros tiempos, algunas veces bajo la sombra del anonimato. Toda esta riqueza ancestral logra amalgamarse en un nuevo estilo cuyos sonidos se hacen únicos y se integran a una identidad que hace de Los Gaiteros de Ovejas una escuela de la música de gaitas de todo el territorio nacional.

Sus canciones no son más que recreaciones de temas antiguos, muchos de ellos procedentes de la tradición oral, así como algunos nuevos que por su calidad y autenticidad melódica y literaria logran enamorar a un público sediento de nuevos sonidos. Sus publicaciones se han dado en diferentes ritmos, como cumbias, porros, gaitas y merengues que son el resultado de la capacidad creadora de sus integrantes y de otros compositores del entorno gaitero.

Asimismo, han participado en giras, conciertos y trabajos discográficos con reconocidos artistas de otros géneros y formatos, entre ellos, la banda canadiense Arcade Fire y Bomba Estéreo de Colombia, que dio como resultado el remix Everything Now.

Los Gaiteros de Ovejas son jóvenes que, moldeados por los viejos alfareros de la gaita, llevan en su ADN la herencia y un legado que los convierten en los nuevos referentes y cultores de una música que nos representa desde sus raíces y nos hace únicos en un universo.

Viajamos a través de las historias de vida y obra de dos de ellos para entender su pasión y entrega a una música que llevan en los pliegues de su alma y constituye el elemento vital de su existir.

### **Henry Ortiz: la sembradura del tiempo nuevo**

Los patios de las casas del barrio San Judas amanecen aromados de música de gaitas y, a cualquier hora del día, de improvisados sonos antiguos y renovadas creaciones. Hipnotizan a los desprevenidos transeúntes, y como los cantos de sirenas de Homero, las gaitas paralizan a hombres y mujeres, cuyas miradas penetran el pasillo de la casa que lleva al fondo del patio donde Henry Ortiz agarra con sus manos artesanales las gaitas que acaba de fabricar. De forma magistral le saca viejos sonos que aprendió de Atilano Barrios; asimismo, interpreta las canciones de su padre, el gaitero Ismael Ortiz, y saborea melódicamente una de esas tantas composiciones que su espíritu joven ha creado como una alucinación bajo los atardeceres ovejeros y soñando por los caminos hacia el monte, como dijo el poeta José Ramón Mercado.

Henry Ortiz es un joven que ha hecho de la gaita su proyecto de vida. Las gaitas son la mejor herencia que ha recibido de su padre, quien desde pequeño le enseñó a fabricarlas e interpretarlas. Nació un 21 de junio de 1978 y toda su vida ha estado consagrada a ese oficio. Se inició en la gaita macho en 1989 con el grupo infantil Los Hermanos Ortiz, integrado por David en la gaita hembra; Wílmer Olivera en el tambor y Julio en el llamador. Lograron en el Festigaitas el segundo lugar en 1990, tercer lugar en 1991 y un primer lugar en 1992, ejecutando en ese año la gaita hembra.

En 1993 se reorganizan Los Hermanos Ortiz Aficionados, integrados por Ismael Ortiz padre en la gaita. Sus hermanos también participaron: Gregorio en el macho; Henry, en el tambor, Maldiris en el

llamador y Aura María en la tambora. Trasegaron de festival en festival atrayendo a grandes maestros a sus filas, como Félix Contreras y Fernando Séptimo Mosquera.

Con el pasar del tiempo Henry asume el liderazgo del grupo y se consagra con dedicación a la gaita corta, por lo que ganó el segundo lugar en el Festival de la Algarroba, en Galeras, en 1996 y 1997 y fue elegido como el mejor gaitero en el año 2002 en ese mismo certamen. En Festicumbiamba, de Cereté, obtuvo el primer y segundo lugar. En adelante, Henry va perfeccionándose en la gaita larga profesional y logra un tercer lugar en el Festival Nacional de Gaitas Francisco Llirene en 1997. En el 2001 es elegido el mejor gaitero y en 2008, esta vez usando el nombre de Los Gaiteros de Ovejas, logra un primer lugar. En 2011 logra el segundo lugar y el mejor en gaita inédita, con un tema titulado “Olor a flores” y en el 2013 gana otra vez el premio a mejor gaitero y gaita inédita con el tema “La Babosa”. En el trabajo discográfico de Marcos de la Ossa “Abriendo Trocha” graba su primera canción instrumental en ritmo de gaita titulada “La comba el palo” y la canción con letras “La vida es bonita” en ritmo de merengue:

*“La vida es bonita”*

*Hay las cosas que me agradan*

*De esta vida, sí señores*

*Es la melodía de gaita*

*Pero no te pongas brava*

*Mañana por la mañana (Bis)*

*La vida es corta señores*

*Y yo vivo es parrandeando*

*Porque un día yo me muero*

*Y otro quedará gozando (Bis)*

*Pero no te pongas brava*

*Mañana por la mañana (Bis)*

*Mujé, déjate de vaina*

*Ombe no te pongas brava*

*Que yo quiero amanece*

*En una rueda de gaita (Bis)*

*Pero no te pongas brava*

*Mañana por la mañana (Bis)*

Después en otros trabajos graba “La pitahaya” y “Olor a flores”. En el 2017, con Los Gaiteros de Ovejas y bajo la producción del varias veces ganador del Grammy Christian Catagno, productor de Bomba Estéreo y Sistema Solar, saca al mercado el trabajo “Pa' amanecé” donde graba con su gaita y de su autoría temas como “Pa' amanecé” y “Ramito e' bonche”.

Henry Ortiz es un gaitero completo y de tiempo completo. No solo es un compositor exitoso de música de gaitas, sino que también fabrica e interpreta los instrumentos que ahora viajan de la mano de músicos, estudiosos y aficionados por el país y el mundo. Cuando no está en su casa se encuentra en la sede del Festival Nacional de Gaitas enseñando a cientos de niños que cada año se inscriben en la Escuela de Formación para seguir el legado de este joven maestro, quien con un sistema de números y letras trata de simplificar para los estudiantes la forma de mover los dedos, cubrir y descubrir los

orificios en la gaita y la intensidad de aire que se debe impulsar a través de la misma para sacar melancólicos y alegres sonidos, pues a él, como a muchos, les tocó oír a los viejos maestros e intentar imitarlos. ¡Vea, escuche y haga!, era el método.

Por ello, Henry Ortiz, el joven de cabellos lisos, piel mestiza y rostro indio se ha convertido en “la sembradura de la gaita del tiempo nuevo, un golpe de viento alegre agobiando los amaneceres”.

### **Owen Chamorro Oyola, el Chiri, un pájaro de la montaña**

Por razones desconocidas que marcan los caminos de las personas, o tal vez por la idiosincrasia de un pueblo, donde los apodosos marcan la popularidad de sus inmortales personajes, un tío decidió llamarlo desde pequeño “El Chiri”. Quizás sería un apocope de chirrío, un pájaro cantor que llegaba a los patios de las casas, aromados por árboles frutales y estampados por la multiplicidad de flores coloridas que les regalaba el trópico.

En ese pueblo de antaño, de calles polvorientas y casas de palma y bahareque donde los niños salen a desafiar los aguaceros de octubre y a armar el jolgorio bajo las gotas heladas de lluvia, nació el primero de mayo de 1979 Owen Chamorro Oyola, el hermanito menor de Daisy, Andrea y Nadia, las chicas que revolucionaron la música de gaitas al conformar el grupo femenino Las Diosas de la Gaita. Grabaron, con la participación de él en la gaita macho, en el primer trabajo discográfico del Festival de Ovejas de 1996, cuatro temas: “la Negra Juana de la tradición”, puya de Rafael García Pérez, Jaramillo y de Mañe Mendoza, y “Luna Cumbiambera”, de Flor María González.

A la edad de nueve años, por insistencia de su primo Argimiro Carreño, en la escuela de gaitas Modesto Álvarez, del viejo Joche Álvarez, encontró en la gaita un instrumento desconocido y atractivo que lo marcó para toda la vida y despertó en él todos los sentimientos y pasiones que lo han convertido en un excelente representante, ejecutante y compositor de la música de gaitas.

Su primer instrumento se lo regaló su padre, Jorge Eliécer Chamorro, de la mano artesanal del viejo Toño Cabrera, de quien aprendió también a tejer las famosas mochilas ovejeras. De esos recuerdos que nunca se borran le llega el olor a cera revuelta con carbón quemado, de la varilla de hierro al rojo vivo que perfora el cuerpo de la pitahaya y cuyas cicatrices las cierran los magistrales dedos del gaitero, haciéndola parir melodías que mueven los cuerpos y enaltecen el alma.

De la mano del viejo Joche Álvarez y su escuela vivió sus primeras experiencias, anécdotas y correrías presentándose en cuanto evento los invitaban en la región e integrando el grupo Los Genuinos de la Gaita, en el que interpretó el tambor en 1991 y obtuvo el primer lugar en la categoría infantil.

Con el transcurrir del tiempo voló, como lo hace el chirrío, a conformar el grupo Tumbalí al lado de Nawi Blanco, otro reconocido gaitero. Con Tumbalí, en la gaita macho fue consolidando su adolescencia musical viajando por todos los festivales de gaitas y de corte folclóricos en Colombia. Eran jóvenes arriesgados, cuyas armas eran sus instrumentos y su talento innato, que se atrevieron a desafiar las circunstancias de un país que se desangraba irremediablemente, mientras ellos viajaban de pueblo en pueblo llevando con su música la alegría y la esperanza que nunca sucumbieron en la esencia de las

mujeres y los hombres ovejeros.

En el Festival Nacional de Gaitas de Ovejas comienzan a recoger los frutos de esos ensayos que a diario y a oscuras hacían para mejorar su técnica e interpretación. Así, en 1991 y 2001 obtuvieron el primer lugar en gaita larga profesional con Tumbalí. Como pájaro volantón que pica de flor en flor en el 2002 y 2004 se integró a Funzenú, con el que consiguió el segundo y tercer lugar en gaita profesional. En 2003 se integró a A Son de Montaña y obtuvo el segundo lugar, además del título de mejor gaita macho del Festival. En 2005 y 2008 se presentó con Gaimará de Barrancabermeja y logró el segundo lugar. En 2006 lo hizo con Candela del Folclor de Cartagena donde ganó el primer lugar. Después del festival y todavía embriagado emprendió vuelo. De la mano de Kevin Acevedo fue a parar a Barrancabermeja, esa tierra que lo había recibido antes en conciertos y talleres en sus viajes con Tumbalí y que lo acogería y lo formaría como tecnólogo en Higiene y Seguridad Industrial en la tierra de Gaimará y de Pio Molina, quienes abrieron sus puertas para que ese pájaro anidara y aprendiera a vivir eternos diciembres lejos del calor de su hogar para regresar en 2007 a integrar Los Gaiteros de Ovejas, grupo con el que logró el primer lugar en gaita profesional y el título como mejor Gaita Macho.

Como compositor, la musa le coqueteaba desde niño. Así como del diario vivir y de sus experiencias musicales y anécdotas comenzó a materializar e inmortalizar piezas de su inspiración para enriquecer el catálogo gaitero a través de los tiempos. Su primera canción surge cuestionándose sobre su capacidad para crear y dándose cuenta de que ella nace y además está ahí en la realidad esperando ser descubierta, en esos recuerdos que se llenan de melancolía y fluyen. Es titulada “Viejo pelo blanco” y se inspiró en el viejo Joche Álvarez:

*En la vida uno tiene recuerdos  
Como los que ahora les voy a contar  
Cuando llegan las noches en mi pueblo  
Las estrellas más se ven brillar.  
Me acordé de aquel rancho bonito  
Que en él, tambores yo veía colgao  
y escuché esa noche el Sancochito  
Que tocaba un viejo entusiasmo*

En su baño, como pájaro encerrado en su jaula, medita, canta y crea la mayoría de sus obras, como su segunda canción, “Parranda Gaitera”, finalista en la canción inédita en el Festival de Gaitas Francisco Llirene en 2009, en la cual teje sus versos con los nombres de gaiteros contemporáneos y viejos maestros a quienes pudo conocer en vida. En esa canción hace referencia a los que podía nombrar y a los que no y se excusó con una décima introductoria:

*Voy hacer un homenaje  
Para todo estos gaiteros  
Hay con versos decimeros  
Pa' que escuchen mi mensaje  
Y vean lo que aquí les traje  
En esta composición*

*También les pido perdón  
A los que aquí no nombre  
Y en ovejas estaré  
Pa' brindarle un trago e ron*

Quienes llegan a Ovejas para tiempos del Festival no pueden olvidar esa escena de paisajes y melodías, un sábado amaneciendo, las calles convertidas en ríos de gente bailando, miles de gaiteros interpretando la música de gaita, melodías que se confunden con las montañas cubiertas de neblina y un sol despertando para madurar las cosechas y quemar la piel. Es la llamada alborada que muy bien describe el Chiri en su canción “Las Gaitas en mi Pueblo”, ganadora del primer lugar en el Festival de 2010.

**“Las gaitas en mi pueblo”**

*En una noche preciosa y bonita  
Tocaba un gaitero su gaita ancestral  
Y al poco rato llega un machero  
Con maraca en mano la hacía repicar  
Y un golpecito marcado en el cuero  
De aquel llamador me empezaba a inspirar  
Y de aquel tambor se escuchaba un canteo  
Provocao por los dedos que bonita bozá*

**Coro**

*Esto es lo que sucede en mi pueblo  
Cuando llegan las gaitas  
Y esto es lo que sucede en mi pueblo  
En plena madrugá  
Ya nos cogía casi la madrugada  
Un bonito lucero yo veía brillar  
El que acompaña siempre la alborada  
Las gaitas en mi pueblo un bello despertar  
Con las goticas' e rocío en el sombrero  
La alegría de mi gente empieza a contagiar  
Cuando se escucha un grito parrandero  
Vivan los gaiteros empezó el festival  
Ya recorrida toda la alborada  
El gaitero en la plaza no deja e' tocar  
Con el reflejo del sol en la cara  
Melodías con chuanas es lo que voy escuchar  
Esta es mi gente mi tierra adorada  
El furor de su gaita siempre va a mostrar  
Esto es pasión y emoción compañero  
Es el pueblo que quiero Ovejas sin igual.*

En su repertorio de composiciones grabadas por el grupo Gaimará de Barrancabermeja y Los Gaiteros de Ovejas podemos encontrar porros, cumbias y merengues como “Pájaro de la montaña”, “Olores

frescos”, “Las gaitas en mi pueblo”, “Qué bonitos”, “Olor a tierra mojá”, “Una nota del alma en flauta de millo”, grabada en el proyecto del Ministerio de Cultura Maestros y juglares de los Montes de María.

En su repertorio inédito se encuentran muchas canciones de variados ritmos como paseos, porros, merengues, puyas, bailes cantaos, cumbias, boleros y vallenatos de títulos como “Pa' mi morena”, “Cuando bailas morena”, “Vivencias de mi pueblo”, “Amor de festival”, “Llora mi gaita de amor”, “Murió un gaitero”, “Siempre libre”, “Llega octubre”, “Cuando te recuerdo”, “Te busqué”, “Ya volvió la cumbia”, “Recordando maestros”, “Palito e' limón”, “Nicolasa”, “Lo que me compone”, “Viejo caminito” y muchas más que aspiran a ver la luz de un estudio para grabar la inspiración de este joven poeta.

### “Pájaro de la montaña”

*Como los primeros rayos del sol  
Que alumbran por mi ventana  
Ay, así mismo llegó tu amor  
Para meterse y alegrarme el alma  
Como el trinar del pájaro cantor  
Que dulce canta por la mañana  
Suéname tus melodías  
Cántame por la mañana  
Para que me alegre el día  
Pájaro de la montaña  
Allá onde Joche cogió el mochuelo  
En las Montañas de María  
Por esas lomas cantarte quiero  
Ay, como el ave cantaba un día  
Y que volando arriba en el cielo  
Jamás pensó que lo atraparían  
Suéname tus melodías  
Cántame por la mañana  
Para que me alegre el día  
Pájaro de la montaña.*

### Bibliografía

Mercado, José Ramón. (1996). Agua del Tiempo Muerto. Cartagena: Caballito del Mar.



Henry Ortiz

“El Chiri” Owen Chamorro



*Mochilas ovejeras*



# Sucre: un viaje desde la filosofía de la Sabana

Por **Navín Javier González García**

Solo queda la autoafirmación de época. Revelé la síntesis de lo aquí expresado con la sensatez precoz del relato del crimen perpetrado por Juan Pablo Castel, personaje de la obra literaria “El túnel”, de Ernesto Sábato, pero estas líneas son más la expresión profunda de un sujeto que vive en una cultura, población y entorno específicos que, en esa búsqueda intranquila de respuestas que derivan en una y otra pregunta, me lleva a los discursos apolíneos de Platón o a la mayéutica de Sócrates.

No sé cómo, pero terminé en mi librería personal leyendo la obra “El ser y el tiempo”, del alemán Martin Heidegger, publicada en el año 1927, que forjó una línea de pensamiento interesante al traer preguntas sobre el ser y el olvido del ser. Dicha reflexión inexorablemente penetra en mi subjetividad y mi cultura. De esta palabra (cultura), que tiene origen etimológico en el vocablo latino cultus que significa cultivo, forma que permite metafóricamente ser mencionado, deduzco que al elegirme me elijo a mí mismo.

Por definición apodíctica aterrizo en lo que soy ahora, porque parece que el ser que fue no es quien es, ni quien será, porque estamos en transformación constante. Jorge Luis Borges bordeó esa inquietud al decir que el ser existe sin espacio, pero no sin tiempo y no es capaz ni de imaginarlo sin él. En síntesis, el ser es tiempo y viceversa.

Sin embargo, hay algo que nos define por más que cambiemos. Pueden pasar las horas y las ideas, pero soy quien soy en ese momento y aunque lo físico puede moldearse, lo interior está siendo.

Para que todos estos elementos se naturalicen se necesita de la cultura y estar cultivando y cultivarse de nuestro alrededor. Cada sociedad e individuo tienen una posición hermenéutica que aporta a la construcción del patrimonio cultural. Hasta las palabras entran en los “juegos del lenguaje” de Wittgenstein y crean una significación especial en cada núcleo social. El discurso crea hombres. Es evidente la concordancia entre ser, cultura y lenguaje, el inefable potencial multicultural del mundo que, teniendo las mismas palabras, varían en su significado y utilidad y, por tanto, la forma de manifestación del ser.

Es importante para quienes pretendemos emancipar la conciencia de lo impersonal avanzar el análisis del valor de la palabra como representación del juego conceptual. Acudiré de nuevo a Borges en cuanto a aquella prodigiosa reflexión que pone de manifiesto la angustia emanada del lenguaje, ajustando su discurso a la fuerza descriptiva de la realidad y estética del mismo. Para llegar a ello y sus epítetos hay que transcurrir hipálages, ínfulas, redundancias y otros elementos más, buenos o malos, según quien emite el discurso. La palabra en sí misma guarda un poder formidable y no necesita juntarse con otra para describir la experiencia. El castellano trasciende con su riqueza.

Para aclarar este postulado, de nuevo Borges tiene un ejemplo. Es pensar en el primer ser humano que procesó y dijo la palabra luna, también en otros idiomas, yéndose al astro distante y redondo o en forma

de aro según la distancia contemplativa del hombre. Esa palabra basta para reunir toda una experiencia sensible y reducirla a una sola expresión. Así mismo, aquel poema del sucreño Cristo García Tapia, que tiene por nombre “Fugacidad”, encierra intrínsecamente un desarrollo sublime de la realidad, presidiendo la correlación palabra-mundo. No se necesita una prosa para acercarse a la estética porque una sola palabra contiene la estética en sí misma.

Ahora que señalé los cimientos de mi pensar lamento defraudar a las mentes que se ubicaron en el ambiente que describí por fuera de esta latitud. No soy un europeo eyectado de la época en la que se sustentan todos estos postulados, sino oriundo de Sucre, una tierra olvidada por el Estado, apuñalada por la corrupción, de naturaleza ganadera, con una magia única y de apariencia inmodificada por el tiempo. Es hija de departamento de Bolívar, con un poco más de medio siglo de también haberse convertido en departamento, bañada por el mar del golfo de Morrosquillo e integrada por 26 municipios, incluyendo su capital, Sincelejo. En esta realidad se construye la esencia de las acciones, casi que en un acercamiento a la poesía y el caos.

Miles viven con la intención de viajar y conocer el mundo, pero no por abandonar el pedazo de tierra, que es también nuestro pedazo de alma. Ir a la región de los Montes de María es encontrarse con lo más sensible del ser humilde, no desde lo económico sino desde lo humano. Es ver un horizonte lleno de alegrías, pasión inmutable y arte impoluto.

Los municipios de Chalán y Colosó brindan historias sin fin transmitidas por la tradición oral y acompañadas de hermosas cascadas con un clima propio, diferente en el resto de las Sabanas, Mojana, Golfo o San Jorge. Es un lugar que se debe visitar y más cuando el cambio climático arrecia con vehemencia. Los municipios de San Pedro, Buenavista y Sincé brindan el paisaje más hermoso de la sabana. De tradición campesina y con una pujanza permanente, sus gentes están abiertas al diálogo, a ayudar y a ser amigas como condición superior. Aquí, los caballos, vacas, pájaros y toda la naturaleza juega con la perfección de lo real y el pensar metafísico fluye sin esfuerzo. Inspirarse no cuesta nada y reflexionar en medio de la tranquilidad también brota sin obstáculos. Es entrar en esa Colombia rural y macondiana. El golfo de Morrosquillo se divisa cuando las olas entran y salen de la tierra toludeña, como bailando, e inspiran a cualquier sujeto que desee expresar el amor, el Caribe o simplemente quedar en pasividad.

Coveñas, uno de los más jóvenes municipios de Sucre, emerge entre su sol penetrante y su mar limpio y lleno de colores que pinta el cielo con tonalidades diferentes. El San Jorge no se queda atrás y la Mojana y San Onofre menos al tratar de alcanzar la descripción de su belleza, pero siento la necesidad de comunicarlo, es casi una obligación moral. Las masas escribirán estas descripciones hambrientas de autoafirmación.

En ese contexto se desarrolla el ser y una multiplicidad de momentos concretos en el marco de una condición social y entornos que definen paradigmas de conciencia, pero a pesar de ello hemos olvidado lo que somos. No por capricho o dejadez se llegó a ese olvido, porque al penetrar en la historia del continente en los siglos XV y XVI se evidencia la significación de un genocidio físico y cultural contra

la población nativa para favorecer a la Corona española. Por tanto, surge siempre el interrogante: ¿día del descubrimiento o día del genocidio? No entraré en esa discusión.

La etapa de la Colonia implicó también la deconstrucción de unas realidades y normalización de otras. Por ejemplo, al dios sol y la madre tierra los reemplazaron la espada y la cruz y el oro y otros metales valiosos, espejos; la dignidad por la deshonra y el lenguaje nativo por el imperial.

Este giro total en nuestra cultura y visión del mundo lo sucedió la esclavitud, vil forma de someter a la raza negra. Este esquema social matizó la cotidianidad hasta el siglo XIX. Es cuando occidente ratifica el esquema del pensamiento y se olvida del ser que fue para entrar al que es hoy. Con este dechado acentúo la idea de que hemos aprehendido otras formas de ver el mundo, pero eso ha impedido que se muestren los rasgos definitorios de nuestra condición, en gran parte, porque no se asumió un compromiso con la protección de la identidad.

Imagino que en algún rincón de la Divina Comedia hay espacio para esos actos. Al tiempo de este panorama, los seres que habitan las tierras sucreñas, entre ellos mi persona, tienden a generar discusiones de tipo metafísico. Paseamos en campos abstractos y uno de esos es el amor, disertación que toma variadas posiciones, pues se ve a veces como un tema poético, otras, científico o una cosquilla en el estómago, todo depende del cristal con que se vea, como decía el poeta español Romeo de Campoamor.

Lo particular sobre el amor es que se piensa en muchas formas posibles. Los griegos, como Platón, lo pensaban desde un contexto histórico distinto al filósofo francés Jean-Paul Sartre. Somos seres de época y dependemos de la sociedad que nos rodea, la clase social, la geografía o la religión para percibir el amor.

Parece que el amor tiene que ver con el poder porque en cada roce humano existe necesidad de dominación y se establece esa relación sujeto- poder, pero ¿se debe pensar al amor en este plano? Considero que es una clase de amor anómalo que no representa pureza sino que se vuelve comercial, en el sentido de que se ejerce un control sobre el otro y se cobra un interés.

También se le observa desde el enfoque reproductivo, a pesar de que la ciencia moderna con sus avances tecnológicos ha proporcionado control a esta calidad. Así mismo, en la sociedad actual se ve a la clonación y la inseminación artificial como una variación del modelo natural de conformación de una familia. Entonces, si no es un asunto reproductivo o de poder ¿desde dónde lo debo pensar? Lo pienso desde la pérdida, un dejar de ser para penetrar en otro mundo y entregarme, todavía sabiendo que todo puede caer, sustituir o intentar suprimir cualquier contenido, para encajar en el modelo de ser que alguien desea. Por lo tanto, se ejerce un poder que domina cada movimiento. Cuando el uno se encuentra con el otro que cree ser su vida entera no se piensa que ese sujeto está sujetado.

Expreso esta limitación como lo que cada uno es, interpretando el mundo desde concepciones, producto de situaciones vividas que enseñan a reaccionar a actos de forma prevista. También está la idea de a quién amar y cómo quiero que sea, pero cuando no encaja entro a dominar e intento transformar. La locura de amar es, por lo tanto, un acto desbordado de compasión por el otro que muestra su debilidad,

pero aún así y contrariando toda lógica en la naturaleza humana, no accedemos a poseer o dominar, sino que perdemos cuando una fuerza, quizás más allá de la física, nos domina y quedamos sin hacer nada. Nos entregamos al ser del otro siendo conscientes de que vamos a dejar de ser.

Eso es Sucre, una mezcla indescifrable de sentimientos, ideas, experiencias y motivos que se abren en el globo y que pretenden desafiar la utopía, aunque ese desprendimiento no es total, pues la identidad con la tierra está presente en las conclusiones que deducimos de cada hecho que vivimos.

Para Nietzsche no hay hechos sino interpretaciones. Respaldo su tesis y considero que en la mayoría de casos no interpretamos sino que nos interpretan. Otro punto neurálgico es cuando se rompe la afirmación cultural al importar otros esquemas estructurales e individuales de convivencia distanciándonos de lo que somos como región, nación o grupo social. Según el escritor loriquero David Sánchez Juliao, la felicidad de ser lo que somos consiste en nuestra pureza humana, aquello que el periodista y escritor de San Bernardo del Viento, Juan Gossaín, llamó con orgullo el ser corroncho, un emblema que cita el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua como escamoso, originario o auténtico.

El corroncho es la representación virginal de un ser noble con raíces bien acentuadas en la tierra que no logra deshacerse de esa característica ni al exiliarse en el olvido. El corroncho afirma su identidad, matiz que por más que se oculte se denota en la pluma sucreña, llena de poetas y literatos.

Causa curiosidad lo peyorativo del término corroncho y hasta se asocia a insulto o agravio, lo que rompió fronteras regionales. Es una triste forma de usufructuar la expresión, un móvil que entorpece el desarrollo natural del concepto y enajena una cultura. El maestro y sociólogo Orlando Fals Borda fue más allá y desafió el designio del enviciado orden político administrativo limitado en el marco de la representación cultural e identidad.

Con certeza, la salida está en la autoformación sobre lo que somos. Ese es el reconocimiento de un contenido que damos a la existencia, por consiguiente, no hay aventura superior que ingresar en la trama del contenido sobrevenido en el hombre, especialmente, de las tierras legendarias del departamento de Sucre.

Lo descrito pretende sustentar la premisa de que la acción es la herramienta contundente para metamorfosear la materialidad. En palabras corronchas: solo está en las manos de los que habitamos este pedazo de mundo el cambiar la realidad.

Siglos atrás el alemán Ludwig Feuerbach soportó once tesis en breves notas. La última expresaba: “no han hecho más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”, símil de “La metamorfosis” kafkiana. Aquí señalo que aun cuando parece que el texto en algún punto no guarda una textura sí un profundo mar de reflexiones que, observadas desde un panóptico, reflejan la necesidad urgente de la afirmación de la identidad. Es la necesidad que alumbra un sendero hacia la conclusión de que somos, y soy, el resultado de lo que otros hicieron y no hay viaje más profundo que el realizarlo a nuestro interior.

El retrato paisajístico muestra lo que los sentidos perciben: un árbol, un niño, los animales, es decir, todos los entes posibles, pero hay una pregunta que no hemos logrado responder y es ¿qué somos?, no desde describirnos como cosa o ente sino como ser. Es posible que no podamos responderla, porque el ser humano no habla el lenguaje del ser sino el de las cosas, pero la autoafirmación cultural nos acerca a la respuesta.

Este texto puede tener múltiples interpretaciones, citas llenas de sentencias que tienen el propósito de inquietar, disparidad en la conexidad de las ideas por párrafos, pero la manía de soltar a diestras la memoria y la herencia del surrealismo, no permite detener la pluma cuando evacuo las ideas.

Invito a develar el contenido que damos a la existencia y transformar la realidad en virtud de sus requerimientos históricos. El departamento de Sucre no es solo un baluarte paisajístico, es un icono del pensamiento caribe y colombiano y tiene una filosofía propia y autónoma, enraizada en el viaje a su esencia fundacional.



*Paisaje de la Sabana Sucreña*

Fuente: <https://altomira.co/2016/03/15/departamento-de-sucre/>

# Deconstrucción del imaginario universal en la literatura de Gabriel García Márquez. El departamento Sucre: el Macondo ignorado

Por Iván Arrázola Merlano

Días de Cuarentena, junio de 2020

*“No hay en mis novelas una línea que no esté basada en la realidad”*

Gabriel García Márquez

Una historia que muchos quizás conocen, pero de forma distinta, porque cuando es contada a retazos, confundida de forma deliberada o por indiferencia, se desvirtúa, se descontextualiza o se ignora, es precisamente la que ha sucedido con el departamento de Sucre en relación a la vida de Gabriel García Márquez. Se está entregando un mensaje alterado del acontecer histórico de un pueblo o territorio, lo que hace necesario revelar, exponer y revalorizar para todo aquel que quiera enterarse de ella e incluso en el imaginario mismo.

La falta de investigaciones rigurosas y legítimas sobre lo vivido por Gabriel José de la Concordia García Márquez durante su permanencia en el departamento de Sucre y su relación con la tradición oral, cultural musical y el entorno de la Mojana sucreña, Caimito, Sincelejo, Sincé, Sucre, Majagual y San Marcos, lo que tuvo mucha influencia en él y su obra, no ha sido conocido y reconocido como debería.

Se destaca lo que vivió por estas tierras entre los 12 y 21 años, tiempo de amistades, fiestas, paseos, parrandas y corralejas, ese paso de la niñez a la adolescencia con todas las implicaciones socioculturales, psicológicas, sexuales, físicas, de saberes y aprendizajes que vive todo ser humano en ese lapso entusiasta e impulsivo. Estos aspectos seguramente son de extraordinaria importancia y asombrosa revelación para lo que puede experimentar un adolescente en el desarrollo de su personalidad y sirvieron de sustento primigenio para el perfeccionamiento de lo que sería Macondo y su realismo mágico.

A partir de esta historia prácticamente desconocida sobre Gabo y el hoy territorio sucreño se puede inferir una predisposición para con lo nuevo, una capacidad de asimilación de cuentos, vivencias, experiencias y relatos de lo que era en ese momento y aún hoy es un territorio oculto y casi olvidado para el resto del mundo y en especial el mundo garciamarquiano.

Es por esto que mostrar y demostrar que el Macondo y el realismo mágico de García Márquez no solo fue fruto de la imaginación, supersticiones e historias escuchadas de su familia materna y vivenciadas en Aracataca, sino que en no menor medida también de sus experiencias vitales con su familia paterna,

de los cuentos y narraciones extraordinarias escuchadas hasta el cansancio de su padre y de las personas de provincia en el viejo Bolívar Grande, hoy departamento de Sucre, en donde permanecen como patrimonio inmaterial de la oralidad y las tradiciones. Son cuentos, mitos y leyendas de esta comarca de las cuales se nutrió en sus años de adolescencia, ríal de las edificaciones que habitó y de personas que compartieron con él, algunos parientes y amigos que todavía habitan estas latitudes.

Se hace entonces obligatorio señalar de manera innegable que lo que García Márquez experimentó en su habitar y convivir por este territorio también lo marcó de manera indeleble en su ideología y escritura, lo cual es notable y palpable al transponer a su manera vivencias, cuentos, leyendas, mitos y sucesos vividos en carne propia que sucedieron en esta comarca.

Para comenzar, llega este compartir de la historia olvidada, oculta o quizás desconocida por falta de investigación y divulgación, por lo tanto, inédita para muchos, sobre el acervo biológico y cultural que tiene el hoy departamento de Sucre en la vida y obra de nuestro premio nobel de Literatura y que ha permanecido en el anonimato para la gran mayoría de sus lectores universales que desconocen esta etapa de su vida.

Gran parte de los hechos que acontecieron en este territorio fueron creando, recreando y poniendo de manifiesto en el imaginario de un joven toda una cultura, cosmovisión, costumbres e idiosincrasia, transformándolos en escritura creativa en un mundo mágico que existe, quizás sin darnos cuenta, en cada uno de sus habitantes. Bien lo expone Acuña (2018):

Gabriel García Márquez, quien durante su niñez y juventud tuvo una vida casi que nómada, nutrió su imaginación en cada uno de los lugares por los que pasó y estuvo, y con cada una de las personas con quien interactuó y compartió momentos. Desde sus primeros años en Aracataca, pasando por Sincé, Sucre-Sucre, Zipaquirá, Bogotá, Cartagena, Barranquilla, Paris, Valledupar y México con sus respectivos viajes y peripecias, Gabriel García Márquez acumuló una serie de imágenes y vivencias que contribuyeron a formarlo como escritor. Y es precisamente en esta trashumancia en la que el territorio del hoy Departamento de Sucre con todas las singularidades culturales y dinámicas sociales le ofreció todo un universo inspirador que potencializó su talento.

El departamento de Sucre, mucho antes de su creación, ya estaba influyendo en la vida de Gabriel García Márquez, aún antes de su nacimiento. El fundamento de esta afirmación lo comparte Saldívar (2014) en la biografía “El viaje a la semilla”, cuando manifiesta que su bisabuelo, Aminadab García, un campesino andariego nacido en 1834, oriundo de la población ribereña de Caimito, por cuenta de la trashumancia bovina llega a Sincelejo donde se une en amoríos con María de los Ángeles Paternina Bustamante, nacida en 1855, lugares estos del otrora Bolívar grande, hoy municipios del departamento de Sucre. De esta unión, como lo atestigua De la Ossa (2016), surge Argemira García Paternina, quien nace en 1885 en Caimito y fallece en Sincé en 1950, según certificado exequial No. B42903, de la Parroquia de Sincé.

Se van así ligando sitios sucreños de donde se nutre la vida de Gabriel García Márquez, y es en Sincé donde Martín (2009) indica que por la unión entre Argemira García Paternina y Gabriel Martínez

Garrido se da lugar al nacimiento de Gabriel Eligio García Martínez, padre de Gabo, el 1 de diciembre de 1900 y fallece en 1984 en Cartagena. Lo anterior demuestra que el origen territorial de García Márquez por línea paterna está asociado al hoy departamento de Sucre y que ha sido poco estudiado y difundido por los biógrafos y estudiosos de la vida del nobel.

Y aquí comienza otra etapa de la historia sucreña relacionada con García Márquez muy importante porque permite expresar que ese 1° de diciembre de 1900 nace el telegrafista de Sincé que luego trabajó en Aracataca, el que considera su terruño, donde aprende el arte de la telegrafía, como nos lo manifiesta Élder de la Ossa (2016) en su libro “Orígenes ignorados de Macondo”. No entendemos por qué el nombre del padre del nobel no aparece como una figura que influyó en la percepción de su hijo. Sabemos que Gabriel Eligio era un fabulista extraordinario, inventaba y contaba historias con una naturalidad increíble y se las narraba a sus hijos hasta aburrirlos, como lo relata De la Ossa (2016), además del decir de las gentes que lo conocieron en San Luis de Sincé. Era un conversador compulsivo, asimismo, interpretaba el violín con indiscutible maestría y era un lector consumado y ejerció la homeopatía con prestigio.

Por esta conexión territorial procedentes de Barranquilla arriban a Sincé en diciembre del año 1936 Gabriel Eligio, Gabito y Luis Enrique, como la avanzada para su traslado a esta tierra al año siguiente a la casa de balcón corrido que todavía se levanta imponente en una esquina de la plaza principal de Sincé.

A decir de Carlos Martínez Simahan, en el prólogo del libro “Orígenes ignorados de Macondo”, cuando Gabito y Luis Enrique llegan por primera vez a Sincé fue como si se les abrieran las puertas de un nuevo mundo lleno de novedosas aventuras. Los numerosos primos y amigos de la misma edad les enseñan las faenas habituales de la muchachada de provincia y aprenden las distracciones y juegos de los niños de este pueblo y de esa época, como divertirse montando burro, pescando y jugando en sus calles polvorientas.

Esta “nueva escuela de vida”, como llama el mismo Gabo, a su estadía en Sincé en “Vivir para contarla”, se ratifica años después cuando ya siendo un estudiante de derecho en Bogotá, aún mantiene amistades sinceanas, en especial, la de Jorge Álvaro Espinosa, quien por esas calendas se convierte en su mentor en el arte de la escritura y cuyo juicio literario consideraba Gabo como imprescindible para saber si era o no un buen narrador. Dijo García (2002):

Jorge Álvaro Espinosa, un estudiante de derecho que me había enseñado a navegar en la Biblia y me hizo aprender de memoria los nombres completos de los contertulios de Job, me puso un día sobre la mesa un mamotreto sobrecogedor, y sentenció con su autoridad de obispo: “Esta es la otra Biblia”. Era, cómo no, el Ulises de James Joyce, que leí a pedazos y tropezones hasta que la paciencia no me dio para más. Años después, me di a la tarea de releerlo en serio, y no sólo fue el descubrimiento de un mundo propio que nunca sospeché dentro de mí, sino además una ayuda técnica invaluable para la libertad del lenguaje, el manejo del tiempo y las estructuras de mis libros. (...) Mi ansiedad mayor era por el veredicto de Jorge Álvaro Espinosa, cuya navaja crítica era la más temible, aún más allá de nuestro círculo. Me quedé petrificado por el único juicio que podía impresionarme tanto como el de Ulises (seudónimo de Eduardo Zalamea Borda).



Pero más allá de las sabanas del departamento de Sucre, también está la Mojana y específicamente la población de Sucre, a donde Gabriel Eligio y su familia arriban en noviembre de 1939 y en la cual vivieron durante 12 años. Es en este municipio donde muere Tranquilina Iguarán en el año de 1947. En el decir de Gabo (2001) “lo que me convirtió a Sucre en una población inolvidable fue el sentimiento de libertad con que nos movíamos los niños en la calle, en dos o tres semanas sabíamos quién vivía en cada casa”.

Y es también Sucre a donde se va a refugiarse y a recuperarse de una pulmonía y recibe de sus amigos de Barranquilla una caja de cartón llena de libros, veintiséis para ser exactos, los que devoró en una hamaca en el patio, bajo los palos de mango. Estos libros fueron escogidos con el único propósito de aprender a escribir.

Es en Sucre donde escucha hablar de la imagen mitológica de La Marquesita de la Sierpe. McGrady (1972): “En este mundo de La Sierpe se desmontan los arrozales desde la hamaca, y se manda una culebra a través de muchas leguas de tremedal para dar muerte a un enemigo”.

También se hace conocedor de la inmensa fortuna de la Marquesita y demás poderes como el de tener el don de la ubicuidad lo que le permitía estar en varios lugares al mismo tiempo.

McGrady (1972) expresa que La Sierpe es “un país de leyenda dentro de la Costa Atlántica de Colombia” y agrega Acuña (2018) la curiosa inspiración que produjo en Gabo La Marquesita de la Sierpe, personaje mitológico de las ciénagas del San Jorge y La Mojana de la cual escribiría el nobel en 1954 una de sus más celebradas crónicas incluida en “Crónicas y reportajes”:

(...) La Sierpe, un país de leyenda dentro de los límites de Sucre al que sólo podría llegarse por tremedales humeantes... Pronto me llevé la sorpresa de que todo el mundo en Sucre conocía la existencia de La Sierpe como un hecho real. A última hora descubrí por casualidad que el maestro en el tema de La Sierpe era mi amigo Ángel Casij. Entonces, supe todo lo que podía saberse de la Marquesita, dueña y señora de aquel vasto reino donde se conocían oraciones secretas para hacer el bien o el mal, para levantar del lecho a un moribundo”: “Vivir para contarla. (p 339- 340)

Es en la hoy Mojana sucreña donde Gabo conoce de María Amalia Sampayo de Álvarez, matrona de la población, y cuyo funeral impresiona al nobel, por su ostentación, usual para personas de su importancia en esos pasajes territoriales, pero increíbles para una que no estuviera empapada de la cultura de la región y que junto con la idea de la Marquesita toma como inspiración para su cuento “Los Funerales de la Mamá Grande”.

Acuña (2018) indica que con sus amigos de adolescencia, de tocar guitarra, de dar serenatas y de corralejas realiza un recorrido “fiestero”, por llamarlo de alguna forma. Este periplo que haría en 1948 por varias poblaciones del San Jorge y la Mojana donde seguramente Gabo nutrió aún más su imaginación al presenciar cientos de interesantes escenas que luego transformaría en cuentos y relatos fantásticos en sus obras. “Siguiendo el itinerario de las fiestas patronales de La Mojana y El San Jorge, María Alejandrina Cervantes y sus muchachas en compañía de Gabo, José Palencia y Cayetano Gentile

recorrieron las corralejas de Majagual, Guaranda, San Marcos y Caimito”. (Saldívar, Dasso. “Viaje a la semilla”, de Ed. Planeta, p. 277).

Martin (2009) relata que en Magangué conoce a Mercedes Barcha, también de ascendencia sucreña porque estaba emparentada con los Velilla Barcha, familia radicada en Sincelejo desde hace muchos años, pero Apuleyo (2005) aporta que es el mismo Gabriel García Márquez el que aclara que en ese mismo año de 1945, en las fiestas patronales en Sucre-Sucre, cuando realmente la conoce. “En los tres bailé siempre con la misma pareja. La saqué a bailar la primera noche sin tomarme el trabajo de preguntar quién era, ni hija de quién. Me pareció tan sigilosa que en la segunda pieza le propuse en serio que se casara conmigo”, como relata en “Vivir para contarla” (p. 229)

Isidro Álvarez (2007) en su obra “El país de las aguas” explica que “(...) la gran presencia del país de las aguas en toda la obra narrativa de Gabriel García Márquez, la constituye la marcada influencia de la tradición oral propia del mundo mítico de los hombres hicotéas”.

Cuando decide a los 16 años irse a estudiar a Bogotá, nuevamente referentes del territorio sucreño aparecen en forma providencial en la persona del sincelejano Adolfo Gómez Támara, que para ese entonces, en el año 1943, era el director nacional de becas y le obsequia el libro “El Doble”, una de las obras más extrañas y desconocidas de Dostoievski.

Saldívar (2014) expone que en ese viaje se conocieron mientras Gabo escribía un bolero para su novia en el barco que los llevaba a Bogotá. Días más tarde se topó con Gabo mientras hacía una kilométrica fila en la puerta del Ministerio de Educación Nacional. Tal encuentro con el joven bolerista más que sorpresivo le parece divertido y lo lleva a su oficina, le hace el examen personalmente, le otorga la beca y el cupo y le recomienda el Liceo Nacional de Varones de Zipaquirá, cerca de Bogotá, como lo relata el nobel en “Vivir para contarla. “(...) entonces supe que era el doctor Adolfo Gómez Támara, director nacional de becas del Ministerio de Educación. Fue el azar menos posible y uno de los más afortunados de mi vida. Me sirvieron café y me inscribieron sin más trámites”. (p.180)

La influencia de las sabanas y la Mojana sucreñas siguieron acompañando al nobel que construyó una sólida amistad con los hermanos Víctor y Filadelfo Urueta Velilla, sincelejanos, con quienes compartió en el internado en Zipaquirá.

Hasta aquí se evidencia de manera contundente cómo la vida misma de Gabriel García Márquez es también una realidad mágica por la gran cantidad de acontecimientos y eventos que toman ribetes sorprendentes que se asemejan en mucho al realismo mágico de sus escritos y que solo podrían aceptarse con el mismo beneplácito con el que se reconoce que “los hijos de los Buendía nacerían con un rabo de cerdo o que una persona tenía la barriga llena de micos”.

Ya vendrán mayores y mejores informaciones recopiladas diligentemente y bajo la lupa de un proyecto riguroso de investigación histórica realizado por personas interesadas en que se consienta el despertar de una región en torno al saber de la vida y su obra de uno de sus descendientes.

Hasta la fecha no se ha logrado una cohesión de los interesados en estos asuntos en nuestra región para lograr visibilizar a manera de investigación y con rigor científico la vida de Gabriel José de la Concordia García Márquez en el departamento de Sucre y la relación de lo vivido en este con su obra. Hay egos que dirigen a algunos que prefieren el bien individual al colectivo y que castigan y perjudican a todos, incluso a los poseedores de la verdad.

No cabe duda que existe todavía mucho que averiguar y escudriñar en municipios como San Juan Bautista de Caimito, donde todavía perviven parientes de Gabo, lo mismo que en Sincé y por supuesto en Sucre. Hay mucha tela que cortar, mucho por recorrer y demasiado por averiguar sobre la permanencia de Gabo en estos lugares. Queda la inquietud de que si los interesados en estos menesteres quieren trabajar en equipo o seguir por la senda del individualismo y el egocentrismo. El futuro y la historia lo dirá.

### Bibliografía

- Acuña Castellar, Frank. El departamento de Sucre en la configuración de Macondo. Sincelejo. 2018
- Álvarez Jaraba, Isidro. El país de las aguas: revelaciones y voces de La Mojana en la vida y obra de Gabo. Sincelejo: Multigráficas, 2007.
- De la Ossa Suarez, Élmer. Orígenes ignorados de Macondo. Sincelejo: Multigráficas, 2016.
- García Márquez, Gabriel. Vivir para contarla. Bogotá DC. Editorial Norma, 2002.
- García Márquez, Gabriel. El olor de la guayaba: Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza/Gabriel García Márquez, Bogotá: Editorial Norma, 2005.
- Martin, Gerald. Gabriel García Márquez: una vida. Bogota, D.C.: Random House Mondadori, S.A., 2009.
- Recuperado de McGrady Donald - Boletín del Instituto Caro y Cuervo, 1972 - bibliotecadigital.caroycuervo.gov.co
- Rojas Herazo, Héctor: El hombre de Macondo y otros textos. Libro electrónico Colección Roble Amarillo, Universidad del Norte, 2015.



*Casa del balcón corrido, en donde vivió Gabriel García Márquez en Sincé, de la cual habla en sus memorias Vivir para contarla  
Fotografía del archivo de la Dra. Cecilia Gil Barvo*

# La tierra del sin sentido en el pasado, presente y futuro de su cultura

Por **Julián Enrique Beltrán Méndez**

Aún recuerdo cómo se apaga la luz del sol, un opaco moribundo decadente congeniado con la brisa, un calor que se disfraza de sudor y que me acompaña en cada gota, mientras me acostumbro al observar a las gentes, las del sin sentido. Me hallo en un parque abismado por la eterna monotonía de Ovejas, Sucre, lleno de una riqueza poética irrisoria. En cada esquina, barrio y calle veo a un personaje, ese mismo que conoce su historia.

Al llegar en 2017 a esta bella tierra a mis 16 años, me enfrenté a un pueblo con una tranquilidad poética. Al principio me hallaba fastidiado, cansado por estar en una ciudad como Bogotá, llena de edificios, de gentes como autómatas, casi como si se tratase de Tiempos Modernos, de Chaplin, y pasar a un pueblo vivo dentro del silencio, vaticinándose entre los cuentos de cada esquina, de sus viejos y de la música de gaita de fondo.

Mi historia comenzó en aquel lugar poético e inspirador de citas románticas, la Biblioteca Pública Hugo Luis Salcedo, al lado del parque principal. Gustaba de sentarme a leer libros en las bancas aprovechando el fresco de la tarde. Observaba cómo la gente me miraba extrañada, tal vez porque el significado de la acción de leer libros en los parques no era algo normal. Consistía en el deseo de un joven por romper la monotonía de un pueblo.

En aquel mismo lugar conocí por medio de un amigo, que era el entonces presidente de la Plataforma de Juventudes del pueblo, a Aníbal Gabriel, un joven profesional de la Universidad de Atlántico, que me acompañó durante muchas tertulias al parque, con otro amigo, Germín Wílchez, sociólogo de la institución. Entre tantas charlas y libros llegó la conversación sobre el proyecto del Ministerio de Cultura Expedición Sensorial de Montes de María, que consistía en retratar vivencias de un pueblo congeniado en la profundidad de su naturaleza, obtenidas en recorridos desde la zona urbana hasta los corregimientos.

Él me extendió la invitación para participar en ese proyecto. Yo, un joven promiscuo en los campos culturales y con deseo de entender más sobre la historia de este pueblo directamente, dije que sí.

La cita fue a las seis de la mañana en la entrada del pueblo, encuentro un poco macabro porque en el mismo sitio queda el cementerio. Al llegar me encontré con los demás acompañantes: una pareja de jóvenes de un corregimiento cercano, del casco urbano mi amigo, y el presidente de la Plataforma de Juventudes, entre otras personas. Éramos un total de 15.

Nos servimos de un poco de café caliente, lo suficiente para quemar la lengua, tomar aire y soplar brevemente, hasta que el líquido cediera y poder beberlo a gusto. Al llegar a aquella carcasa de metal,

nos dirigimos al primer corregimiento que conocí y así, sin más y sin darme cuenta, ya había recorrido gran parte de Montes de María. Había conocido sus casas, suelos y paisajes. Como si se tratara del pincel de un creador que era más niño que hombre, estaba interesado en retratar la belleza de la imperfección, coloreando cada casa de colores vivos, alumbradas por el sol al posarse sobre ellas y mostrando las grietas. Quería ver a sus gentes caminar, reuniéndose a preparar un buen mote de queso, típico de San Rafael, verlas jugar sobre la arena e ir a sus tantas iglesias. En Canutal, las vi pasarse las tardes corriendo hasta La Peña y comer una buena pava de ají con yuca. Escuché aquellas historias sobre esa cultura aún viva que retratan los cuáqueros, descubriendo figuras y baldosas de una sangre indígena regada todavía en las venas de sus millares de habitantes.

Al ver a esas gentes comprendí realmente que Ovejas, Sucre, es una tierra sin sentido. Vi el surgimiento de un pueblo a la intemperie y con el deseo de salir adelante; pasar de un ayer que fue de más de mil quinientas trabajadoras tabaqueras y un campesinado retratado hoy con la pérdida de este cultivo insignia, el tabaco, al intento con su orgullo de volver aquella cultura de la gaita en la nueva fuente de progreso de esta tierra que logra encontrar su sentido en un estatus sin sentido.

Comprendí entonces la importancia de fortalecer aquella cultura ancestral heredada de padres indígenas en la recuperación de un pueblo por sus vivencias. Aquellos viejos están entrando, igual que el retorno del manto nocturno en sus noches, a su segunda infancia. Ahí vi que lo que habíamos logrado con Aníbal tenía un significado más profundo: la recuperación de una cultura que nunca se había perdido, solo se había desconocido, porque somos propensos por aquel ciclo natural de ser partes de un retorno constante, como lo vio Nietzsche en el nacimiento de un pueblo y en la muerte de sus padres, volviéndose consuelo el retrato de las historias de sus viejos. Así que tomar aquella sabiduría y volverla una fuente de inspiración para las nuevas generaciones se convirtió en la meta principal a la hora de escribir sobre este bello pueblo.

Después de dos años, aparte de mi adolescencia Ovejas tomó mi corazón. Vi el fin de este proyecto. Me quedó claro al verme de nuevo en aquel parque con Aníbal tomándonos una gaseosa que vivía en un sin sentido. Inspirado en la obra de Albert Camus, “El mito de Sísifo”, observé a sus gentes caminar frente a mí hasta que un hombre mayor con un bastón y cojeando se sentó en una banca y observó el paisaje. Me vi en ese hombre, sus experiencias más allá de un pueblo, sus sueños siendo parte de este conglomerado que llamamos sociedad, de esa masa que vio Ortega y Gasset en su rebelión y del pretexto de una tarde fresca para salir a caminar su pueblo, porque era suyo. Aquella tierra que lo vio nacer y lo soltó con sus canas a este mundo no tenía ningún sentido más allá del sonido de su música gaitera, pero no tenía por qué tenerlo, ya solo bastaba con él en aquel rincón del parque, sin cadenas y sin penas, mostrándose y viendo a un grupo de niños jugando en el parque, porque ellos algún día serían igual de grandes y capaces.

Aníbal y yo nos vimos asombrados de que todos los días el viejo había estado allí, pero solo hasta que recorrimos aquellas tierras pudimos comprender el significado de su presencia. Al terminar la bebida, partí a mi casa sintiendo desde entonces un compromiso más allá de un deseo de lograr, con aquel conocimiento, hacerle entender a los ovejeros el tesoro que tienen. Más allá de este cliché, el tesoro se

encuentra en sus jóvenes y en aquellas almas viejas interesadas en comprender las vivencias de un ayer que se ve como el manto fresco y azul de un mañana de lo que puede ser Ovejas.

Me quedó claro que Ovejas es su gente más que su tierra. Mis tardes de visita a aquel parque continuaron, pero con menos frecuencia. Me sentaba a charlar con las nuevas amistades que tenía. Me di cuenta de que si llevaba un libro la mayor parte de las veces se acercaba un curioso, en especial, niños, aunque nunca hubo distinción de jóvenes ni señores mayores. De los tantos que se ponían de esquina a esquina a echar cuentos preguntándonos sobre los libros, yo les instaba a que fueran a la biblioteca. Todo esto hasta que un día un joven de un metro con noventa y tres de estatura se me acercó mientras caminaba, me miró y me preguntó si podíamos hablar y le dije que sí. Comenzó a preguntarme por el libro en mis manos. Era “La nación soñada”, de Eduardo Posada Carbó. Al terminar la plática, que fue corta, me contó que era gaitero. Lo miré con asombro y le pedí que se trajera el instrumento. Me ofreció un recital al son del paisaje que se ponía más expresivo bajo el palo de caucho gigantesco que dejaba caer sus ramas dándonos sombra.

De ahí nació una amistad que me llevó a enamorarme de aquel orgullo del ovejero, su música. Lancé una pregunta fundamental: cuál era la unión de la tierra del sin sentido con el pasado, presente y futuro de la gaita. De una manera detectivesca, como en el inicio de “El amor en los tiempos del cólera”, de García Márquez, busqué descubrir el porqué de esa cultura, que era indispensable dentro de la tranquilidad de su pueblo. Así que mi amigo Hernán Velásquez, el joven alto señalado anteriormente, me dijo que si quería responder aquellas preguntas tenía que hablar con el maestro y padre del Festival Nacional de Gaitas. Decidí ir a lo seguro aprovechándome del pasado, presente y futuro, y me nació redactar la siguiente columna que publiqué en La Otra voz, que a mi parecer, retrata todo lo que yo quiero expresar.

### **Pasado, presente y futuro de la gaita**

La tarde adormecía a mi vista. Me hallaba frente al maestro Joche Álvarez, (nombre de pila), que narraba de una manera vívida, tanto que me permitía tocar con mis ojos aquel Ovejas que ahora solo existe en la nostalgia de su memoria, el pasado de la gaita de una forma intrínseca y propia del mundo etéreo. Su figura, es la que comenzó junto al maestro José Antonio Cabrera lo que conocemos en el presente como el Festival Nacional de Gaitas, convergiendo en el ahora con su hijo que, como es costumbre en estas tierras, tiene el nombre de su antecesor y además le heredó el talento. Fueron alumnos ambos del maestro Hernán Velásquez Meriño.

El maestro Joche Álvarez me contó cómo en ese ayer él, cuando tenía ocho años y estaba junto a su padre en una finca en pleno Montes de María, en el hoy corregimiento de Almagra, en una noche fría escucharon a su hermano mayor, Modesto Álvarez, y un primo, Leonardo Paredes, tocar aquel instrumento que lograba un sonido particular y que se le quedó incrustado en su mente. Ese pito, esa chuana no podría olvidarla. La escuchaba en el paisaje mientras caminaba. Pensó en aquel momento que la gaita era el mayor emulador de la música de seres como los mochuelos que abundan en esta región cuya veneración es legado de los indígenas. Junto a su hermano y su primo se convirtieron en los mejores acompañantes de cada velación que había en el pueblo, como si aquello se tratase de emocionantes cruzadas por seguir con ese amor por la música de sus bisabuelos.

sin miramiento. Todos podían ir a adorar al santo, claro si tocaban la gaita, bien fuera Alejo Mendoza, los Luna o los Mercado. Cuando el santo estaba a disposición por la tarde lo recibían con música de aquellos pitos, hembras y machos. Y no solo se trataba de una excusa para comer chicharrón y beber ron blanco de Cartagena, sino de algo mayor: la fe de los gaiteros.

Junto a su amigo Toño Cabrera comenzaron a darse cuenta de que la gaita tendría un papel importante en las próximas generaciones. De ahí nació la idea, junto a otros dos maestros, Alejandro Pineda y Domingo Rodríguez, de crear un evento del cual aún no tenían nombre. Mientras contemplaba la noche, el maestro sentía cómo lo llamaba aquella tierra como si de Asunción Silva se tratase. Aquella brisa fresca, ese silencio que era necesario que fuera roto por un golpe al tímpano por la gaita, se volvió en un hecho necesario y trascendental, que en sus palabras le parecía macabro, pero de gran significado.

Aquel hombre, hoy octogenario, es la conexión principal de un pasado lleno de bosquejos y de un presente con su enseñanza impartida a su hijo Joche Álvarez junior. Puedo sentir ese olor a tabaco, escuchar los sonidos afuera de la casa y de las personas caminando y ver un padre y un hijo junto a más los niños reunidos tocando aquel instrumento. Hoy es en el presente vivo de su padre, su construcción poética y su rasgo particular de mantener el legado en aquellas notas peculiares, indistintas y autóctonas.

Cada vez que el hijo interpreta, lo hace con canciones del padre y sale a flote, como el despertar del mochuelo, aquella emoción que alumbran sus ojos.

### **Presente de la gaita**

Hoy, cuando pensamos en un referente que haya consolidado las escuelas de la gaita en Ovejas, Sucre, tenemos que hablar del también maestro Joche Álvarez junior, que ha expuesto en Universidades, como la del Rosario y los Andes, los valores de esta música ancestral. Entre sus composiciones costumbristas muestra una imagen conservadora, como un hombre concebido en las casas del pueblo de estructuras republicanas y coloniales. Me queda claro en sus palabras que esa cultura y esa identidad no son solo de tres días de festival, sino que debe seguir construyéndose para que prevalezcan al pasar de las generaciones y en los corazones de lo que él llama terruño. Puedo ver también a Joche junior acompañado de muchos niños a pie descalzo en medio de tardes calientes, tocando las piedras y el pavimento y volviendo siempre a la casa de sus maestros. Puedo describirlo como un centro de enseñanza con un deseo de algún día impartir en las escuelas ovejeras una cátedra sobre la gaita.

Cuando le pregunto a Joche junior sobre el futuro tiene claro que el legado de los gaiteros pasados y presentes va más allá de la magnitud del Festival Nacional de Gaitas, donde en cada edición compiten todos contra los ovejeros. Hace una pausa y me dice que me tiene un nombre para tener en cuenta. Es un joven blanco, de un metro con noventa y tres centímetros de altura, nacido en Cartagena de Indias, pero de familia ovejera, que desde sus doce años hasta sus diecinueve ha vivido en Ovejas. Se trata de Hernán Velásquez Meriño, estudiante de cuarto semestre de Ingeniería de Sistemas y ganador con su grupo Raíces Gaiteras en todas las categorías del Festival de Gaitas, con excepción de la profesional. La conexión que existe entre Joche junior y Velásquez Meriño se da gracias al deseo del segundo de aprender y fortalecerse más en este campo artístico. Impresiona bastante como cuando era un niño

de doce años, tal como le pasó a Joche junior, se enamoró de la gaita al escuchar ese sonido. De ser el peor de treinta y siete alumnos se ha convertido en expositor del futuro de la gaita. Ganó en la categoría infantil con lo cual emocionó mucho a padre e hijo Álvarez al verlo interpretar la canción “No me llores muerto” y se convirtió desde entonces en una gran promesa de este arte.

Los tres reflejan un pasado, un presente y un futuro que existen por la necesidad de un pueblo de ir más allá de aquella cultura que hoy llamamos la música de gaita.

Aquella relación entre mi tierra del sin sentido, que es Ovejas, y aquella cultura de la gaita, está más allá de las vivencias con narrativa poética de un joven y su gente, que es el centro de inspiración de mis letras. Cuando me preguntan por Ovejas se me viene a la mente el verde de aquellos árboles que se abren paso a mi vista que observa años de soledad posarse sobre montañas, cantos a los arroyos de tibio color transparente que desaparecen en lo profundo de la monotonía y casas pintadas de todos los colores que dan el brillo de la vida que no fragua en la soledad de sus hombres.

En la entrada de este pueblo una imagen de la Virgen es cargada de rosas rojas. Se ha vuelto una costumbre. Seres en hamacas y sillas observan el atardecer y se dejan llevar por su segunda infancia. El manto celeste llena de arrugas a los sabios y en aquel parque veo el palo de caucho en su esencia diurna posando para los años. En aquel lugar de antaño ese palo de caucho, con flores colgando como mujeres recitando, es música de aquella que no se escucha sino que se contempla. Es una caricia del tronco que vive en las diurnas de la melancolía.

Esta tierra sin sentido carga la gaita como el padre a su hijo. Es la intención de un futuro con música y libros en el parque, con jóvenes artistas con un común denominador: ser, con su pasado, presente y futuro, el sin sentido con más sentido de esta tierra de olvido.



## Del autor

Julián Enrique Beltrán Méndez nació el 18 de diciembre del año 2001 en la ciudad capital de Colombia, Bogotá. Su padre es Miguel Enrique Beltrán Teherán y su madre es Gloria Esperanza Méndez Acero. Ambos son trabajadores sociales.

Estudió en la Institución Educativa Salitre Suba en la ciudad de Bogotá, donde se convirtió en el cabildante más votado, consiguiendo un total de 1 500 votos a la edad de 15 años

Debido a motivos de carácter personal se trasladó al municipio de Ovejas del departamento de Sucre, donde reside su familia paterna y donde actualmente vive. La estancia en Ovejas lo ha llevado a obtener el título de gestor cultural de este municipio, participando así de forma activa en los proyectos que le competen por su papel, entre ellos, el recorrido por los Montes de María.

Cabe destacar que ha liderado el movimiento de juventudes en el margen de la política en este mismo municipio, protagonizando la toma cultural de la Ley 1622, donde distintos jóvenes se hicieron partícipes de dicho acontecimiento y fueron informados sobre esta ley.

Actualmente, es estudiante de quinto semestre del programa de Derecho en la Corporación Universitaria del Caribe, donde también se ha visto inmerso en el programa de las Naciones Unidas - Cecar - MUN y además es columnista del periódico La Otra Voz, donde cada martes da a conocer su opinión referente al departamento de Sucre

# Viaje a las entrañas de la identidad

Por **Alfredo Ricardo Guerrero**

Se hace imperioso surcar los caminos del tiempo para encontrar nuestros orígenes y reencontrarnos con la esencia de nuestra nacionalidad. En esa ruta llegamos a lugares y hechos que marcan la construcción de la historia y la identidad de un departamento que como Sucre son alimentadas por la espiritualidad y quehaceres culturales que lo muestran de una manera singular ante el país. Está inundado de leyendas, manifestaciones artísticas y ancestrales, de lugares, tradiciones y costumbres, con gentes apegadas a la frescura de sus montes, al calor de sus ríos y ciénagas y a la vista majestuosa del mar, de temperamento festivo y alegre, trabajadoras y aferradas a lo que se puede extraer de la relación del hombre con el medio. El sustento de esta reflexión no es mostrar en detalle los aspectos sociales, políticos, económicos y geográficos de nuestro departamento, sino conmover el sentido crítico de las nuevas generaciones frente a las puntadas primigenias que han construido nuestra identidad e historia, desde luego, teniendo como protagonista al departamento de Sucre como integrador de Colombia y de América y que sirva para generar claridad conceptual sobre la necesidad de defender nuestra identidad cultural referenciando hechos que inciden en esa misión social, con profundidad crítica y reconstructiva.

Cuando nuestro continente no se llamaba América, los habitantes, plenos dominadores del territorio, poseían costumbres, vida social y capacidad de transformación con modelos propios. Eran libres y dueños y señores de su destino. Sin conocer con certeza el nombre que le daban a su tierra, su existencia se desarrollaba de acuerdo con necesidades y sueños que se tejen en el discurrir de los pueblos, como el gran pueblo zenú, primer poblador de Sucre. Deducimos entre sus vivencias periodos de conflicto y paz y estos eran, más que un concepto vivencial, uno bien concreto.

Al llegar el conquistador trajo consigo la suplantación abrupta, aunque no total, del modo de vida aborigen. La lengua, las estructuras sociales, políticas y económicas y las creencias religiosas sucumbieron ante la invasión del pueblo ibérico, que hacía rato venía entrenándose en la misión expansionista con una gran experiencia guerrerista y bélica. Esas circunstancias históricas y el potencial militar eran fuertes ventajas sobre el poder de defensa de las comunidades indígenas, estas últimas acostumbradas a dirimir sus conflictos con métodos inspirados en el instinto natural y usando elementos de guerra propios del medio. Estas se encontraban con debilidad física, estratégica y táctica para defender sus territorios y preservar sus riquezas, representadas en minerales valiosos y bellezas naturales, que despertaban los deseos de exploración, explotación y saqueo del invasor que, con años de ventaja, se impuso y sepultó los valores sociales, económicos, religiosos y culturales del indígena.

Posesionados sobre la guaca (América), a la cual llegaron, según los historiadores por equivocación, comenzó la debacle de la identidad de los antiguos pobladores. Se perdió la pureza étnica, adquirieron a la fuerza una nueva percepción del cosmos (mundo); los avances científicos se truncaron y los adelantos en la medicina, la agricultura con sentido de conservación ecológica, el manejo cuidadoso del medio y

las manifestaciones artísticas fueron influenciados y modificados en sus estructuras y procedimientos.

Surgían en América las primeras formas de revisionismo y la penetración sistemática y violenta a la cultura de un pueblo que era una gran comunidad humana que avanzaba en la ley natural de transformar a este pedazo de universo en concordancia con los tiempos. Después del arribo de los españoles y concretada la conquista y saqueo a este territorio, que después se convirtió en Colombia, persistieron complejas situaciones sociales y políticas en la Colonia, caracterizadas por la implementación del modelo de estado español con sus ramas de poder público oficial.

La arbitraria administración de nuestros bienes redujo al pueblo nativo a la indignidad y a un estado de indefensión e impotencia, llevándolo a la desmoralización, caso particular ocurrido con el pueblo zenú. Aquí, los españoles contaron con el apoyo de la tribu de los caribes para exterminar a los zenúes, pertenecientes a la gran familia Arawak, que está considerada como uno de los grupos aborígenes más avanzados. Su desarrollo cultural, político y económico se evidenció en el sobresaliente manejo de la hidráulica, materializado en la construcción de un eficiente sistema de canales que llegó a cubrir 650 000 hectáreas, de las cuales 500 000 estaban en la zona de influencia del río San Jorge y 150 000 en la del río Sinú y que funcionó durante 200 años. Hablamos de la muy conocida región de la Mojana, conformada por territorios que hoy pertenecen a algunos municipios de Sucre, Bolívar y norte de Antioquia, muy sufrida por cierto, por los problemas generados por las inundaciones, muy a pesar de los avances científicos y tecnológicos y la utilización de maquinaria de la más alta concepción mecánica. Ha sido un problema insuperable, algo que contrasta con el manejo dado a la región por los zenúes, que la habitaron durante mucho, tiempo, en virtud de las condiciones de fertilidad de esas tierras, fecundas y prodigiosas en grado sumo para el desarrollo de la agricultura y por consiguiente para la producción de alimentos.

La apertura de canales sucesivos y alternos permitía la irrigación amable de las aguas. El tratamiento amistoso de los zenúes a las impetuosas corrientes tenía una respuesta en el mismo sentido. El nativo jamás contrarió o pretendió detener el flujo de aguas, como en forma equivocada ocurre hoy día. Los hacendados de la zona de San Marcos, Majagual y Guaranda, con el ánimo de ganar terreno para pastar sus dehesas, buscan siempre taponar las bocas de esas corrientes lo que origina el desvío de los cuerpos de agua que terminan por anegar territorios poblados.

Entre tanto, la cultura zenú que referenciamos y de la que somos sus descendientes cosechó en su trajinar artístico significativos aportes: el sombrero vueltaio, la música de gaitas, tejidos y medicina tradicional, esta última convertida hoy en soporte de la llamada medicina alternativa. Asimismo, aportó a la culinaria criolla, de lo cual se mantiene aún el gusto por el huevo de iguana o los bollos, además de la alfarería y la orfebrería. De esta última se destaca el hallazgo en el paraje situado entre el Cerro de Almagra y las sabanas de Vilut en el municipio de Ovejas en el año de 1987 por la extinta Junta Regional de Cultura de Sucre, cuyo presidente de la época era el doctor Manuel Huertas Vergara, de una pieza fabricada en tumbaga (aleación de oro y cobre) que muestra un mohán indígena zenú ejecutando una gaita larga, figura que testimonia que en el departamento de Sucre y en especial el municipio de Ovejas desde tiempos remotos se ha cultivado y difundido el género musical de la gaita.

Todos estos elementos arraigados que permanecen vigentes de forma agónica y enredados en las fauces de la aculturación continúan cabalgando en los lomos de nuestra nacionalidad y son fundamentos testimoniales que están convertidos en insignias que nos identifican en el universo.

Esta mirada retrospectiva es para dejar en claro el papel protagónico de la mirada de las comunidades indígenas al proceso de construcción del país. Sabemos que la llegada alocada del hombre ibérico y después, el suceso inhumano y vergonzoso de traer brutalmente a los nativos de la exuberante África nos condujo a enmatrimoniarnos y prohijar el mestizaje cuyas expresiones los etnógrafos las determinaron en mestiza, mulata y zamba. También se mezclaron las mociones espirituales, los quehaceres económicos y culturales y todo aquello que hoy representa nuestra condición triétnica, que bien puede ser tetraétnica en razón de la innegable influencia árabe que comenzó en el siglo XIX.

Así como los indígenas y negros lucharon por reivindicar sus derechos, hoy se necesita que las conciencias despierten para evitar el decaimiento de la cultura como fuente del saber colectivo. No basta izar una bandera o realizar desfiles para mostrar un supuesto “amor patrio”, se requiere una actitud formativa desde las instituciones educativas que posibilite el conocimiento de los procesos históricos y su incidencia en la vida nacional partiendo del ámbito local y regional. Se necesita que las políticas culturales reciban del Estado más apoyo para fortalecer la promoción y el fomento de las artes, que se puedan cumplir los planes estratégicos y desarrollar una verdadera política de salvaguarda patrimonial. Por ello, este documento se enfoca en la conceptualización de la identidad cultural en cuanto a la problemática de desarraigo y aculturación por modelos externos, de lo que Sucre no está exento.

Nos dirige evocar algunos juicios del sociólogo Édgar Rey Sinning: “el primer elemento a tener en cuenta es el carácter triétnico de nuestro pueblo, y como sostén de la identidad, somos el fruto de tres etnias culturales y racialmente diferentes”. Así, el aborígen, el blanco y el negro configuraron con su aporte lo que el antropólogo Darcy Ribeiro denomina el “Pueblo Nuevo”, aunque los valores de los europeos aparezcan más que los otros y se consideren como más relevantes. Ahí, donde encontramos influencias africanas y aborígenes, también las hay españolas y no podemos afirmar lo contrario en todos los casos.

La problemática de la identidad cultural concita a mirarla desde la historia de los hombres y los pueblos. Estos se van afirmando en la lucha por consolidarse como libres y autónomos. Todo esto debe entenderse en el marco de la práctica social del ser latinoamericano y la identidad cultural que implica el deseo inconmensurable de ser uno mismo y la voluntad de afirmarse en la existencia para vivirla por sí misma. Es afirmarnos en lo que somos, valorar lo que tenemos y disfrutar lo que hacemos; es comprender que tenemos unas riquezas a nivel cultural, económico y social que muchas veces menospreciamos porque somos presas del consumismo y la desculturización desarrollados bajo la suplantación sistemática de muchos valores y expresiones propios de la cultura vernácula. No pretendo ir en contra de las transformaciones, sino exigir respeto por lo que tenemos y somos, por nuestros orígenes y por el reconocimiento y valoración por lo que producimos.

Es preciso citar que el departamento de Sucre se menciona como un territorio con una diversidad productiva agropecuaria de alta incidencia nacional y por la ganadería desarrollada en la subregión Sabanas, en los municipios de Sincé, Betulia, Galeras, Sampués, Corozal y Sincelejo, y en la Mojana y el San Jorge, en los municipios de Caimito, Majagual, La Unión y San Marcos. En la producción agrícola merece valoración el aguacate producido en la vereda El Tesoro (Ovejas), donde se encuentra uno de los suelos más fértiles del departamento, en los corregimientos de Chengue y Don Gabriel en la espesura de los históricos Montes de María. También, el arroz que brota de las tierras fértiles de la Mojana, en el municipio de Guaranda, y del San Jorge, en San Marcos. Reconocerlo es el respeto por el entorno natural que nos asiste y nos acompaña en el desarrollo de la vida misma y la memoria histórica, que en su intimidad relatora revela los dolores de los hermanos que fueron víctimas de un conflicto que se heredó desde el momento en que invadieron y ultrajaron la dignidad de nuestros antepasados.

Hemos sido víctimas de la irracionalidad de una casta dirigente que bajo la furia de la ambición se prestó para despojar de los derechos constitucionales fundamentales a muchos hermanos cuya existencia quedó relegada a la orfandad social, a la deriva y a la suerte de los tiempos. Esto también es pérdida de identidad. Es cuando no somos capaces de convivir socialmente, cuando perdemos el sentido de la solidaridad, de la confraternidad y la sensibilidad humana y nos hacemos acompañar de la metalización de la mentalidad. Es cuando observamos con indiferencia los productos inconmensurables de la espiritualidad, lo imaginario y lo que pervive en los afectos y sentimientos que se avivan en los cantos y el permanente diálogo que recurre a instrumentos ancestrales y asentados culturalmente para volverse manifestaciones de expresión universal.

La identidad es la fundamentación ideológica para procrear el sentimiento nacionalista. Es el sustento político de la autonomía y de la querencia independentista y por consiguiente de la liberación. El concepto de identidad no se aparta del respeto ni del reconocimiento del otro, se concibe en la heterogeneidad que nos brindan diversas cosmovisiones del ejercicio cultural de cada región. No piensa lo mismo un caribeño que un andino o un gaucho que un llanero porque cada uno tiene su propia visión del mundo y del entorno.

En Sucre, como en Colombia, hay grupos de población que tienen características similares a pesar de las divisiones geográficas y teniendo en cuenta diversidad de comportamientos sociales y culturales. Entre estas diversidades que reflejan de manera clara el concepto de identidad en Sucre, resaltamos la música de gaitas y el pito atravesao como una manifestación de la cultura precolombina, de igual forma, las artesanías, principalmente, de los municipios de Sampués y Morroa, donde se aprecia la creatividad fecundada en la fuerza espiritual del arte zenú. Así mismo, las comidas típicas, que a pesar tener una preparación similar a la de otras regiones del Caribe, presentan algunos rasgos particulares. Esta misma diferencia se da incluso entre los mismos municipios del departamento. Como ejemplo, el mote de queso en algunos municipios como Corozal se prepara añadiendo tomate y otros condimentos, en cambio en Ovejas se prepara echándole “bleo é chupa” y en algunas ocasiones, berenjena.

Además, ha tenido un gran desarrollo la música de banda que a pesar de utilizar desde sus inicios instrumentos sinfónicos europeos es un elemento representativo de la cultura sucreña. De igual forma

ocurre con la música sabanera de acordeón que en fusión con la música de banda originó la música corralera, representada por los memorables Corraleros de Majagual. Esta agrupación es considerada como la insignia de la música sabanera.

En cuanto a la música ancestral y de origen netamente indígena se destaca la agrupación Los Gaiteros de Ovejas, que se ha convertido en un vivo dinamizador y difusor de la música de gaitas. Sus melodías y mensajes recogen la pasión musical de nuestra historia. No en vano en Ovejas desde el año 1985 se celebra el certamen más auténtico que tiene el Caribe y Colombia, el Festival Nacional de Gaitas Francisco Llirene, que convoca a los máximos exponentes de este género, cuyas connotaciones antropológicas lo convierten en la muestra musical de mayor trascendencia social y cultural del país.

La tradición oral es otra riqueza y potencialidad de Sucre. Así, los cuadros vivos del municipio de Galeras son una de sus muestras más representativas, al igual que los cantos de vaquería, zafra, mitos y leyendas.

Son tantas las expresiones culturales del departamento, sin dejar de reseñar su paisaje arquitectónico y turístico, que lleva a repensar esta parte de Colombia para convertirla en un complejo cultural viviente. Si bien no se ha mirado con perspectiva de generación de ingresos, se debe revalidar esta posición para que no deje de existir en la historia de Colombia. Aún así, es difícil sepultar lo que está apegado al espíritu y urge no dejar que la ola de los modelos culturales provenientes de otras geografías nos suplante y dejemos de existir con lo que siempre nos ha acompañado en la vida de nuestros pueblos.

Se hace necesario revivir en el alma de nuestra gente el amor por sus bailes, su música, el aspecto literario y las tradiciones orales (décimas, refranes, leyendas y cuentos), porque en la actualidad falta sensibilidad y educación cultural. Este aspecto está descuidado en los hogares y en las instituciones educativas. En concepto del maestro Julio Sierra Domínguez:

Hoy se ha adoptado el comportamiento de preferir hablar como los otros, sepultando lo nuestro, bailar como los otros, vestir, cantar jugar, hasta comer como los otros, festejar como los otros reemplazando lo nuestro, a sabiendas del daño que se le hace a la propia vida de los pueblos, que desde luego prefieren identificarse por su huella cultural.

Se deben aprovechar estas preocupaciones y mociones sociológicas para estimular a las nuevas generaciones a conocer y promulgar nuestra historia, riquezas naturales y paisajes, a divulgar la rica tradición oral y a reconocer y mostrar al departamento de Sucre como un destino nacional. Hay que vociferar que tenemos tantas cosas que nos hacen diferentes y que tenemos identidad. Por ello, estamos obligados en el orden cultural a amar lo nuestro por ser nuestro y por ser parte de nuestra vida misma.

En estos tiempos que tenemos la atrevida compañía de la Covid-19, cuando el incomunicarnos con el mundo exterior es un imperativo para proteger la salud y la vida y sacándole provecho a la adversidad, hemos aprovechado el confinamiento para sentarnos a reflexionar sobre el quehacer cultural del departamento. Es una importante oportunidad generada desde el Fondo Mixto de Cultura de Sucre para exteriorizarlo a la comunidad del departamento. Resulta paradójico que esta dura experiencia que

hoy vive el país, cuando ha habido la pérdida irreparable de la vida de familiares y amigos, haya servido para recluirnos y desde estos aposentos familiares fecundar el análisis sobre el problema de la identidad cuando muchas veces no nos autorreconocemos y nos convertimos en una barrera para el desarrollo de nuestros pueblos.



*Ciénagas, lagunas y ríos de La Mohana*  
Fuente: <https://www.viajarenverano.com/sucre-sucre/>

# TRAVESÍA

POR LA SUCREÑIDAD  
15 textos para viajar por Sucre sin salir de casa



Portafolio de Estímulos  
**CON·FIN·Artes**

2 0 2 0